

JOAQUIN GARCIA CAVEDA.

ARTÍCULOS.
DISCURSOS.
VIAJES.
RECUERDOS.



OVIEDO
IMP. DE VICENTE BRID
Canónica, núm. 18.

1886

JOAQUÍN GARCIA CAVEDA.

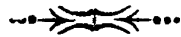
ARTÍCULOS.
DISCURSOS.
VIAJES.
RECUERDOS.



OVIEDO
IMP. DE VICENTE BRID
Canónica, núm. 18.

1886

ÍNDICE.



Páginas.

JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA. 5

ARTÍCULOS.

De Borines al Pico de Pienzo. 23
La Cueva de Val-de-Dios. 36
Una solemnidad religiosa. 42
Desde Villaviciosa. 45
El Sueño de Calderón. 49

DISCURSOS.

La Segunda Enseñanza. 57
La Virtud y la Ciencia. 67
El deber y el trabajo. 73
La vida. 78
La Libertad en la Historia. 68
El Ferro-carril asturiano 121

VIAJES.

Un cuarto á espadas (introducción). 128
Desde Francia.—Cartas de Cannes. 134
—De Niza. 140
—De Niza (continuación). 149
Desde Cannes á Italia.—Carta de Mónaco. 153
Desde Italia.—Carta de Génova. 183
—De Pisa. 195
—De Nápoles. 200
APÉNDICE.—Cartas de Roma, Florencia, Bolonia,
Rávena, Venecia, Verona, Milán, Pavía, Lagos
de Como, Lúgano y Mayor, y Turín. 239

RECUERDOS.

A dúo. 257
Juramentos. 258
Lo ignora!. 239
Las Golondrinas. 260
A Félix de Aramburu. 261
. 262
. 262

Á

VILLAVICIOSA.





JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA.

«Le monde est fait ainsi: loi suprême et funeste!
» Comme l'ombre d' un songe au bout depend ' instants
» Ce que charme s'en va, ce qui fait peine reste:
» La rose vit une heure et le cyprès cent ans.»

T. Gauthier.

ANTE la grata y dulcísima memoria de mi hermano del alma, JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA, difícilmente puedo escribir en estas páginas; sólo acierto á llorar la eterna pérdida de mi compañero queridísimo. Recuerdo el amor entrañable que nos unió en aquellos hermosos días de la niñez alegre y de la juventud soñadora, y mal puedo, abrumado por la pena, trazar rápida introducción para el libro donde reuní algunos de sus brillantes trabajos. Sintiendo más que pensando, no acertaré seguramente á ofrecer ante la tumba del amigo cariñoso el tributo humildísimo de afecto y ¿por qué no decirlo? de mi admiración á sus virtudes y á las nobles prendas de aquel hombre honrado, modelo de buenos hijos y de ciudadanos, pronto al sacrificio por todos y para el bien de su patria siempre dispuesto y animoso.

Nos conocimos en las cátedras del Instituto de Oviedo, por los años de 1863, y nunca desde entonces hasta el postrer aliento de

su preciosa vida menguó ni se entibió siquiera nuestra amistad. Cuando ocho años después terminamos la carrera de Derecho en la Universidad y tomamos distinto rumbo, nos vimos siempre como los hermanos ausentes : confundimos nuestras casas y familias, y compartimos los secretos más íntimos en días contados de ventura y en muchos que vinieron oscurecidos por cuidados y zozobras. Nos cautivaban las mismas aficiones y estudios, en los que siempre era el maestro, y bien puede decirse que jamás discrepamos en nada y que nuestros corazones latían á iguales sentimientos.

Y qué presto pasó todo! La inquieta vida estudiantil de aquellos años académicos, con lances de todas clases: aquellos exámenes esperados con temerosa inquietud : aquellas tertulias y sociedades de Oviedo, donde mí cariñoso amigo tuvo puesto de preferencia por su carácter tan alegre como agudo: aquellas excursiones por los alrededores de esta ciudad para esperar el típico carro del *Pelegrín* y *Cosme* que nos traían cartas y recados de Villaviciosa: aquellas redacciones de la prensa ovetense.... todo pasó hace veinte años, plazo muy largo, ahora que se vive más á prisa. Y cuando llegaban las vacaciones de verano juntos marchábamos para *la villa* á esperar nueva matrícula en Setiembre y la solemne apertura de 1.º de Octubre....

Por eso Villaviciosa es entre mis memorias un pueblo inolvidable y queridísimo, aunque le miro con indecible tristeza ; porque es para mí otra villa bien diferente aquella donde me falta mi amigo sin ventura JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA.

Cuando ahora visito y recorro á Villaviciosa, recuerdo que la alcancé con poco más de dos calles, la del *Agua* y la del *Sol*, y en ésta las casas solariegas con heráldicos escudos. Ya no está el *caño* enfrente del ensangrentado *Ecce-Homo*, y le remplazar dos fuentes construídas á la última moda; nuevos y populosos son el "barrio y la calle de la Oliva": el mercado *viejo* ya no lo es, y sí mejor que el de muehas capitales: se abrieron calles y carreteras por sitios de abundantes huertas y prados cercados con setos de zarzamoras: y, en una palabra, todo cambió á impulsos del progreso que trasforma y modifica los pueblos con bienhechor impulso. Quedan como recuerdos del pasado la bizantina Iglesia, la antigua y reducida cárcel, sobre restos de las viejas murallas; la casa de los Hevias, donde se hospedó Carlos I; el antiguo Ayuntamien-

to con el escudo concejil del águila austriaca; el ex-convento con variadas dependencias; el tranquilo monasterio de las Clarisas, y las moradas donde nacieron Solares, Peón, Pidal, Caveda y otros ilustres asturianos..... Pero desaparecerán ó cambiarán estas memorias, así como miro trasformados ó desiertos los sitios de antiguos esparcimientos, la *alameda*, las *carbayeras*, las *Cascadas* de Sorribas, la *barquerina*, la *Sinagoga* con espumosa sidra y mil rincones de aquella floreciente villa y de su hermoso valle, sin igual en la provincia.

CON JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA recorrí cien y cien veces aquellos pintorescos y alegres lugares, á todas horas, en la madrugada, á la caída de la tarde y en noches silenciosas, alumbradas por plácida luna, que rielaba las aguas de la ría. Juntos también y en animada conversación discurrimos en varios años por la comarca, descansando frecuentemente junto á solitarias iglesias, preciados restos de lejanas centurias. Sobre una cuesta y próxima á una casa solariega de los Cavedas, visitábamos á San Salvador de Fuentes para leer la inscripción votiva y admirar la bella cruz de plata del siglo XII; más allá, y por otro lado de la montaña, llegábamos á la parroquia de Miravalles, donde están los restos del castillo de Morión; caminando hacia el mar nos acercábamos á San Salvador de Priesca y á la casa de nuestro querido amigo Juan de la Concha; en otro día caminábamos á Valde-Dios y á su bizantina basílica: desde la cumbre de Arbazal, donde nace el Linares, contemplábamos el más pintoresco y risueño panorama, y así repetíamos otras excursiones á Valdebárcena, Puellas, Grases, Sariego, la Lloraza, y uno y otro día á la primorosa iglesia de San Juan de Amandi. Con profundo estudio había comprendido mi fraternal amigo el desenvolvimiento del arte calificado *asturiano*, y la afición y entusiasmo por sus monumentos eran en él como herencia de su ilustre abuelo, el sabio historiador de la arquitectura española.

¡Qué alegres jornadas aquellas! ¡Y qué plácidos y serenos días otros pasados en el Puntal, en el puertecito de Tazones, en la casa de Arroes y también en Colunga, donde nos aguardaba siempre el cariñoso afecto de nuestro excelente amigo Braulio Vigón....! Así en Oviedo y en Villaviciosa estrechamos aquella amistad entrañable que la muerte pudo desunir materialmente; pero no en el alma

y en los sentimientos más puros é inestinguibles del corazón.

Abrevio estos detalles íntimos para llegar más pronto á las páginas escritas por JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA.

La vida de mi compañero no presenta los variados accidentes de los hombres consagrados al ruido de la causa pública, entre el estrépito de parcialidades políticas, ni menos de aquellos que se mueven por ansia de poder y aún con aspiración de medro personal en el caciquismo que devora á los pueblos. Independiente y digno, recto y enérgico y acabado tipo de nobleza y de bondad vivió para el estudio, para la enseñanza de sus convecinos, y la causa del progreso tuvo su concurso moral y material, tan eficaz como desinteresado. Si hubiera pensado en elevarse fácilmente lo hubiera conseguido con su talento clarísimo y por el afecto y consideración que le mostraron sus conciudadanos. Alma noble y espíritu sincero dió más útil dirección á sus alientos, y, preocupado por la suerte de su patria, creyó que mejor la servía desde la cátedra y encerrado en aquella *celda*, donde pasó los mejores años de su vida y donde incesantemente le buscaban todos, los ricos y los pobres, para oír su consejo y para contar con su auxilio generoso. A su impulso se organizó un Establecimiento de enseñanza que ha proporcionado y seguirá proporcionando incalculables bienes á la juventud de Villaviciosa, y en esta fundación cifró JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA todas sus esperanzas....

Ahl... en aquel hermoso pueblo tuvieron su cuna insignes repúblicas que esparcieron la gloria de su nombre sobre Villaviciosa; pero mi ilustre amigo la dió todo su amor, el entusiasmo para toda iniciativa de bienhechora reforma y de instituciones útiles, y la dió también el ejemplo de una rectitud inquebrantable, de una firmeza desusada en días en que duermen muchas conciencias y en que se doblan y rebajan los caracteres. Modesto y humilde como pocos no aspiró á distinguirse entre los demás, y con naturalidad prescindió de mejor posición, bien á la mano de sus brillantes dotes.

JOAQUÍN solía decir con gracia cuando se hablaba de encumbrados puestos y envidiadas carreras:

—"Yo no he podido ser más que obligado Secretario interino del Ayuntamiento de mi pueblo, y en otra ocasión fiscal municipal por forzosa propuesta del Promotor del partido, antiguo condiscípulo."

Una labor incesante y no pocos años de continuos sacrificios de todas clases minaron lentamente su existencia con insidiosa traidora enfermedad, para la que infructuosamente buscó tardíos remedios, lejos de su pueblo y de su amante familia. En vano pidió alivio al descanso y á mejores climas; primero en Francia, después en una excursión por las provincias del Norte de España, luego en el benigno ambiente de Niza y de Italia, más tarde por las hermosas tierras de Andalucía y últimamente de las Islas Canarias, en lo antiguo llamadas las *afortunadas*.

Los que le quisimos con entrañable cariño conservamos con religioso respeto su correspondencia escrita desde las grandes poblaciones, ante la contemplación de maravillosos monumentos; pero siempre volviendo los ojos á su pueblo, dirigiendo la vida del Colegio y siguiendo al día las obras y proyectos de *la villa*.

A Santa Cruz de Tenerife llegó en Noviembre de 1885.

Bien pronto le rodearon afectuosos amigos, entre ellos Estanislao Carreño, Delegado del Banco de España, quien le prodigó especiales cuidados, en compañía de distinguidos oficiales, compañeros de armas de los hermanos de JOAQUÍN. Confiábamos todos en que aquella apacible temperatura sostendría la vida de nuestro pobre amigo, mientras que los de aquí con engañadora ilusión aun esperábamos abrazarle.

Los oficiales escribían complacidos de aquel joven viejo que les encantaba con la relación de sus viajes, expuesta con extraña originalidad y elevado criterio, con erudición naturalísima, dando cuenta de todo y describiendo con animados detalles la vida y costumbres, las capitales y sus monumentos, y otras curiosidades de los países que había visitado.

—"También conocemos á Villaviciosa y al Principado de Asturias, escribían, como si hubiéramos nacido en esa provincia; porque cuando nos hablaba de su patria el pobre enfermo recobrabamos las perdidas fuerzas y pintaba con vigorosos rasgos las bellezas y primores de esas comarcas. Cansado de su alojamiento pensaba vivir en nuestra alegre posada; porque, buscando los contrastes, le entretenía nuestra república doméstica y la rápida solución que dábamos á todas las cuestiones. Los progresos de la enfermedad impidieron la mudanza, pero entonces todos le acompañábamos con mayor interés."

En 29 de Diciembre se inició la recaída á causa de un enfriamiento paseando en una alameda, entre su casa y el mar.

Fué destinado á la isla de Cuba el oficial de Administración militar, Enrique García Peré, y se embarcó con verdadera pena y con gran inquietud por la vida de JOAQUÍN, "de aquel asturiano tan digno de ser querido y que despertaba profundo afecto y simpatía á cuantos le trataban."

En otra carta saturada de angustiosos detalles, decía el teniente de Artillería, Juan Arzadun:

"La fatiga le molestó bastante en los primeros días del mes de Enero, y los médicos prohibieron á nuestro amigo que hablara; pero bien daba á entender con sus exclamaciones y breves frases, que pensaba incesantemente en su familia, en Villaviciosa y en sus discípulos. La idea de su fin no se apoderó de él con insistencia, pues si bien tras de una sofocación me dijo un día:—Sabe V., Juan de mi alma, que me lo temo todo?—la facilidad con que cedió á mis reconvenciones por su desaliento y, más que nada, la naturalidad con que acto continuo trató de las ventajas de nueva casa, probáronme que aquella idea no había sido más que momentánea."

El último de sus días le pasó relativamente tranquilo, proyectando escribir á Villaviciosa. Su clara inteligencia no se turbó hasta poco antes de la muerte, que fué sumamente dulce, sin sacudidas y casi sin agonía. Quedó muerto en su habitual postura, adoptada por él en los últimos años para facilitar la respiración, inclinado sobre la almohada y con la cabeza apoyada en la mano izquierda.

Pobre amigo del alma!

Murió en 23 de Enero de 1886.

Eduardo y Julio Carreño, Juan Arzadun, Rafael Saborido, Antonio Fernández y otros rodearon el lecho funerario: y otro día con numeroso y escogido séquito, depositaron los mortales restos en el Cementerio de San Rafael y San Roque, en Santa Cruz de Tenerife.

La muerte de JOAQUÍN causó profunda pena entre sus numerosos amigos de esta provincia, y la prensa reflejó el sentimiento general con nobles frases, dedicadas con justicia á la buena memoria de un asturiano por muchos conceptos distinguido.

El Carbayón de Oviedo publicó la siguiente necrología, reproducida por *El Comercio* de Gijón:

JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA.

"Antes de ayer, sábado, 23 del corriente y á las seis de la tarde, entregó su alma al Creador, en Santa Cruz de Tenerife, nuestro querido compañero y paisano, Joaquín García Caveda. El telégrafo comunicó tan triste nueva.

Nuestro malogrado amigo, muere á los 35 años de edad, después de una vida laboriosa, dedicada al estudio, al amor de su familia y al progreso de su patria, Villaviciosa; muere bien querido y respetado por cuantos llegaron á conocer aquel corazón generoso, aquella inteligencia vivísima y aquel noble carácter, dechado de honradez y virtud.

Alumno distinguido de este Instituto y Universidad, aquí terminó sus estudios de Derecho hasta recibir el grado de Doctor, y desde 1865 á 1870 se distinguió en los círculos de Oviedo, alcanzando universales simpatías en todas las clases de esta sociedad. En 1866 fundó con varios condiscípulos *El Apolo*, revista semanal de literatura, ciencias y artes, y sucesivamente colaboró en *El Anunciador*, *Eco de Asturias*, *Revista de Asturias* y otros diarios, y por último, en *EL CARBAYÓN*, donde insertó sus notabilísimas cartas de Francia é Italia. En estas y otras publicaciones andan dispersos diferentes artículos y poesías de Joaquín García, que un amigo entrañable suyo, un hermano del alma se propone reunir y publicar.

Nuestro infortunado compañero era uno de los jóvenes de más sólida instrucción en Asturias, particularmente en literatura, en historia, en las bellas artes y en lenguas: peritísimo en la latina, con estudios muy adelantados del griego y del árabe, le eran también familiares los idiomas francés, inglés, alemán é italiano; supo, en fin, acrecentar sus variados conocimientos con lectura incesante y en frecuentes viajes por diferentes pueblos de Europa.

Villaviciosa le mereció solícitos trabajos en bien de su cultura y de la instrucción de sus hijos; á él se debe la vida y progreso del afamado Colegio de aquella villa, modelo de establecimientos de enseñanza. Así era allí profundamente querido y

considerado, así se buscaba á todas horas su consejo y su iniciativa para toda cuestion dudosa y toda reforma útil; y fueron siempre muy de notar su acierto y su independendia, como por ejemplo, en la gran manifestación asturiana de 1881.

Como el mérito y el renombre no están en el oropel de puestos elevados, por eso Joaquín García Caveda será siempre considerado como uno de los hijos ilustres de Villaviciosa.

Herido por mortal dolencia, hace dos años, adquirida por trabajos sin tregua y continuas vigiliás, perdió la vida bajo el clima benigno de las islas Canarias, á donde marchó con esperanza escasa de recuperar la salud perdida.

Los que le despedimos con pena, recibimos la noticia de su muerte con dolor profundísimo: esperamos que sus restos vengán un día al pueblo que tanto amó: enviamos á su atribulada familia el pésame mas verdaderamente sentido, y rogamos á Dios por su eterno descanso.”

La Libertad, semanario democrático de esta Capital, comunicó á sus lectores la muerte de nuestro buen amigo en los siguientes términos:

”Hace dos días se supo en Oviedo el fallecimiento de nuestro paisano el Sr. D. Joaquín García Caveda, y ha sido grande el sentimiento con que fué recibida tan triste noticia por los innumerables amigos del finado y por el público en general, que le conocía por sus escritos.

Poseía el Sr. García Caveda vastísimos conocimientos y amaba especialmente los estudios históricos, á los cuales había dedicado no pocos años de su vida. Como prueba de su talento ahí quedan diseminados en diversas publicaciones muchos de sus trabajos, entre ellos sus hermosísimas cartas desde Italia, en las que con brillante estilo relató sus impresiones en la nación de las artes.

Con incansable afán había dedicado su existencia al trabajo, al estudio. Lo que no encontró en los libros lo buscó en el mundo y recorrió varias naciones de Europa, haciendo así más sólida y más amena su ilustración.

En los últimos meses agravóse la enfermedad de garganta

que venía padeciendo, y decidióse á buscar la salud bajo el clima de las islas Canarias.

¡Sus amigos que le despidieran llenos de esperanzas, reciben ahora la noticia de su muerte!

Con verdadero sentimiento comunicamos al público tan triste nueva, damos el pésame á la familia del Sr. García Caveda, así como á Villaviciosa, que ha perdido un hijo de gran valer y un activo defensor de los intereses de aquel pueblo.”

Un ilustrado escritor, D. Juan Quiroga, director de *El Diario Asturiano* y Catedrático del Instituto provincial, ofreció á la grata memoria de su finado compañero estas sentidas palabras, con apreciación fidelísima de los merecimientos y significación del malogrado hijo de Villaviciosa:

JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA.

” Por razones fáciles de comprender, no hemos dicho una palabra respecto al desgraciado desenlace de la larga y penosa enfermedad que por tanto tiempo ha venido molestando á nuestro apreciable amigo D. Joaquín García Caveda.

Lejos de su familia, buscando condiciones para prolongar un tanto su delicada vida, dedicada un tiempo por completo al cultivo de las letras, á la defensa de los verdaderos intereses del progreso y á la instrucción y educación de la juventud, el señor García Caveda ha muerto pensando en los ideales á que había consagrado su pensamiento y su existencia, mirando todavía con plácido deleite un porvenir más risueño para la causa simpática á que había ofrecido toda su actividad, todos sus esfuerzos.

Por circunstancias especiales nosotros conocemos el bien que ha sembrado por muchas partes, especialmente por su pueblo natal, Villaviciosa. No sabemos si la falta de un hombre como Joaquín García Caveda podrá ser apreciada en lo mucho que significa, en todas sus consecuencias.

Apesar del calamitoso carácter que distingue á los tiempos que trascurren, apesar de las injusticias que las gentes de escuela y de partido suelen inconscientemente cometer con las personas

cuyo mérito no aprecian, precisamente porque sobrepasa los límites conocidos; Joaquín García ha de dejar por mucho tiempo un vacío irremplazable, sin ofensa á nadie, en la bellísima Villaviciosa y en Asturias.

Pasan las generaciones con sus especiales propósitos y energías. Mucho se progresa indudablemente.

Aun así y todo, por grande que sea el entusiasmo y puros y levantados los ideales de la juventud que en los actuales tiempos defiende la causa de la civilización y del progreso, siempre será oportuno el recuerdo de la existencia de García Caveda, quien con suma discreción y acertado conocimiento de las personas y de las cosas, supo elevar su espíritu muy por encima de lo vulgar y unánimemente consentido en la esfera del positivismo y de lo corriente.”

Por último Villaviciosa, la patria agradecida de Joaquín García Caveda, mostró claramente su dolor en la solemnidad de las exequias, que fueron manifestación inequívoca, homenaje desusado y tiernísimo de cariño y respeto con que todo un pueblo manifestó sus más íntimos sentimientos. A mi pálida descripción de aquella ceremonia religiosa, en la iglesia del ex-convento de San Francisco prefiero por muchos motivos la relación publicada en el citado periódico ovetense:

Sr. Director de EL CARBAYÓN.

Villaviciosa 6 de Febrero de 1886.

Muy señor mio y amigo: Los lectores de *El Carbayón* ya tienen noticia del fallecimiento de D. JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA, por la sentida necrología que apareció en su diario, hace algunos días. Ayer se celebró en esta villa el funeral por su eterno descanso, y la numerosísima concurrencia que asistió á tan triste solemnidad, fué una muestra de las grandes simpatías que gozaba este malogrado hijo de Villaviciosa, donde había nacido en 14 de Marzo de 1851.

Allí estaban los compañeros y amigos de su juventud, primero tan alegre, después tan laboriosa y activa; muchos de sus

discípulos que, hombres ya, recuerdan con cariño á su maestro y con admiración sus enseñanzas; los particulares todos de Villaviciosa, que le respetaban y querían por sus grandes cualidades y veían en él una gran esperanza; los artesanos que tantas veces le oyeron exponer con palabra brillante y apasionada los grandes ideales de la democracia, y le debieron apoyo y consejos de todas clases y muy principalmente para plantear la hoy floreciente Sociedad de Socorros mútuos; muchos parientes y amigos de Oviedo, Gijón, Colunga, etc., y en el centro de la iglesia, los alumnos del colegio, del que fué celosísimo organizador y director desde 1875, presididos por su sucesor en el cargo y hermano político D. Rafael Cangas Valdés; allí estaban los simpáticos estudiantes que supieron entre sollozos la muerte de su queridísimo maestro.

Nosotros, mientras los sacerdotes entonaban aquellos lúgubres y sublimes cantos, en los que el alma humillada pide misericordia al Dios de las justicias, recordábamos la figura noble y severa de JOAQUÍN GARCÍA, la energía de su voluntad empleada en el estudio sostenido y perseverante; aquel sentimentalismo suyo que daba á su trato inexplicables encantos é irresistible simpatía; su gran corazón abierto á toda idea elevada, su talento clarísimo, su modestia sin límites, señal del verdadero mèrito, y pensábamos en lo que hubiera llegado á ser, á haber tenido tiempo para desarrollar sus proyectos y realizar sus concepciones, ó, mejor dicho, á haber tenido ambición personal, sentimiento desconocido para quien aspiraba sobre todo al bien y progreso de su pueblo, y á la ilustración y cultura de sus hijos. ¡Cuántos beneficios sembró durante su vida nuestro malogrado amigo! Villaviciosa no podrá olvidarlos nunca.

JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA poseía conocimientos históricos muy profundos, á cuya adquisición había dedicado muchos afanes, y sobre los que acaso hubiera escrito andando el tiempo, principalmente acerca de dos épocas que se llevaban sus preferencias, aparte de los grandes ciclos: Oriente, Grecia y Roma, que había estudiado mucho; una era aquella en que Abelardo, el amante apasionado de Eloísa, protesta contra el mayor poder, y San Bernardo, en nombre de ese poder omnipotente fulmina el anatema, época de grandes reyes, de sucesos únicos y admirables; y otra la época brillante y

luminosa del renacimiento griego con Lascaris y Besarión; del renacimiento latino con Bembo y Erasmo, del renacimiento artístico, filosófico, político, universal, en fin, que tan admirable se nos presenta á través de los siglos.

Poseía, además, JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA, seis ó siete idiomas: conocía bien la literatura, así nacional como extranjera, y tenía una lectura vastísima, aumentada con aquella serie de viajes que tantas ideas le habían sugerido.

El sentimiento unánime que ha causado su muerte, es la mejor prueba de su mérito y de sus simpatías, y es hoy pensamiento general que sus cenizas vengan en plazo no lejano á esta tierra por él tan querida.

Fué un combatiente á quien faltó la vida cuando armado de todas armas se preparaba á tomar campo en las nobles luchas de la idea; pero los que le conocimos y estimábamos, sabemos que si ha llevado consigo sus ideas y meditaciones, no así el fruto de su actividad y acrisolado patriotismo; deja una huella profunda de su paso en Villaviciosa que no podra borrarse; y cuando agradecidos, los hijos de este pueblo, recuerden su vida y sus hechos, verán siempre la entereza y la rectitud de su proceder como la mejor de sus prendas; porque en esta época de los temperamentos medios, el malogrado JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA era, ante todo y sobre todo, un gran carácter.—A. V.”

Debiera dar aquí por terminada la presente introducción y tris-tísima tarea que me impuse; pero no he de hacerlo sin antes decir algo de las siguientes páginas, donde procuré reunir algunos escritos de mi fraternal é inseparable compañero.

Comprende este volumen varios *Artículos*, *Discursos*, las cartas de sus últimos *Viajes* y versos que quedaron como *Recuerdos* suyos entre un legajo de papeles que mi infortunado amigo tenía por inútiles y abandonados.

De sus *artículos* tan sólo hallé los que inserto en este libro, aunque JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA escribió otros, pero sin firmar, en la prensa provincial; trabajos de momento, inspirados casi siempre en proyectos y reformas, sucesos varios, relación de fiestas, etc., todo cuanto podía llamar la atención pública sobre su querida Villaviciosa.

Andan también dispersas, unas publicadas y otras inéditas, varias traducciones del alemán y del inglés, como *El descubre brujas*, de Carlos Dickens, que vió la luz en *El Eco de Covadonga*, (Habana). Tampoco tuve á mano alegatos forenses, de breves años en que ejerció la abogacía con general aceptación en su pueblo natal, y Memorias de algunas instituciones locales.

Su obra predilecta fué la referida fundación del acreditado Colegio de 1.^o y 2.^o enseñanza con Escuela de Comercio, por cuyas aulas han pasado hasta ahora cerca de 700 alumnos, que allí recibieron sólida instrucción y educación esmerada, como antes no podían alcanzar muchos hijos de *la villa*. Para diferentes solemnidades del Establecimiento escribió JOAQUÍN los *discursos* que hoy colecciono : trabajos de singular mérito y que reflejan el modo de ser y de pensar del autor, su concepto sobre los estudios de aquellas cátedras, la relación íntima de la virtud y la ciencia, la idea del trabajo y la manera de ser de nuestra vida.....

Reimprimo además su discurso sobre *La libertad en la Historia*, que mereció justos plácemes de sabios Profesores de la Universidad de Madrid, examinadores de dicha tesis doctoral; fruto de prolijos estudios y manifestación elocuente de un elevado criterio sintético é independiente para juzgar la historia en el trascendental problema de la libertad política y civil de los pueblos.

La muerte sorprendió á mi querido amigo sin escribir completa la relación rápida y brillante de sus *viajes*. Esparcidos y enmarañados se hallan entre sus papeles apuntes varios sobre la última Exposición de París, notas de la Montaña y de las provincias Vascongadas, bocetos de la ciudad del Cid y del Reino de Murcia, con observaciones sobre las moriscas ciudades andaluzas.

En *El Carbayón* se publicaron en 1885 las cartas que ahora he reunido, escritas á vuela pluma; pero que desde el primer momento excitaron viva curiosidad y aplauso en la provincia, esperándose con sucesiva impaciencia su aparición en las columnas del popular diario asturiano. El carácter observador de mi compañero y su indisputable aptitud para las descripciones resplandecen en estos trabajos, y hacen sentir verdaderamente que no los hubiera terminado. Quien con rápidos y donosos rasgos dibuja á Cannes y las Islas de San Honorato y de Santa Margarita, á Niza con la *bataaglia dei confetti*, el encantador certamen de las

flores y el retrato y sepultura del animoso Gambeta; quien bosquejó después el camino de la *Corniche*, la pendiente de *Montgros* con esplendente panorama, el secular olivo de *Beaulieu*, que le evoca recuerdos del *Carbayón* de Oviedo, la villa de *Eza* colocada como los nidos de las águilas, *Turbia* con el colosal monumento de Augusto y el poético Santuario carmelita de la Virgen del Gheto; quien trazó el delicioso boceto del Principado de los Grimaldi en Mónaco, los jardines de San Martín y el espléndido y fatal Casino de Monte-Carlo..... quien así escribe merece puesto de honor entre los escritores de viajes. La excursión á Italia encanta desde el sentido saludo que nuestro inolvidable amigo dirigió al pueblo de los héroes en el puente internacional de San Luis de *Menton*. Dos cartas italianas incluyo en el presente volumen, una de *Génova* y *Pisa* y otra de *Nápoles*: ambas son como tablas ó pequeños cuadros de concepción atrevida, donde el pintor con vigorosos y valientes toques encierra y agrupa extenso y variado pensamiento. En la primera goza el lector con la peripecia de la aduana, y se entretiene con la anécdota de las palmas de *Bordhigera*, antes de contemplar á *Génova* á vista de pájaro y descender después á la ciudad *superba*, para admirar los palacios del *Doge*, las ricas viviendas de los próceres Balbi, Durazo, Spínola, Doria, Pallavicini y otros, la galería de Giusepe Massini, el Cementerio y los templos espléndidos con innumerables maravillas. La cuenta de la fonda, el compañero de viaje á *Pisa*, el mareo, el Presbiterio, la Torre inclinada, la Catedral con la famosa lámpara que inspiró al inmortal Galileo la solución del gran problema del movimiento, el celebrísimo Cementerio con mil y mil primores artísticos en sus variadas galerías, la torre del Hambre y los recuerdos del Dante esmaltan el trabajo y deleitarán seguramente á los lectores. Pensó dedicar á *Roma* mucho espacio, como manifiesta en el comienzo de la estensa carta sobre *Nápoles*. Esta antigua y animada ciudad española, sus palacios, la *certoza* de San Martín, la calle de Santa Lucía, las vendedoras de ostras, la tumba de Virgilio, el tunel á Puzoli, la gruta del Perro, las excursiones á varios sitios y pueblos memorables, la historia romana contada con la severidad de Suetonio..... todo esto y más comprende la deliciosa carta de grandes enseñanzas y memorias, entreveradas

con las graciosas ocurrencias del amigo andaluz, la deliciosa expedición á Sorrento, la peligrosa subida al Vesubio y la contemplación de las ruinas de Herculano y Pompeya, arrancadas á torrentes de lava, en la espantosa erupción del siglo 1.

La enfermedad y las fatigas consiguientes impidieron á JOAQUÍN proseguir esta brillante relación, aunque en el descanso de Canarias había ofrecido á sus compañeros, redactores del mencionado periódico ovetense, terminar aquellas correspondencias. Contaba para ello con el valioso concurso de sus conocimientos históricos y artísticos, con muchas notas y una colección numerosa de fotografías, para cuyo álbum escribió el prólogo *Un cuarto á espadas*, que ilustró Ciriaco Balbín con alusiva y graciosa viñeta. Quedaron así en proyecto las cartas de Roma, Florencia, Bolonia, Rávena, Venecia, Verona, Milán, Pavía, lagos de Como, Lúgano y Mayor, y Turín. Sólo él podría coordinar los confusos apuntes y referencias que ha dejado; y en verdad que la obra hubiera sido notable, una vez ultimada, á juzgar tan sólo por algunas cartas dirigidas á su amante madre, á sus hermanos, á mí, entre sus amigos, y por animadas y entusiastas conversaciones en los meses que precedieron á su llorada muerte.

Publico también varias de sus composiciones poéticas. JOAQUÍN GARCÍA era poeta inspirado; pero no daba importancia á sus versos que pospuso siempre á sus estudios. Los diarios asturianos insertaron varias de estas producciones y *Ricardo de las Cabañas* publicó alguna en apéndice de sus *Ensayos literarios*. Como *recuerdos* de los años felices de su juventud imprimo ahora contadas poesías para cerrar el presente volumen, ofrecido á los buenos amigos de mi fraternal compañero. Prescindo de varias improvisaciones, brándis y saludos, pronunciados hace bastantes años en el círculo de animados camaradas, por el carácter íntimo y especial de aquellos; y, por idénticas razones, de otros versos epigramáticos y alegres, anteriores á la época reflexiva en que el ilustrado autor de los siguientes trabajos se dedicó, con preferente afán, al estudio de las ciencias, de los idiomas y, sobre todo, á la prosperidad y transformación moral de Villaviciosa.

No estoy llamado á hacer el juicio crítico de los escritos de JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA, galanos en la forma, puros en la dicción y correctos en el estilo; y hay que atender además á que son de

períodos diferentes y solicitados por causas distintas. Otra cosa hubiera sido á no sorprenderle la muerte en tempranos años, cuando se disponía á dar sazonados frutos de sus vigiliass y de su profunda observación; pues en su creador cerebro se agitaba ya el plan de dos libros, uno de historia general y otro sobre los monumentos de esta provincia.

Aun sin esto no fué estéril su paso por la tierra y dejó breves, pero duraderas huellas en el camino de la vida. Su espíritu independiente y firme brilló siempre en fecundas iniciativas y por eso al recuerdo de su nombre se unirá un sentimiento de cariño, particularmente en Villaviciosa. Fué el trabajo su inseparable amigo, el talento su guía y la rectitud más acrisolada la regla inflexible de su conducta: sembró en su existencia todo el bien que pudo, no tuvo ni ambiciones ni vanidad, y alcanzó así las honras fúnebres más inapreciables: el dolor y gratitud de su pueblo.

Sus elevados sentimientos, sus nobles arranques, sus aspiraciones patrióticas y desinteresadas hicieron su nombre respetable. Ejerció el magisterio como un verdadero sacerdocio y creó en su patria una juventud generosa, animada por su ejemplo y vibrando con las ideas grandes que supo infundirla.

Fué un hombre bueno y útil y así pueden resumirse su carácter y existencia.

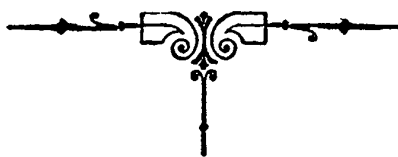
Su pueblo natal puede mostrarse orgulloso de un hijo como JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA y aspirará seguramente á que sus restos mortales descansen un día en la tierra santa de la patria.

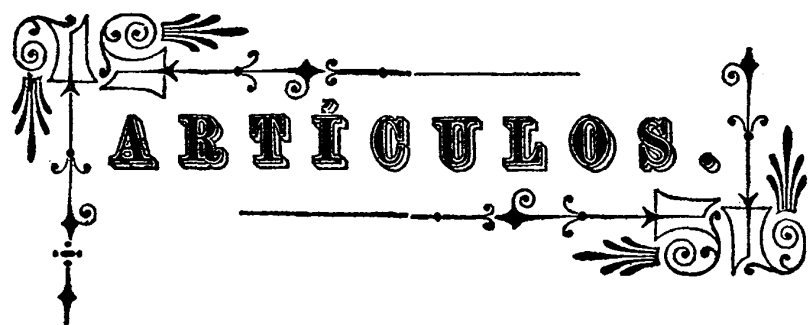
Para ella es este libro y para su desconsolada familia, en cuya casa revive el amor que me unió á mi compañero malogrado.

Sean también estas páginas modesto, pero ardiente y sentido homenaje á una amistad entrañable, cuyo recuerdo me acompañará hasta el aliento postrero de la vida.

FERMÍN CANELLA SECADES.

Oviedo, Abril.—1886.





ARTÍCULOS.



DE BORINES AL PICO DE PIENZO (1)



I.

ESTE pueblo es ya muy conocido por la virtud de sus aguas minero-medicinales. Sin olvidar la que en mi manifestaron años atrás, á él acudo uno y otro á fuer de agradecido bañista al par que ganoso de unos días de expansión, entretenido descanso á la pesada monotonía de las ocupaciones ordinarias y contraste en el que suele verse una fuente de goces tranquilos é inocentes distracciones.

Los primeros días de mi permanencia en Borines, una niebla cenicienta y pesada impregnaba de humedad la atmósfera, dificultando los paseos é interceptando el rico panorama que Vallobal y sus alrededores ofrecen; lograban sin embargo neutralizar este contratiempo proporcionando no escasas horas de solaz, una escogida concurrencia de distinguidas señoras, hermosas niñas y pollos alegres, y provechosas pláticas.

No se hizo esperar un buen tiempo. El sol de agosto brilló al fin disipando la niebla que nos envolvía, permitiendo ver los paisajes pintorescos que ofrecen los valles abiertos por las montañas de Piloña y dejando vislumbrar, como gigantes que ocultan su cabeza en las nubes, los elevados picos de Miruelo y el Pienzo.

(1) *Eco de Asturias*.—25 Agosto.—1875.

II.

Una expedición á estos riscos ofrecía á mis ojos atractivos irresistibles. Halagaba á mi imaginación internarme en medio de las escabrosidades, admirar los precipicios con que amenazan las profundas grutas que en su seno contienen, las impetuosas cascadas producidas por sus torrentes y contemplar en fin toda la magestad agreste y salvaje que la naturaleza ostenta en estos lugares. Por otra parte, semejante excursión me recordaba una subida al *lago Enol*, y el placer con que contemplara, tras una marcha penosa, aquellas azuladas aguas perezosamente dormidas sobre las empinadas crestas de las montañas, que envuelven el santuario magestuoso á cuya sombra se meció la cuna de nuestras libertades patrias. Avivaba mi curiosidad el crecido bulto dado al panorama mágico que á la insaciable vista ofrecían aquellas alturas y el vivo colorido con que, por otra parte, mi mente dibujaba sus vegas, sustento de numerosos rebaños apacentados por nuevos Títiros y Nemorosos que, enamorados de hermosas zagalas, celebraban sus bellezas á la sombra de corpulentas hayas, dando calor y vida á los inocentes cuadros, que con mano maestra nos pintan Teócrito y Virgilio, Gesner y el príncipe de nuestros poetas bucólicos, el inimitable Garcilaso.

Coincidían mis deseos con los de los compañeros no menos aficionados á estas excursiones, y una vez indicado el proyecto, se hicieron los preparativos para emprender la subida en la siguiente mañana.

III.

A las primeras horas la niebla aun se extendía como un mar flotando en medio de las montañas, llenando sus depresiones más recónditas y sus más escabrosas sinuosidades; pero á medida que el tiempo pasaba iba aquella elevándose, rota en múltiples girones que afectaban caprichosas y fantásticas figuras, iluminadas por colores distintos y matices diversos al sentirse heridas por los rayos de un sol resplandeciente y espléndido, dejando ver claramente poco más tarde, valles y montes llenos de lozanía que ostentaban toda la frescura del rocío.

Componíamos la comitiva diez personas ; cinco de ellas caballeros sobre briosos potros nacidos en el puerto que iban á recorrer, un par de *ganapanes* conduciendo las municiones de boca, un tercero esperto y conocedor del terreno, para servirnos de guía, y los dos restantes obligados por una dura necesidad á viajar al "modo lusitano."

La subida es penosa y necesariamente lenta. Durante las dos primeras horas el viaje no ofrece al curioso particularidad que ocupe dignamente su atención. Serpenteando el camino por entre montañas, contra ellas se estrella la vista teniendo ésta que girar en un círculo estrecho, precisa preparación á la apreciación más cumplida del brillante conjunto de pintorescas bellezas que más tarde ha de recrearnos.

IV.

La collada ó meseta de *La llama*, que corona las montañas primeras, ofrece buen sitio para descansar y disponerse á las nuevas faenas de la difícil subida. Allí echaron pié á tierra los expedicionarios mientras el diestro cazador D. Juan y yo llegábamos á través de ignoradas sendas y vericuetos siguiendo los caprichosos cigs-zags y rodeos de *un perro leal*. Llegamos afortunadamente muy á tiempo para presenciar un lance cómico, que algunos no sé yo con qué motivo tomaron á cuarta parte.

Los caballos que nos subían al puerto, una vez libres de sus cargas, aprovechaban el rato de descanso para pacer á sus anchas; uno de ellos, no muy sobrado de *cebada*, hubo de echarse á *ganarla*, echando á perder con ello una soberbia bota de buen vino colgada de la silla; y en tal suerte y manera que la presión del animal hizo saltar el tapón, y tras él un nutrido chorro de lo tinto, que fué á bañar la cara del *señor Gordo*, á cuyas aficiones y solícitos cuidados confiara la comitiva tan preciado depósito.

Prestóse el caso á lamentaciones y quejas, á dichos agudos y estrepitosas risas, y yo, para ocultar la mía y evitar enojosas cuestiones púseme á recorrer la meseta, mientras se disipaban los efectos de una lluvia extraña en que el *hijo de Semelé* se manifestaba al *guardián*, como su picaresco padre en otros tiempos á la custodiada Danae.

Después de algunas vueltas por la meseta detuve el paso y, no muy lejos de mí, acerté á descubrir una tosca cruz de palo, medio envuelta entre breñas y protegida por la tupida sombra de las espesas zarzas y de la maleza.

V

El símbolo de la redención inspírame en todas partes respeto profundo y religioso recogimiento; en las laderas de los caminos, encrucijadas y sitios solitarios suscítame reflexiones muy tristes, y al verle me estremezco como si á su través descubriera víctimas palpitantes aún y acabadas de sacrificar á venganzas sordas, odios implacables ó venganzas mezquinas y rastreras.

¿Qué significaba una cruz en estos apartados lugares? ¿Acaso la mano homicida había buscado el silencioso retiro y el apartamiento para cubrir con la impunidad su crimen, contaminando así la pureza de unos lugares santificados por la soledad y el silencio augusto de la naturaleza?

Esa cruz, dijo el cazador al ponernos de nuevo en el camino y viendo mi preocupación, esa cruz recuerda una historia reciente y muy triste.

¡Pobre niña! Era la zagala más hermosa y feliz de estos contornos, y ahora...

VI.

Yo la ví más de una vez con los cabellos en desorden, sus vestidos desgarrados por los zarzales y desnudos sus piecitos de nieve, recorrer con agilidad estas colinas, trepar ligeramente por las breñas, encaramarse en los riscos, detenerse al borde de los precipicios buscando solícitamente alguna cosa, repetir tristemente un nombre. esperar con febril ansiedad el eco que su voz despertaba en los antros y maldecir con furia indecible una guerra criminal, que sepultara en los valles de Somorrostro su amor y sus esperanzas.

Una tarde de invierno, en que el cielo encapotado amagaba recia tempestad, su madre viuda, menesterosa y enferma, aguardaba impacientemente con sus hijos pequeñitos, en aquella

miserable cabaña que á lo lejos se divisa . la vuelta de la pobre loca...

Una niebla húmeda y pesada descendía lentamente envolviendo todos estos escarpados riscos, y á intervalos, dejábase oír el apagado acento de la niña, que en medio de su pesar desafiaba las tempestades y el furor de los elementos desencadenados.

La madre temblaba por la suerte de su hija y, desoyendo el llanto de los amedrentados niños y el enronquecido ruido de la tormenta, salió animosamente de la choza, hollando con vacilante paso la nieve que empezaba á cubrir el sendero y rompiendo por entre una niebla compacta, que le interceptaba el paso é impedía ver las rocas, los montes, precipicios y la maleza misma que sus piés tocaban.

No mucho después oíanse más distintamente las voces de la loca que, obligada por la inclemencia del tiempo á bajar de la montaña, penetraba en la choza, huída y desalentada, presintiendo en el amargo llanto de los niños una desgracia irreparable...

En efecto ; su pobre madre, víctima del cansancio y del frío, caía, á pesar de sus esfuerzos, envuelta entre nieve en el sitio donde hoy se levanta esa tosca cruz de palo.

¿Y la loca?

¡Ah! la pobre loca, á la vista del cadáver de su madre, recobraba la perdida razón para sentir más amargamente las desgracias que le abrumaban y para imponerse el cuidado de sus numerosos hermanitos, huérfanos como ella, como ella pobres y miserables!

Ahora con la mirada triste, las mejillas marchitas por el llanto, é impresa en la frente la huella del pesar, recorre estas vegas en pos de su rebaño, y más de una vez al caer la tarde, veréisla aproximarse á esta cruz, triste y silenciosa en compañía de sus hermanitos, y murmurar fervorosamente una oración por el alma de la que fué su madre!

VII.

Al terminar estas palabras tocábamos las inmediaciones de la majada del Potril, situada en una vega feraz y risueña. Sus veinticinco chozas y cabañas, envuelven en caprichoso semicírculo

cuatro pequeños lagos, sombreados por espineras y hayas. Bajo ellas preparaban algunos pastores sus sabrosos quesos, mientras otros con sus zamponas ó caramillos tocaban pastoriles sonatas, que involuntariamente evocaban en mi memoria aquellos delicados versos del poeta mantuano:

*"Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagis,
"Silvestrem tenui Musam meditaris avena...."*

A la derecha descúbrese un pozo profundo que los pastores designaban como morada de misteriosas *Xanas* y respecto á las que la tradición conserva hechos abultados por la credulidad de estos hombres sencillos. Ofrecieron contar un caso extraño acaecido hace tiempo há, pero yendo avanzada la mañana y necesitando el tiempo para subir á los picos, aplazamos su cumplimiento hasta la tarde al venir á recoger á aquella majada los caballos que ya allí se estrellaban contra rocas inaccesibles.

Y aquí empieza la verdadera subida. Es preciso trepar asido á las rocas y buscando con el cayado el punto en que ha de descansar el pié. Pero á medida que se asciende desplégase todo el atavío y la magia de un paisaje encantador, y la vista insaciable va abarcando bellezas nuevas y dominando los contrastes caprichosos de valles que se dilatan allá á lo lejos....

VIII.

Momentos antes de llegar á la cima del primer pico parece terminada la subida; pero pocos pasos después veía que tantos esfuerzos logran sólo dominar montañas que son faldas de otras, faldas á su vez de los riscos de Miruello y el Pienzo. Amarré á mi cayado un pañuelo para indicar á los compañeros perezosos ó faltos de fuerzas mi llegada, y antes de continuar la ascensión me detuve á esperar á los dos solos amigos que me seguían.

—El paisaje que desde aquí se descubre, dije al primero que llegó, es sorprendente; pero aun debe ser mejor el que Pienzo ofrece. Es necesario realizar los proyectos. ¿Dónde están los muchachos que traen el almuerzo?

—Han sido detenidos por los compañeros que aguardan con

impaciencia nuestra vuelta para almorzar en la *majada del potril*, á la sombra de las espineras.

—No importa, dije mirando el reloj, he de cumplir mis propósitos. Son las diez: á las doce estaré en la cima de Pienzo.

Y emprendí el camino sin parar la atención en las observaciones de mi compañero.

Hasta llegar á Miruello la marcha es trabajosa y lenta y el paisaje no compensa tantos sacrificios; pues levantándose en sus inmediaciones el Pienzo, impide ver una de las partes más pintorescas del panorama y abarcar éste en su magnífico conjunto.

Desanima verdaderamente ver el espacio interminable comprendido entre dos montes ó colinas que á lo lejos parecen estar próximos é inmediatos.

Contaba yo con febril ansiedad los minutos mientras recorría la distancia que media entre Miruello y el Pienzo, lleno de fatiga, rendido de cansancio, abrumado por un sol abrasador, sin distinguir un solo árbol cuya sombra se ofreciese á mi vista, como apetecido oasis en medio de aquel desierto de piedra.

A mi paso tropecé los *vasos de Pienzo*, grandes depósitos de agua, artística y caprichosamente tallados en la roca por la sabia mano de la naturaleza, y me detuve á respirar la frescura que de sus aguas cristalinas se desprende. Beberé á la vuelta, dije, continuando la marcha y dominado por el propósito fijo que, á despecho de mis compañeros, me encaminaba al pico de Pienzo.

IX.

La perspectiva que su cumbre ofrece es encantadora y verdaderamente paradisiaca. Desde allí se descubre un interminable manto bordado de cuadros de matices diversos, con su rico festón de montañas, ribeteado por la plateada cinta de las espumosas olas del Cantábrico y cubierto por un cielo azul y puro que dá realce y vivacidad al cuadro. Divísase á lo lejos, confundida con las rayas y azuladas tintas del horizonte, la entrada del puerto de Gijón; más clara y distintamente, tendida en su lecho de menuda arena, la ría de Villaviciosa, en cuyas márgenes se elevan los pintorescos caseríos de Llames y la Rozada y el palacio del Puntal; la villa de Colunga como un bando de blancas palomas posadas al borde del

río de su nombre; Lastres, la floreciente Isla y Ribadesella bañadas por las aguas del Cantábrico; destacándose en collados y vegas grupos de caseríos, lugares y pueblecillos medio ocultos por seculares bosques. ... Extiéndese después la vista por la dilatada campiña de las Arriondas, en donde serpentean la carretera y el río Piloña, perdiéndose frecuentemente en umbrías alamedas para seguir hermanados hasta rendir éste al Cantábrico su cuantioso tributo, y allá á lo lejos se divisan los encumbrados *picos de Europa* ostentando en sus vertientes girones de su roto manto de nieve, y medio confundida con la cenicienta niebla de sus montañas laafiligranada torre de la ciudad de Don Fruela, escondiendo su elevada cruz en las nubes.

Esta numerosa reunión de pueblos y lugares, las azuladas extensiones de los cielos y del Cantábrico, limpia y serena una, tranquila y apacible la otra, cruzada por ligeras aves aquélla, surcada ésta por veleros barcos y múltiples vapores que llevan á distintos puntos la provechosa savia del comercio, si encantan la imaginación no menos elevan el espíritu despertando en el alma ideas nobles, grandes y consoladoras.

X.

Detúveme á saborear largo espacio de tiempo tan vistoso panorama; pero la fatiga producida por una marcha penosa de cuatro horas y media y el calor sofocante de un sol abrasador me movían á buscar una sombra donde descansar y alimento con que reponer las escasas fuerzas.

Érame forzoso dar alcance á los compañeros. Allí comeré y encontraré descanso, dije, tratando de emprender la marcha. Pero ¿qué camino seguiré? atravesar los sitios que he recorrido implica marcha penosa muy superior á mis fuerzas; faldearé las montañas que antes he subido y llegaré más fácilmente á la "majada del Potril." Y empuñando el cayado emprendí la marcha decidido á calmar en las cristalinas aguas de *los vasos del Pienzo* la sed ardiente que me devoraba.

En medio de una dilatada extensión erizada de piedras verticalmente empotradas, cuyos huecos tapiza una menuda yerba,

no es posible al que como yo recorre aquellos desiertos por vez primera, trazarse un sendero ni emprender una marcha acertada.

Consulté muy particularmente mis aficiones y gustos encaminándome allí donde lo accidentado del terreno podía ofrecerme nuevos puntos de vista, sombra placentera ó grata frescura.

Atravesé sitios cubiertos de maleza, de un suelo fangoso y húmedo que dá entrada á pequeños bosques de espineras envueltos en sepulcral silencio, solamente interrumpido por las esquilas del ganado que, acogido á la sombra, huía brusca y precipitadamente al sentir mi aproximación.

Buscaba yo con solícito afán entre la sombra de estas enramadas alguna fuente donde calmar mi sed, y eran vanos mis esfuerzos como vanos lo habían sido poco antes para dar con el apartado recodo que envuelve en frescura *los vasos del Pienzo*.

Y caminé, y caminé por espacio de tres horas y media hasta encontrarme detenido por un espantoso precipicio que se abría á mis piés.

XI

Asústame con dificultad las contrariedades; pero ingenuamente confieso que al encontrarme estenuado de hambre y sed, rendido de fatiga por una marcha penosa de ocho horas en un terreno desigual y escabroso, abrumado por un sol ardiente, con un derrumbadero inmenso á mis piés, y á mi espalda el amarillento mar de flores de un tojo inflexible, que desgarraba mis vestidos y punzaba mis carnes, sentí un decaimiento de ánimo que abrió las puertas al miedo.

Dirigí la vista á los altos riscos que acababa de abandonar y se me aparecieron medio envueltos en una niebla que bajaba lenta y perezosamente, pero con un descenso igual y constante.

Entonces sentí un frío glacial.

¿En dónde estaba? ¡Qué iba á ser de mí aquella noche?

Oía repetidos tiros de escopeta, disparados por mis compañeros, que, en unión de guías y de pastores, subían á los cerros y recorrían las vegas en mi busca, temerosos de tanta tardanza; pero las detonaciones despertaban los dormidos ecos de las co-

linas, y el ruido llegaba hasta mí de todas partes, acabando por desorientarme.

¡Pasaré aquí la noche! dije con amargo desconsuelo, procurando abrir con el cayado entre el tojo un sitio donde descansar.

No sé el tiempo que permanecí en ese mudo estupor, hijo del miedo que embrutece los sentidos, entorpeciendo no menos la razón.

Mas al cabo saqué fuerzas de flaqueza, y emprendí el descenso, colgándome del cayado que enganchaba en los inflexibles troncos del tojo.

XII.

Después de una hora de esta marcha angustiosa acerté á descubrir á lo lejos el sendero que guíaba á una cabaña. Pero más tarde empecé á oír las esquilas y los atiplados y agudos sonos del caramillo: entonces recobré nuevos bríos y caminé animoso hasta dar alcance á la choza en cuyas inmediaciones hallé á su dueño.

—Buen pastor, voy bien para Borines?

--Por todas partes se va á Roma, me contestó secamente aquel grotesco Tí tiro, dejando vagar por sus labios una sonrisa burlona.

—Acompáñeme V., he de recompensárselo bien y cumplidamente, dije en son de súplica.

—No puedo abandonar mis ganados, contestó más seca y duramente que antes.

¿Dónde están la sencillez y los generosos sentimientos de estos hombres? decía yo para mis adentros siguiendo de nuevo el camino. ¿Dónde esa hidalguía decantada, esa franca hospitalidad que el pastor brinda al caminante que llama á su choza, ese trato franco y cariñoso á un tiempo con que los poetas nos les pintan?

Ah, Sr. Virgilio, Sr. Virgilio, y tú melífluo y dulce Garcilaso, vuestras églogas no son otra cosa que un tejido de patrañas con que procuráis ataviar unos hombres ignorantes y groseros, de hábitos y costumbres más toscas aún! Yo reniego de

vuestras fábulas é invenciones que tan amargos desengaños me ocasionan!

Y así diciendo estas y otras cosas más, que no son para dichas ni oídas, dí con mis huesos en una cabaña situada en la falda del monte.

Al escuchar el llanto de un niño supuse que allí donde había una madre debían reinar sentimientos más humanitarios y me engañé por aquel entonces, pues ni súplicas ni ofertas hubo que me alcanzasen la compañía de uno de sus hijos ya crecidos.

—Podré al menos saber dónde estoy?

—En el concejo de Colunga.

Mi asombro no tuvo límites.

—Y en qué parroquia?

—En la de Libardón.

—¿A qué distancia de Borines?

—A legua y media ó dos leguas.

—¿Y no podrá V. proporcionarme un caballo?

—Ninguno.

—¿Y una cama donde descansar?

—Tampoco.

Esta concisión espartana puso por mi parte término al diálogo y en movimiento mis rendidas piernas que de nuevo me encaminaron cuesta abajo, hacia el pueblo, en busca de la caridad y de la compasión que no reinaba en las montañas, habitadas solamente por la más grosera descortesía

XIII.

Cuando llegué al río, que serpentea por entre viejos robles y frondosos castaños, me faltaron las fuerzas.

Eran las cinco de la tarde y mi memoria recordaba, como remoto suceso, el acto de tomar á las seis de la mañana el chocolate, única cosa con que había podido entretener mi desfallecido estómago,

—Después de todo aquí dormiré más descansadamente que entre las zarzas de las montañas, dije, recostándome contra el tronco de un castaño donde permanecí largo tiempo. Pero la casualidad ó digámoslo mejor, la Providencia que de tantas maneras

se manifiesta y en todas partes es visible, vino á la postre en mi ayuda. Porque en ese intermedio acertó á pasar por allí una persona amiga; pero tal debiera andar yo de macilento y estropeado que ni llegó á reconocerme, ni yo á él tampoco faltó como estaba de fuerzas para hacer memoria.

Venía en pos suyo un hombre ya entrado en años y honda lástima debí despertar en su corazón generoso, porque manifestando un afán y solicitud estrañas se acercó á preguntarme si estaba enfermo.

—No precisamente enfermo; pero sí estenuado de hambre y rendido de cansancio, le respondí.

Ofrecióme un caballo que acepté y con su ayuda y la del espolista del *conocido desconocido* que iba á poca distancia, pude acomodarme y emprender la marcha en piés ajenos para justo descanso de los propios,

Aun no había podido yo darme cuenta de este feliz encuentro ni ellos de mi estraña aparición, cuando nos hallamos á las puertas de una casa de rico aspecto.

—Vamos á detenernos un momento aquí, dijo *mi Providencia* señalando un contiguo local pequeño por encima de cuya puerta asomaba un verde laurel.

Parecióme justo aprovechar aquellos instantes para saludar á la dueña de la casa, respetable señora á quien me unían cordiales relaciones, y cumplido este grato deber, me encaminé al *templo pagano* en donde hallé á mi *alegre protector* festejando con libaciones al risueño dios de los pámpanos y de las vides.

Brindóme con insistencia, pero hallé más comfortable la proposición de la *sacerdotisa de Baco*, que me ofrecía una succulenta taza de chocolate,

Mientras éste se preparaba y animado con la idea del inesperado refrigerio, me puse á considerar atentamente el *conocido desconocido*, que con no menor curiosidad me examinaba; y tan grandes vueltas hubimos de dar á nuestros recuerdos y tales torturas á la memoria que, á despecho el otro de mi deplorable estado y yo del descaecimiento, caímos en la cuenta de ser conocidos, recordando con fruición nombres, fechas y lugares, testigos de antiguas alegrías.

Causómela, y no pequeña, la presentación del chocolate sobre

el que me arrojé con afán famélico dando en pocos instantes buena cuenta de él.

XIV.

Puestos en marcha de nuevo, animados los otros con los gratos recuerdos de los *sacrificios* y yo á mi ver no poco satisfecho por haber puesto término á los míos, puse en juego la lengua para satisfacer cumplidamente aquella lluvia de preguntas que buscaba una esplicación satisfactoria de mi estado y de nuestro encuentro. Contéles *c* por *b* mi subida al pico de Pienzo y la serie de aventuras que me habían conducido al sitio de nuestra unión, y en comentarios y en conversaciones llegamos á la entrada del castañedo que domina la parroquia de Borines. Por entre el ramaje y los añosos troncos ví un grupo de personas sentadas á espaldas del camino. No fueron necesarios muchos esfuerzos para conocer en ellos á mis compañeros de expedición y adivinar en su actitud triste la idea que les preocupaba. Tratábase, á no dudar, de mi desaparición y de los términos en que debía darse cuenta de ella.

Hice alto en mi camino, dije adiós á los viajeros, remuneré á mi protector del mejor modo que Dios me dió á entender, y con precauciones y cuidados me acerqué á los compañeros de expedición á distancia conveniente para ver y escuchar sin ser visto ni oído.

La situación de aquellos hombres era verdaderamente angustiosa. Abrumábales la idea de entrar en Borines sin uno de los expedicionarios á quien creían víctima de algún accidente extraño ó próximo á perecer en aquellos inhospitalarios riscos, cubiertos de una niebla que á despecho suyo los había hecho descender al llano.

— ¡Bien me anunciaba el corazón que hoy habría de sucedernos alguna desgracia! decía el señor gordo cuya cara traía aún á la memoria la cómica escena de la mañana.

No faltó quien dijera, como en semejantes casos es costumbre y uso, que yo era *un guapo chico*, frase á la que nada quitaban ni ponían los otros dominados por el sentimiento, si no cierto, aparente al menos. Tuve por muy cuerdo dar de mano á esta situa-

ción y abandonando el tronco que me resguardaba, corrí á ponerme en medio de los expedicionarios gritando con toda la fuerza que mis pulmones me prestaban:

¡Ecce-Homo!

Poco faltó para despertar los odios y rencores de mis compañeros que en un principio se creyeron juguetes de una pesada burla. Pero la exposición minuciosa de mis contratiempos les hizo conocer la causa de tantos sinsabores para entrambas partes, y entretenidos con preguntas y contestaciones llegamos á Borines, ganosos de dar reposo al molido cuerpo y descanso á las fatigas del trabajado espíritu.

LA CUEVA DE VAL-DE-DIOS.

Al Sr. D. J. Braulio G. Mori.

¡Val-de-Dios... el reducido valle de este nombre está formado por los elevados montes de Arbazal, que como formidables gigantes defienden diez siglos há contra la inclemencia del tiempo una rica joya arquitectónica, á sus cuidados confiada por la fe religiosa, que animaba á los héroes primeros de la reconquista. El arte descubre en ese monumento uno de los anillos que, enlazando las creaciones greco-romanas con las bizantinas, permiten formar su historia, interrumpida al bárbaro contacto de las hordas germánicas. La fe cristiana adivina en su conjunto la tosca idea primera de esas grandes y afiligranadas basílicas, verdaderas epopeyas de la *Edad Media*, por entre cuyas ojivas parece resbalar el pensamiento elevándose insensiblemente hasta Dios ..

Este templo escita el interés de los amantes del arte y la curiosidad de los que no lo son...; que siempre es grato admirar esas construcciones donde una generación remota ha esculpido

con indelebles caracteres sus creencias, su cultura y sus aspiraciones!

Por ello el valle citado es objeto de numerosas visitas. Contribuye á hacerlas muy frecuentes la comodidad que el viaje ofrece. Hácese éste de ordinario por la carretera de Villaviciosa á Oviedo, cuyas revueltas presentan encantadores panoramas, dejando ver feraces valles, ora pintorescas colinas salpicadas de blancos caseríos, ya en fin, allá á lo lejos, el azulado mar cantábrico con su caprichoso festón de blanca espuma. Desde el punto en que este camino trunca la cónica montaña de Arbazal descúbrese á vista de pájaro el monasterio, al que conduce una rápida, pero corta pendiente. La proverbial amabilidad de los ilustrados sacerdotes que en el convento nuevo dirigen un excelente colegio de segunda enseñanza, compensa sobradamente la fatiga que al viajero causa la bajada. Terminaba yo la mía el viernes último en unión de varios amigos deseosos de visitar estos lugares, á tiempo que uno de los profesores aprovechaba el descanso de la tarde para su paseo de costumbre; y este encuentro casual nos deparó un inteligente guía bajo cuya dirección decidimos recorrer las dependencias del establecimiento y el *Conventín*, no sin calmar de paso la sed excitada por el polvo del camino y ofrecer previamente nuestros respetos al director, cariñoso condiscípulo del que estas líneas escribe.

*
* *

Grande por demás fué nuestra admiración al sorprenderle en medio de su cuarto, inclinado sobre un enorme cesto que contenía en confusión desordenada, distintos cráneos, un fémur, esqueletos de aves, restos de paquidermos y de otros animales de especies varias.

Después nos saludamos afectuosamente.

—Aquí tienen ustedes, nos dijo, la novedad del día.

—¿Novedad? ¿Y qué es ello? le preguntamos.

—Estos restos hallados en el fondo de una cueva hasta hoy desconocida.

—Y en confusión tan extraña como aquí los vemos?

—De igual modo.

—Pero, ¿y la cueva?...

—Es un descubrimiento debido á la casualidad. Descependo

ayer un carcomido castaño que obstruía ese camino nuevo que serpentea por el bosque, se halló la boca que sirve de entrada á una cueva en cuyo fondo...

—¡Es particular! dijimos admirados.

—No solamente esto. Entre los huesos precipitadamente recogidos se encontró un curiosísimo objeto de barro, dijo el director presentándonos un esbelto jarro de siete pulgadas de altura.

—Aquí de D. Braulio, exclamamos todos.

—Observen ustedes el buen estado de conservación, su delicado trabajo.

—Pero, ¿y la salida de la cueva?

—No tiene más salida que la entrada ayer descubierta. Sus paredes están formadas por rocas estalactíticas, y el pavimento tapizado de estalacmitas, apenas si tiene alguna grieta por donde pueda sumergirse el agua de las filtraciones.

Bastaba esta ligera reseña para excitar nuestra curiosidad despertando el afán de extrañas aventuras. La imaginación antes preocupada con monumentos arqueológicos pasó á soñar en Kio Keumodíngos, vetustas cavernas troglodíticas y depósitos de restos humanos confundidos con hachas de piedra, objetos de hueso y otros útiles, mudos testigos de una generación perdida en la noche de los tiempos y.....

—¡A la cueva, á la cueva! gritó una voz.

—Pues á la cueva, respondimos todos, desechando por su secundario interés el primitivo objeto de la expedición y poniéndonos en camino.

*
* *

Vése en la mitad de él, una enorme raíz de castaño viejo, de dos metros de diámetro.

—Ese es, dijo el director, el tapón de la vasija de piedra ayer descorchada.

—Si guardan proporción las partes todas, añadí yo, no serán pequeñas sus dimensiones.

—Mide unos catorce metros de largo por seis de ancho, teniendo diez de altura. Para examinarla detenidamente hay que proveerse de luces, dijo el explorador D. Fernando, hábil mayordomo del monasterio.

Poco después descubríamos la boca del antro abierta en el talud

del nuevo camino que serpentea por el declive de la montaña de Arbazal. Quise registrar el interior y me aproximé á la entrada. Dominado por una febril ansiedad no hice alto, como alguno de mis compañeros, en el olor repugnante que de ordinario exhalan los subterráneos húmedos y escasos de aire y de luz.

Creí en cambio percibir un ruido análogo al que producen varios péndulos en movimiento encontrados. Le causaban al caer las gotas de agua incesantemente desprendidas de aquella caprichosa bóveda, formada por innumerables estalactitas.

Confieso ingenuamente que en aquellos momentos me dominaba una profunda impresión, que iba en aumento á medida que yo veía crecer los obstáculos que se me presentaban para llegar al fondo de la cueva. Era forzoso descolgarse por un cordel hasta dar con los peldaños de una escalera que llegaba á la mitad de la altura. Vi con satisfacción que dos de mis compañeros se disputaban la cuerda para bajar, y animado yo entonces por su intrepidez emprendí el descenso.

Nada hay más molesto que la suspensión en el aire, sobre todo cuando se baja á oscuras. La imaginación, que abulta los peligros, finge un abismo á nuestros piés. Angustia la idea de sentir desfallecer las fuerzas y tener que abandonar el cordel, y en medio de esta ansiedad las piernas van y vienen en todas direcciones buscando puntos de apoyo.

Con una de estas tentativas, próximo estuve á ocasionar una desgracia; pues hice saltar parte de una estalactita que fué á herir el hombro de un compañero que me esperaba en el fondo. Por fortuna el golpe no tuvo consecuencias.

Puse al fin los piés en tierra y en pos mío bajó D. Fernando provisto de linternas.

*
* *

A sus rojizos destellos la cueva presenta un aspecto en verdad sorprendente. Ya las estalactitas remedan esas cinceladas miniaturas de los voladizos góticos, ya proyectan extrañas sombras ó dibujan grifos, endriagos y esas mil fantásticas figuras que el arte de otra edad ha aglomerado en los capiteles de los templos ojivales, ya por último suspendidas en forma de arco y combinadas con los haces de columnitas que parecen servirles de sostén, semejan una hornacina destinada á recibir las oraciones de los seres cuyos res-

tos yacen en el fondo, entremezclados con esqueletos de inmundos animales.....

La cueva en su conjunto no ofrece el grandioso aspecto de la de Ribadesella. En esta última, lo que pudiera llamarse gran rotonda, alumbrada por la luz del día que pasa á través de la claraboya que remata la cúpula, excede de las concepciones de la más soñadora fantasía. El lápiz de Doré ha trazado cosas parecidas. El todo reclama imperiosamente una atención que no puede consagrarse al examen de detalles maravillosamente combinados. En la de Valde-Dios sucede lo contrario. Sus proporciones son más reducidas; la luz del día vése sustituida por la rojiza de las linternas, y á sus escasos fulgores los menudos detalles absorben una atención que no puede hacerse extensiva al todo...

Después de examinar rápidamente esas extrañas figuras, trofeos cuyas formas se modifican al variar el punto de vista, descendimos á la parte más baja. Largo rato permanecemos contemplando silenciosamente aquel montón de extraños huesos mezclados con humanos restos.

—Y el piso que parece removido ¿fué objeto de recientes excavaciones? pregunté á nuestro guía D. Fernando.

—No se puso mano en él, contestó. La prueba está en que al lado de estas bolas de tierra, humedecida por el agua de las filtraciones, que se mueven al menor empuje, hay profusión de huesos que asoman su cabeza por entre las duras estalacmitas que los engarzan. Haga V. la prueba intentando remover uno de ellos.

Así lo hice, pero mi empeño fué vano. Entónces, con auxilio de una linterna, examiné las paredes en busca de una salida. Sólo en la parte baja observé una insignificante grieta, tal vez el punto por donde se vierten las aguas.

Llevábamos ya una hora de permanencia en el subterráneo. El mal olor era cada vez más perceptible y el calor por instantes se hacía más intenso. A despecho de la curiosidad que nos dominaba, fuémos forzosos columpiarnos de nuevo hasta dar en la boca de la cueva. La presencia de cada uno de los *trogloдитas* era acogido con solemnes carcajadas. Tal era el disfraz de barro que nuestras ropas habían tomado al bajar y subir, rozándose contra unas paredes húmedas.....

—Y bien ¿qué les parece á ustedes? nos preguntó el director que aguardaba á la parte de afuera.

Arqueamos las cejas como para dejar ver la imposibilidad de emitir un juicio que no fuese temerario ó sentar una hipótesis que no pecase de absurda.

En efecto, ninguna explicación satisface la crítica menos exigente.

¿Pudo ser esto, como algunos piensan, oculto subterráneo donde desalmados malhechores sacrificaban á sus venganzas viajeros indefensos? Gruta, tal vez, escogida por una fiera salvaje, para devorar en el silencio de la noche el fruto de sus rapiñas? ó acaso este apartado rincón fuera comienzo de la vida cenobítica que más tarde ensanchó el círculo de sus comodidades construyendo lujosas moradas en el fondo del valle?

Y después de todo, siquiera no se eche de menos una mano cariñosa que diese sepultura á los restos humanos, dado que su fecha sea reciente ¿cómo explicar la ausencia de la cruz, ese símbolo de la Redención que santificando la Madre tierra que guarda los mortales despojos, allí se levanta donde hay que denunciar la perpetración de un crimen horrible ó una inesperada catástrofe, perpetuando en encrucijadas y desiertos su recuerdo al trasmitirlo de unas á otras generaciones para saludable lección!....

Todos los datos hasta ahora reunidos, dijo uno de los expedicionarios, acusan el trascurso de muchos siglos.

Fijar su número, replicó el más viejo en cuyo obsequio la expedición se verificara, es precisamente resolver el único problema que aquí se presenta. ¿Qué espesor miden las capas de piedra formadas por las filtraciones? ¿Cuánto tiempo necesitaron para alcanzar el estado que hoy mantienen? ¿Qué años cuentan el carcomido tronco que tapaba el antro y el jarro en él descubierto? ¿Qué fruto pueden producir las excavaciones que deben practicarse?

Averígüese uno y otro y sus resultados, siquiera no envuelvan la solución de los grandes problemas planteados por Esper y Boucher al iniciar los estudios geo-paleontológicos, revestirán cuando menos el interés que excita todo lo que aun de una manera indirecta aparece estarse relacionado.

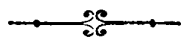
Noble empresa es intentar siquiera determinar el progresivo desarrollo y gradual desenvolvimiento de la especie humana; sólo así

ha de llenarse ese inmenso vacío que, desde la más remota antigüedad, se extiende hasta los tiempos en que el hombre se presenta formando parte de grandes agrupaciones ó nacionalidades.

Verdad es que las investigaciones científicas hasta el día han dado escasos frutos; á pesar de esto la curiosidad del espíritu vivamente excitada, no suspende sus luchas, antes bien los obstáculos que se le ofrecen le empeñan en nuevas averiguaciones y....; pero observo que la noche se nos viene encima, la humedad se deja sentir y la distancia que de Villaviciosa nos separa no es corta.....

Y dando un cariñoso adiós á aquellos amables señores, emprendimos silenciosamente el camino, saboreando unos las aventuras de la tarde, revolviendo los otros planes y combinando hipótesis para explicar cumplidamente todas las dudas....., y yo formando el propósito de trazar estos desaliñados renglones, para excitar la curiosidad del inteligente amigo á quien los dedico por si logran apartar momentáneamente de los estudios artísticos un espíritu observador y reflexivo que, consagrado á esta clase de averiguaciones, pudiera dar resultados no insignificantes.

UNA SOLEMNIDAD RELIGIOSA. (1)



La religión ejerce un poderoso influjo en el hombre ora le domina con las creencias, ora le subyuga con los irresistibles atractivos de su fascinadora poesía.

Entre la amargura y dolor de una pérdida irreparable el Cristianismo nos ofrece sus consoladoras esperanzas; en medio del hastío, provocado por locas frivolidades de una vida insípida, hiere nuestra imaginación con un vigoroso contraste mostrándonos la santa calma y dulce quietud de esos apartados conventos

(1) *El Noticiero de Asturias.*—22 Diciembre.—1876.

donde la fe cristiana agrupa débiles seres, heridos por el rayo de la desgracia ó fuertes corazones aparejados á renunciar al mundo sufriendo los trabajos y asperezas de la Religión.

A su vista el alma siente un placer vivo é inesplicable goce; que por tibia que sea la fe y profunda la resistencia á las austeridades de una vida penitente, halaga en medio del frívolo escepticismo y general descreimiento que nos domina, ver pequeñas agrupaciones que, consagrando su vida á Dios, perfuman la época en que viven con el aroma de sus virtudes, y como solitarias lámparas conservan inextinguibles el fuego de la fe por sus mayores trasmitido.

*
* *

¡Felices aquellos seres en quienes el influjo de tal ejemplo es bastante eficaz para formar el irrevocable propósito de abrazar esa vida sembrada de austeridades y privaciones! Su número es reducido; pero no tanto que de tiempo en tiempo dejen de acudir á las puertas del claustro jóvenes ansiosas de trocar las vestiduras del siglo por el tosco sayal de la penitencia.

En el convento de clarisas de Villaviciosa ocurrió hoy uno de estos raros ejemplos.

A las tres de la tarde el tañido de la campana reúne las religiosas en el coro bajo, mientras se apiña en el templo escogida concurrencia para ver una joven, que en el mundo se llamaba R. O. y en el retirado monasterio se llamará mañana S. R.

Joven, hermosa, ricamente ataviada con las galas del mundo que abandona, está postrada ante el altar mientras el Sacerdote bendice el hábito y cordón que, como glorioso manto de virtudes, le ofrece el retiro del claustro al abrirle sus puertas.

Sus ojos reflejan la mística alegría de su alma sin que el abandono de cuanto la liga al mundo imprima en su semblante una sombra de tristeza!.... como si en su pensamiento sólo dominase el recuerdo del Salmo, que tantas veces han de murmurar sus labios..... *Beati qui habitant in domo tua, Domine..... quia melior est una dies in atris tuis: super millia.....*

*
* *

El santo anhelo de la nueva vida arrastra á R. á las puertas del convento. Allí la esperan las religiosas cubiertas con negra

toca, llevando una vela encendida en la mano y salmodiando místicos epitalamios en honor de la esposa de Cristo.

Conmovera es la escena que entonces ocurre. La novicia hinca sus rodillas en tierra y acercándose la Prelada á los umbrales que pudiéramos llamar del mundo, pregunta:

—¿Con qué intención vienes á la Religión?

—Con intención de servir mejor á Dios y salvar mi alma, contesta.

—Has dado palabra de matrimonio?

—No.

—¿Tienes deudas?

—No.

—¿Quieres verdaderamente servir á Jesucristo y sólo por su amor renunciar al mundo?

—Lo quiero.

—¿Estás pronta y aparejada á sufrir los trabajos y asperezas de la Religión?

—Si estoy.

—Pues entonces ahí tienes á tu esposo, dice entregándola un crucifijo que R. estrecha fuertemente contra su pecho; y la toma de la mano y la presenta á las nuevas hermanas que, ciñendo á sus sienes la corona de desposada, la dicen:

Veni, sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus præparavit in æternum..... y atraviesan la clausura, y otra vez vuelve á cerrarse la puerta que separa las religiosas del mundo, quienes en procesión se ocultan á la vista llevándose la novicia por entre los recodos del claustro, entonando nuevos himnos cuyos acentos alcanzan apenas á despertar los adormidos ecos de las bóvedas.....

*
* *

¡Los lujosos atavíos del siglo son impropios del retiro destinado á la mortificación y al sufrimiento! Pronto la flotante túnica de seda cede su puesto al penitente sayo y tosco cordón, y aún aquellos negros y undosos cabellos que poco antes adornaban la frente de la joven desposada, ceden también al cortante filo de las tijeras, cuyo chirrido arranca una sorda exclamación de dolor á cuantos ocupan el templo, ávidos de recibir una despedida y de dar un adiós último. Todo concluye. El último murmu-

llo de las oraciones rituales extingüese entre el sordo chisporroteo de los cirios que poco á poco se apagan. Y vienen los ósculos de paz á las religiosas y á los seres queridos que abandona la novicia. Y ésta en pié, serena y tranquila, reflejando la mística alegría que inundaba su pecho al cruzar los umbrales del templo, vé cerrarse la puerta que la aísla de un mundo cuyos vanos halagos con generosa abnegación renuncia..... Y para siempre tal vez, ¡Quiéralo así el ciclo, R., si siempre como ahora á ello te inclinan una fe profunda y una virtud acrisolada..... Valiosa ayuda te ofrecen en esa nueva vida los edificantes ejemplos de tus santas compañeras. Ellas, si preciso fuese, avivarán tu fe en medio de las fatigas, diciéndote que el Santo nombre bajo cuyo patrocinio has de colocarte es el mismo que, hace muy pocos años, llevaba una mujer cuyas virtudes y humildad han dejado profundas huellas en la comunidad que te dá cariñoso abrigo, y un imperecedero y glorioso recuerdo en la familia que aun llora su temprana muerte.



DESDE VILLAVICIOSA.



Ingenuamente confieso que deben carecer de interés las crónicas referentes á una villa como Villaviciosa, cuyo presente y porvenir es una reproducción exacta de su pasado.

Vivimos sólo de recuerdos. Satisfechos con el heráldico timbre de los blasones, engarzados en las fachadas de los vetustos edificios, remedamos esos pobres y legendarios hidalgos de lanza en hastillero, flaco rocín y galgo corredor que, tachando de prosaicas las realidades del hoy é insensibles á las gratas y legítimas esperanzas que el mañana ofrece, vivían la vida del pasado pugnando por la resurrección de instituciones que murieron.....

Extraño contraste. A pequeña distancia levántanse las villas de Gijón é Infiesto; una al oriente, al occidente la otra de Villavisa. Y mientras aquí dormimos embelesados con los poéticos recuerdos de otra edad, nuestros vecinos levantan templos al arte y á la ciencia, convierten desiertos arenales en lujosas barriadas, interrumpen el monótono silencio de sus valles con el silbido de la locomotora y el ruido de numerosos talleres y fábricas, por cuyo medio la industria pone en sus manos el fruto de sus más prodigiosos inventos.

Aquí vegas feraces, que ofrecen abundante recompensa á las especulaciones agrícolas, siguen una ciega rutina condenadas al cultivo del maíz. El silencio de nuestros valles alterase á veces con el chirrido insoportable de los carros y los *ijujús!* que van de eco en eco resbalando por las laderas de las montañas..... y la limpidez de nuestro cielo vese alterada por el *vapor* que se desprende del Linares.... pobre riachuelo que, al divisar la muerte que el Cantábrico le ofrece, se revuelca desesperado en su lecho angosto, tronchando las pintadas flores de sus orillas, que se inclinan á su paso para darle el beso de despedida....

La historia anecdótica cuenta que Wellington exclamó en las llanuras de Watterlío pocos años después de su triunfo sobre el guerrero corso: *mè han variado mi campo de batalla*. No podrá decir otro tanto el hijo de Villaviciosa que tras largos años de ausencia vuelve á apurar los goces de familia, ó á crearse una nueva, si con la pérdida de sus padres vió deshacerse el lazo que le hacía vivir al calor de unos mismos sentimientos y afecciones.

Los lugares con cuidadoso esmero conservados, serán para él como la luz á cuyos pálidos destellos ve desenvolverse el cuadro de los goces de su infancia. Allí jugaba yo cuando niño, podrá decir al contemplarlos, recorriendo las viejas *carbayeras* de los alrededores; tropezará más de un árbol cuya corteza ofrezca, entre grietas y hendiduras, iniciales por él trazadas bajo la impresión de los amores primeros, en esas tardes calurosas del estío en que árboles, fuentes, auras perfumadas y arroyos murmuradores nos hablan un lenguaje que enloquece y embelesa..

Pero después de todo, esto es algo. Dado que la industria no establezca aquí su domicilio, que la reforma agrícola no busque estos campos para sus ensayos primeros y que la ciencia abriendo nue-

vos horizontes á una juventud ávida de enseñanzas provechosas no imprima á las costumbres derrotero distinto y nos saque de este marasmo, que es la asfixia moral de los pueblos..... nos resta..... la vida de los recuerdos.

Alfonso Kar ha dicho que el hombre pasa la primera mitad de la vida soñando con la segunda, la segunda llorando por la primera. Si por analógica inducción aplicamos esta sentencia á los pueblos, lícito será presumir que Villaviciosa languidece y muere. Si es cierta esa muerte tiene entonces relación estrecha con la de las víctimas sacrificadas en las hecatombes del paganismo. Muere coronada de flores.....

A la verdad ningún mejor teatro puede encontrar la primavera para ostentar sus galas y atavíos.

Verdes y pintorescas colinas coronadas de árboles, por entre cuyos troncos blanquea la ermita erigida por la piedad cristiana; la ría del Puntal como extensa cinta de plata serpenteando por el valle y retratando al pasar, caseríos y bosques, á cuya sombra el pastor ensaya su rústico caramillo; *Amandi* en cuyos placenteros sotos y poéticas laderas debió soñar y presentir Ovidio el futuro teatro para la aplicación práctica de su *Ars*; *Cazanes*, vistoso parterre á cuyos piés se desata hirviente y bullidora la soberbia cascada de *Sorribas*, y en el fondo ese telón caprichoso formado por la mano del Omnipotente, los montes de *Arbazal* que, al esconder sus cimas en las nubes, parecen señalar el camino alentando á algunos *amateurs* á decir *de Villaviciosa al cielo*.

Ya que prescindiendo de mi irresistible proposición al pesimismo he dado en el extremo opuesto entrando en el camino de las alabanzas, lisonjeando mi pasión de pueblo, debo consignar un hecho, siquiera porque mi fama de cronista veraz no quede maltrecha. Siento el remordimiento de una injusticia hecha á mi pueblo natal al describir su estado de postración, y allá va la enmienda inmediata, ya que he aplazado tantas en esta vida pecadora de que Dios ha de pedirme estrecha cuenta.

¿No enumera Madrid el barrio de Salamanca entre sus más alabadas mejoras?

Pues también Villaviciosa tiene las suyas. El nuevo barrio de la Oliva.

A este propósito recuerdo la singular observación hecha por

un amigo mío al regresar de un viaje al histórico Santuario de Covadonga.

—Cangas, me dijo, Infiesto y Villaviciosa remedan la dentadura del hombre en sus tres edades principales. Decrepitud, niñez y virilidad... Cangas con sus dos filas de casas viejas, de trecho en trecho construidas, y el Infiesto con sus nuevos edificios apiñados en el borde de la carretera remedan la boca de un viejo y la de un niño. En la primera faltan muchos dientes y los que quedan amenazan ruina, en la segunda todos están fuertes y unidos.

—Pero ¿y Villaviciosa, le pregunté, qué parecido tiene con la boca en la virilidad?

—¡Toma! me contestó ¿no ves que en esa edad sale la muela del juicio? Pues eso significa el barrio de la Oliva.

Me hizo gracia el *calembourg*, pues dicho barrio discrepa de la Villa por la alegría de sus habitantes y por la hermosura de sus niñas.....

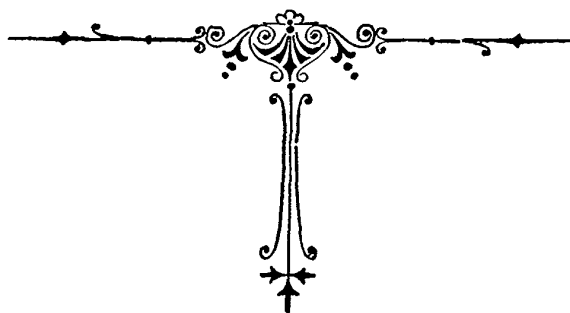
Y aquí pongo punto á mi epístola; no puedo sustraerme á la influencia de la corriente popular..... El clásico tambor resuena bajo los balcones de mi cuarto haciendo el dúo á una melíflua gaita, con singular destreza manejada. Los niños corren saltando á su lado y gritando ¡á San Juan de Amandí! Es preciso tomar parte en la fiesta.

Se inaugura el periodo de las romerías.

En marcha, pues, y adiós.

¡Ah! se me olvidaba. Lector ¿quiere V. los perdones?

Villaviciosa, Mayo de 1878.



EL SUEÑO DE CALDERÓN. (I)



Cuentan que mientras Newton leía una tarde en el campo, una manzana se desprendió del árbol cuya sombra le protegía, y golpeó fuertemente su cabeza. Observando la pequeñez del fruto, no pudo menos de extrañar la fuerza del golpe. Esto le llevó á considerar el movimiento acelerado de los cuerpos al caer, y á proclamar posteriormente el principio de la gravedad.

Así es como los accidentes más triviales originan á veces los más graves acontecimientos.

Por idéntico modo una circunstancia al parecer insignificante, produce en la vida las más serias resoluciones.

El Duque de Gandía, contemplando el cadáver de la emperatriz Isabel, y viendo convertida en podredumbre la que antes deslumbrara con su hermosura á la caterva de cortesanos aduladores, comprende lo deleznable y pequeño de las grandezas humanas, y dando un adiós al mundo, cuyas vanidades apeteciera, se consagra á la vida penitente.

¿Hay en la de nuestro gran poeta dramático, cuyo centenario celebran hoy cuantos aman las glorias españolas, algún accidente extraño que influyera en su espíritu hasta el punto de arrancarle al ruido estruendoso de los campamentos para llevarle al sacerdocio católico?

Ceñida al costado la espada, le vemos dirigirse ansioso de gloria á las hermosas campiñas italianas. Los combates en Milán reñidos no enervan su espíritu guerrero, antes bien le infunden nuevos bríos que le llevan á ensayar nuevas hazañas en las llanuras de Flandes ¿Por qué poco tiempo después deja este camino de triunfos y abraza el sacerdocio? ¿Cuál es la causa de este cambio?

(1) Publicado en el número extraordinario de la *Revista de Asturias*, dedicado por la Universidad é Instituto de Oviedo, á la memoria del insigne poeta dramático en las funciones del Centenario (1881.)

La vida de los grandes hombres aparece muy comunmente llena de hechos extraños que admiradores y apasionados exageran y modifican á su antojo. La fantasía presta también su contingente de imágenes, y una ficción cualquiera robustecida por la tradición y elevada al cabo de algunas generaciones á la categoría de hecho, llega á ocupar un vacío en la vida del personaje ó imprimir un nuevo rasgo á su fisonomía. Así es como la verdad histórica aparece en ocasiones alternando con la fábula, que la completa ó explica su sentido oscuro.....

La resolución que llevó á nuestro gran poeta á tomar las órdenes sagradas, tiene hoy su explicación, ó, cuando menos, no falta quien intente dársela. ¿Es satisfactoria? ¿Es cierta ó verosímil hasta el punto de no despertar los recelos y sospechas de la crítica?

Me limitaré á exponerla sin permitirme hacer sobre ella comentario alguno.

Curioseaba yo, no hace muchos días, en el puesto de libros viejos que en Madrid hay á la entrada del *Callejón del Gato*, cuando acerté á ver un volumen de vieja y clara impresión, intitulado *Curiosities of literature by Miss Mawl Leslie*. Al recorrer el índice de materias, vi entre otros muchos el nombre de nuestro insigne dramaturgo; mi curiosidad despertó en favor de aquel extraño impreso, donde se consagraba un recuerdo al poeta cuyo centenario preocupa tanto los ánimos.

Era una serie de apuntes biográficos cuidadosamente recogidos. Fácilmente se comprenderá el interés con que habré leído lo que de nuestro poeta refiere la erudita cuanto ingenua escritora inglesa.

A vueltas de datos y fechas que coinciden con los apuntados por los biógrafos más dignos de crédito, pretende aquélla hallar explicación cumplida para la tardía vocación eclesiástica del poeta, en una aventura amorosa que titula *Sueño de Calderón*, asegurando haberla oído referir en Flandes, en un castillo de las inmediaciones de Ardeubourge, teatro de la acción.

Al llegar á la narración de este lance, Miss Mawl se expresa así:

Corría el año de 163..... cuando llegó á Flandes D. Pedro Calderón, joven aún y dotado de una figura interesante, cuyas

gracias realzaban los arreos militares..... Destinado al servicio de la guardia que custodiaba el castillo de Alosté, allí conoció á la desgraciada Abigail, hija única de un rico israelita, expulsado de Holanda por las órdenes injustas del fanático Statouder.

Impresionó á la joven judía el apasionado lenguaje del militar poeta, y no menos afectó á éste la hermosura de aquélla, aumentada á sus ojos por la melancolía que prestaba á sus correctas facciones simpatía irresistible..... Tenía origen su tristeza en los reveses sufridos en cuatro años de destierro y en la enfermedad que minaba sordamente su delicada existencia.

Uno y otro se amaron entrañablemente, aumentándose su afecto á medida que los padecimientos de Abigail hacían más irrealizables sus ilusiones; pues por una inexplicable fatalidad, redobla el corazón sus anhelos al compás de las dificultades que se le suscitan.....

Trascurrieron así cuatro meses. Durante ellos siguió el cariño de los amantes siempre creciendo; la enfermedad de Abigail, siempre progresando.....

Una tarde de otoño, estación melancólica y triste, en que el viento parece modular canciones de muerte al arrancar las marchitas hojas de los árboles, estaba Abigail recostada contra el elevado respaldo de su viejo sillón de cuero, mirando tristemente á través de los cristales de la ventana de su cuarto. Los amarillentos rayos del sol poniente daban un tinte sombrío á aquel rostro apenas animado por un soplo de vida..... De rodillas á sus piés y estrechando sus manos heladas por el frío de la muerte estaba Don Pedro Calderón, triste, sombrío y abrumado por el peso de un dolor insondable y amargo.

—Oh! no morirás Abigail, decía el bizarro militar poeta, esta naturaleza que con su aspecto melancólico impresiona vivamente tu alma, recobrará su primitivo vigor y fuerza, y otra vez más la veremos adornada con las pomposas galas que la primavera hace brotar á su paso, y entonces, tú también.....

—Ah, no! La primavera... La primavera de la vida, pasa para no volver jamás. Me falta aire y me ahogo. Veo en mi derredor sombras de muerte, y en medio de ellas esplendorosa y radiante la imagen querida de mi buena Madre que me llama y me dice "ven conmigo".... Siento en mis venas el frío de la muerte... Deja

que á solas un momento recoja mi espíritu para consagrarlo á Dios.... Cuando el reloj dé las seis, entra..., no quiero dejar la vida sin decirte adiós. Déjame á solas... luego nos veremos,

Quiso salir D. Pedro en obediencia á los deseos de Abigail, pero le faltaron las fuerzas para incorporarse; un sudor frío inundó su cuerpo y cayó sin sentido apoyado contra el borde del sillón.. ..

Cuando el reloj colocado en el viejo torreón del castillo de Alosté daba las seis, el encantado espíritu del poeta vió desplegarse ante sí una inmensa llanura débilmente alumbrada por la triste luz del crepúsculo, erial sin vejetación ni rastro de vida, como si el ángel de la muerte lo hubiera esterilizado todo con su sombra maléfica,.... Un ancho y caudaloso río la atravesaba en toda su extensión rodando precipitadamente sus negras aguas á un abismo, cuyo ruido ensordecedor derramaba nuevos horrores sobre aquel cuadro de desolación. En la opuesta orilla, sombras vaporosas como fantasmas se deslizaban silenciosamente hacia el extremo de la llanura perdida entre nieblas y oscuridad.....

—¿Es éste el lugar de la cita? ¿Es aquí donde nos veremos? se preguntó el espíritu del poeta.

Vino á satisfacer sus dudas una sombra cubierta con blanco sudario, que desde la orilla opuesta le miraba atenta y tristemente, sin detener un instante su paso.

— Abigail. Abigail ! gritó el poeta al reconocer la sombra..... pero ésta continuaba su camino y seguía mirándole tristemente, como si quisiera expresar la amargura que le causaba aquella dolorosa despedida.....

—¡Y este río que me impide llegar hasta ella!.... Le atravesaré á nado, pensó el poeta , é iré en pos de sus huellas.

En tanto, seguían debilitándose las tintas del crepúsculo, las sombras y vagos fantasmas desvaneciéndose en la espesa niebla, el caudaloso río precipitando sus negras olas, y el abismo turbando aquel sombrío campo de muerte con su ruido estruendoso.

El poeta se estremeció dejando oír un mal comprimido grito de angustia... Al despertar, recobrando el sentido extraviado por la más amarga pena, vió á su lado un cuerpo exánime. Abigail estaba muerta. En sus ojos se veía aquella última mirada

triste, con que desde la orilla opuesta parecía enviarle un último y cariñoso adiós.....

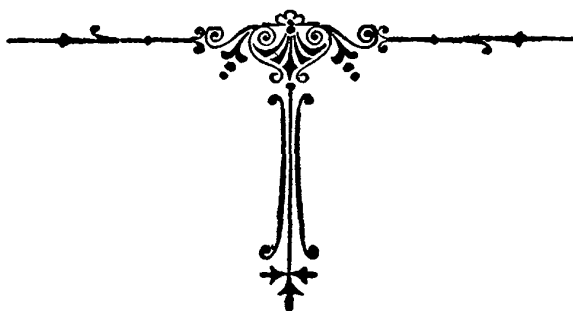
¿Qué pasó entonces en el espíritu del poeta? ¿Quién pretenderá sondear los profundos abismos de la conciencia humana?

Pocos meses después, el bizarro militar abandonaba el vetusto torreón de Alosté y se encaminaba á España con el alma herida por honda pena, y dispuesto á trocar las armas del soldado por los hábitos del sacerdote.

Así termina la aventura descrita por Miss Mawl Leslie.

¿Qué hay en ella de verdad? ¿Qué asentimiento debe prestarse á un incidente sin más pruebas que la aseveración de una escritora del siglo pasado, que pretende dar á la tradición todos los caracteres de la verdad histórica?

La crítica responderá á esta pregunta: yo me limito á dar cuenta de un detalle curioso que, desconocido hasta este día, merece algún aprecio como todo cuanto parece relacionarse con la vida de ese genio inmortal, cuya memoria procura honrar hoy con inusitada pompa la madre patria.





DISCURSOS.

The word "DISCURSOS." is centered in a decorative, blackletter-style font. It is surrounded by intricate, symmetrical flourishes. On the left, a vertical line descends from the top flourish, ending in a small hook. On the right, a horizontal line extends from the top flourish, ending in a musical note with a treble clef. Below the word, a horizontal line extends from the left, ending in a musical note with a bass clef. The entire design is a complex, ornate composition of lines, curves, and musical symbols.



I.

LA SEGUNDA ENSEÑANZA. (1)



SEÑORES:



LEGÓ por fin el anhelado momento de reunirnos, animados de los más nobles sentimientos, para celebrar el término de nuestros afanes durante un año é inaugurar el que le sigue anunciando gratas esperanzas y satisfacciones, si bien han de alcanzarse á costa de no pequeños sacrificios y desvelos. Inútil y enojoso sería indicar aquí los que en el curso pasado soportamos con inquebrantable constancia, si su enumeración no llevase consigo el recuerdo de los goces alcanzados y las dificultades vencidas, encontrando en ellas nuevo estímulo en nuestras tareas y un progresivo desarrollo de la institución para vosotros creada, joh jóvenes alumnos. Distinguida desde tan temprano con vuestros adelantos, mientras que os procura un título de gloria en lo porvenir, crea también para nosotros un nuevo derecho á

(1) Discurso de apertura del curso de 1876 á 1877.—Oviedo, imp. de Uria, 1876, con apéndices y datos estadísticos.

vuestro cariño y confianza. ¿Y qué atributo más digno de nuestra patria querida pudiéramos ofrecerle, que consagrarnos con todas nuestras fuerzas á formar el corazón y el espíritu de sus tiernos hijos, difundir entrè ellos las semillas de una esmerada educación y cultivar su entendimiento desde los primeros años de la vida, cuando su misma inocencia y el ejemplo y la persuasión de sus maestros encuentran todavía una naturaleza virgen para grabar en ella las primeras impresiones de la virtud cristiana, los primeros elementos de las letras, el primer destello del amor á la patria y el primer tributo de adhesión y entrañable cariño á la propia familia?

Preferir para tan noble empresa el pueblo en que se ha nacido, al cual se vive ligado por los gratos recuerdos de la infancia, por las tiernas afecciones del hogar doméstico, por el encanto de los lugares testigos de nuestras penas y nuestras alegrías, influir en su adelantamiento moral é intelectual dirigiéndose al fin que nuestro origen y nuestra historia nos señalan, contribuir así al bien de nuestros conciudadanos; hé aquí la ocupación más honrosa, la más digna del hombre, ora se consideren los beneficios que reporta, ora el allanamiento de los obstáculos contrapuestos al desarrollo de la inteligencia que de otro modo se perdería oscurecida por una vergonzosa ignorancia.

Sabido es cómo en muchos pueblos surgieron de las últimas clases de la sociedad inteligencias privilegiadas que, merced al estudio bien dirigido, alcanzando un notable desarrollo, llegaron á ocupar altos puestos en la administración del Estado y á brillar por sus vastos conocimientos científicos y literarios. Al mismo tiempo, todos en silencio hemos lamentado también el deplorable abandono de aquellos jóvenes cuyo buen criterio y recto juicio perdidos sin cultivo, habrían ganado en lucidez y gallardía si una enseñanza provechosa los hubiese sacado de su deplorable ignorancia. ¿Y cómo poner hoy remedio á males de tanta trascendencia?

Temeridad os parecerá el intentarlo en este distrito, cuando sólo podemos contar con el sincero deseo del bien público, una voluntad á toda prueba, y la constancia para luchar sin descanso contra las dificultades opuestas á nuestro propósito.

Irrealizable parecía y como vana ilusión se abandonaba, cuan-

do una extraña voz reunió á todos aquellos á quienes alentaba el amor á la patria y la más noble de las aspiraciones. Entonces se aparta la vista de las dificultades para llevar la empresa con ánimo esforzado é indeclinable tesón á feliz término. Aparece, pues, como por encanto un profesorado ejemplar en sus costumbres, amigo de la juventud estudiosa, instruído en su totalidad, s únicamente se exceptúa la persona honrada con vuestra benevolencia que ahora os dirige la palabra; se reúnen, en fin, los recursos para hacer la enseñanza tan extensa y provechosa como la deseáis y se remueven cuantós obstáculos se oponen á la instalación del Colegio, con las condiciones que hoy le distinguen, para garantizar la sólida enseñanza de las asignaturas comprendidas en el Bachillerato.

A realizarlas debían encaminarse nuestros esfuerzos; limitar las explicaciones á una ciencia determinada, á un solo ramo del saber, sería defraudar las más legítimas esperanzas de la juventud estudiosa, á cuyos adelantos consagramos todos nuestros cuidados. Preciso era aceptar las cosas tal como la vigente legislación las plantea, no sólo estableciendo aquí la enseñanza del Bachillerato, sinó facilitando á los padres de familia la ventaja de retener á sus hijos á su lado, precisamente en esa edad de inexperiencia y ardientes pasiones en que la tutela y vigilancia son más necesarias, si ha de conseguirse el debido aprovechamiento de unos estudios, que con razón son considerados como la conveniente preparación para emprender con verdadero conocimiento de causa aquella carrera á que cada uno se inclina, consultando sus especiales disposiciones.

No podían ser más nobles nuestros propósitos, ni tan inmediatamente útiles nuestras aspiraciones, como dedicándolas á despertar en el alma de los niños sus primeras afecciones, dirigiéndolas por buen camino á su completo desarrollo. Por experiencia propia sabéis lo que es el niño conducido por la naturaleza en los cortos años de su existencia. Vagas sus miras. momentáneas sus impresiones, producto sus ideas primero del corazón que del razonamiento y la experiencia, siente más que reflexiona y recibe entonces del amor maternal las tiernas inspiraciones religiosas, las santas verdades que, grabadas en el alma profundamente, llevan consigo el germen de aquellas es-

peranzas que traspasando los límites de este mundo perecedero, nos prometen otro inmortal y divino. nos consuelan en la adversidad, nos fortalecen en el infortunio y nos ayudan á sufrir con ánimo resignado las penalidades de la vida. A las cariñosas enseñanzas de una madre querida, imperecederas y puras como su amor, á estas enseñanzas que el cielo bendice y que mezcladas con el halago y los más tiernos sentimientos no se olvidan nunca, suceden las del maestro conducidas por el arte y la propia experiencia, cuando ya el niño más desarrollado se robustece su razón de día en día y á medida que los nobles esfuerzos del encargado de dirigirla le inculcan las nociones rudimentarias de la primera enseñanza. Aseguradas así estas cortas nociones de las letras ó poco reducidas todavía, se abren á la imaginación y la curiosidad del niño nuevos horizontes y se despierta su deseo de conocerlos. A satisfacerle viene al fin la enseñanza de las asignaturas que constituyen el Bachillerato. Entre ellas aparece como un rudimento indispensable de la educación la *lengua latina*, madre de la nuestra; la que hablaron y extendieron por todas partes los dominadores del mundo antiguo; la que, robusta y vigorosa, fluida y animada, hoy mismo nos encanta en las brillantes peroraciones de Cicerón, en los profundos pensamientos de Tácito; en las sabrosas y elegantes narraciones de Salustio; en las tiernas elegías del desgraciado Ovidio; en los elevados conceptos y arrebatado vuelo de Horacio; en la sublimidad épica de Virgilio y en las diversas formas líricas inspiradamente empleadas por Cátulo, Tibulo, Juvenal y Propercio; en el arte de que Plauto y Terencio se valieron para ennoblecer á Roma reflejando las inspiraciones con que Esquiles y Menandro entusiasmaron á Atenas, la ciudad más artística del mundo antiguo, distinguiéndose las producciones del primero por la viveza de las imágenes y la sal cómica que las satura, y el segundo por la correcta expresión, el natural desarrollo de las escenas y la unidad del conjunto que particularmente constituyen el mérito de sus comedias.

Vergonzoso sería desconocer en nuestro Colegio ó considerar como de pasada el idioma y la inspiración de tan elevados y diversos ingenios, cuando cuentan en el número de sus imitadores al Dante, el Ariosto y el Tasso, á Camoëns, Ercilla y Miltón,

á Voltaire y Clopstock, á Corneille, Racine y Alfieri. Finalmente, sin salir del mundo romano, dado el supuesto de que estos sublimes modelos no bastasen á satisfacer cumplidamente el gusto literario de nuestros escolares, bastarían para formarle los preceptos y observaciones del español Quintiliano en su retórica y las inspiraciones de Horacio en su arte poético; por más que otras ideas y costumbres, nuevos adelantos en las ciencias y las artes, distintas nacionalidades y el espíritu de libertad cual en los tiempos modernos se comprende, no permitan ya someter de una manera exclusiva el genio creador á los preceptos del antiguo clasicismo y reducir la inspiración á reglas que pueden amenazar su lozanía encerrándola en muy estrechos límites. Los progresos alcanzados en todos los conocimientos humanos sin excluir ningún género de literatura ponen hoy bastante distancia entre la manera clásica de los antiguos y el romanticismo de nuestros días.

A la par de las *bellas letras* se echaban también en Roma, bajo la república y el imperio, los fundamentos de las *ciencias naturales* y de la *Geografía* histórica. Plinio y Pomponio Mela las cultivaron llevando su estudio y desarrollo tan lejos como podía permitirlo la ilustración de aquellos tiempos. ¿Y cómo se desdeñarían en la ciudad eterna cuando la imaginación y el sentimiento nos llevan á contemplar el admirable espectáculo que nos ofrece la tierra que habitamos y el mundo que nos cobija? En una de esas noches tranquilas del estío, cuando duerme la tierra un profundo sueño, iluminada por los pálidos rayos de la luna que parece vagar al acaso en la inmensidad del espacio poseída de una dulce tristeza, ¿quién en el silencio augusto que le rodea, al volver los ojos al cielo tachonado de estrellas, no aspira á penetrar la causa y la naturaleza y los efectos de los misteriosos arcanos que contempla extasiado de admiración y respeto?

Pues á su curiosidad y sus vagos y oscuros conceptos, á sus poéticas ilusiones, satisface cumplidamente la ciencia que nos da á conocer el planeta que habitamos y sus relaciones con el universo entero. Faltos de su eficaz auxilio, escasa utilidad sacaríamos del estudio de la *Historia*, con tanto aprovechamiento cultivada por Tito Livio, Salustio, César, Suetonio y Tácito, y llevada todavía más lejos por la filosofía y la crítica de los es-

critores que detenidamente la desarrollaron desde el siglo xvi hasta nuestros días.

Así robustecida la *Historia* por tan poderoso auxiliar, con razón merece el dictado de la luz de los tiempos y la maestra de la vida. Todo se somete á su imperio! Todo lo invade y escudriña penetrando las densas tinieblas de los siglos: ella nos revela la primitiva existencia de los pueblos, sus transformaciones, sus lazos de unión en medio de un aparente alejamiento como prueba inequívoca de un origen idéntico. Considerando la humanidad en su conjunto, nos describe sus vicisitudes, su marcha perezosa y lenta; pero siempre constante y progresiva, al través de duras pruebas en las que, como en un crisol, se depuran las costumbres, el carácter y la moralidad de los pueblos: tomando aisladamente las distintas nacionalidades sometidas á su examen, después de fijar su verdadero precio, nos presenta sus virtudes para hacernos estimar el bien que producen, y sus vicios para que aborrezcamos el mal y la desolación y la ruina que llevan siempre consigo.

En el Oriente, cuna misteriosa del género humano, nos muestra un pueblo embrutecido por los más asquerosos deleites y extraviado por una fantasía delirante que, renunciando á los derechos más sagrados del hombre y sometido á una voluntad omnímoda, se deja conducir ciegamente á las aberraciones de la idolatría ó al más repugnante etiquismo, prodigando á seres corrompidos por la soberbia y el fanatismo los honores de la apoteosis con mengua de la dignidad de la conciencia humana.

Al contrario: con la Grecia nos ofrece la historia el ejemplo de un pueblo versátil y altivo, de ardiente imaginación y vivas pasiones, que orgulloso de sus libertades absolutas y omnímodas en su propio daño ejercidas, condena en Aristides la noción de la justicia y del deber y obliga á Sócrates á beber la cicuta para salvar su conciencia, como poco después una raza, hoy proscripta, obliga al Cristo á sellar con su sangre en la cumbre del Gólgota la grandeza de una religión sublime, que redime á los pueblos de la esclavitud y de la afrenta, llamándolos á nueva vida.

Siempre fecunda en provechosas enseñanzas. con igual empeño nos presenta la historia á Roma, que humilde ciudad en sus orígenes, robustecida gradualmente por su gobierno y sus conquis-

tas, ambiciosa y turbulenta, es al fin la señora del antiguo mundo, dominándole no sólo con las armas, sinó también con las letras y las leyes, mientras sus actos se ajustan á las prescripciones de la conciencia y de una sana política; pero que tan pronto como la corrupción y la licencia suceden á sus antiguas virtudes y la contaminan los vicios de otros pueblos, se humilla exámine y temerosa ante las hordas salvajes salidas de las selvas del Norte y lanzadas como un torrente asolador sobre sus dominios, hasta posesionarse del Capitolio, que dictara leyes al mundo entero.

Vengamos ahora á nuestra patria querida, y llevando por guía la historia, reconoceremos que el valor y la hidalguía, la constancia en las empresas, el sufrimiento en la adversidad y un noble orgullo jamás desmentido la distinguen desde los tiempos más remotos. Sagunto y Numancia prefieren sepultarse entre sus ruinas á la ignominia de someterse vencidas á una dominación extraña. Ocho siglos de combates y sacrificios heroicos en defensa de la independencia, la religión y las leyes inutilizan los esfuerzos de los sectarios de Mahoma para apoderarse de nuestro suelo y sustituir en él los preceptos del Korán á los del Evangelio, y sus leyes á las de la monarquía visigoda. Vemos en Viriato el bandolero transformado en heroico y afortunado defensor de los patrios lares: en el Cid, el valeroso soldado y el caballero sin mancilla cuyas hazañas y aventuras ofrecen vasto campo á la epopeya y á la musa popular de los trovadores: en Guzmán el Bueno, el impertérrito defensor de Tarifa, que sacrifica sobre sus muros hasta el amor paternal antes de faltar á sus deberes como soldado y como ciudadano: en D. Juan de Austria, el general afortunado que con una inmortal victoria hunde para siempre en las aguas de Lepanto á los enemigos del nombre cristiano, asegurando la libertad de Europa por ellos amenazada. Y estos ejemplos de heroísmo y virtud no son perdidos para la posteridad: se reproducen en el glorioso alzamiento de 1808 contra el adalid victorioso de la Europa entera. Díganlo sinó las heroicas defensas de Gerona y Zaragoza: los triunfos memorables de Bailén y Albuera, de los Arapiles y Alba de Tormes. Y así la historia, con el recuerdo de estos gloriosos hechos, da una dirección más racional á todos nuestros actos, indicándonos la conveniencia de obrar en un todo de acuerdo con nuestros deberes, sacrificando á ellos los afectos más íntimos, como

el medio único de llegar rectamente al fin que nos está asignado, ya como individuos, ya como miembros de un todo cuyo perfeccionamiento sucesivo nos incumbe y toca realizar.

Si la *Elocuencia*, la *Poesía* y la *Historia* que realzan con sus encantos estos gratos recuerdos no bastasen á satisfacer el deseo de muchos jóvenes que quisieran llevar más lejos sus estudios, un irresistible atractivo encontrarán en las *Ciencias fisico-matemáticas* y sus vastas aplicaciones al bienestar de los pueblos y de los individuos.

Ellas cambiaron ya la faz del mundo al aplicar la mecánica á la creación de nuevas fuerzas para simplificar el trabajo, al perfeccionamiento de los talleres y las fábricas, al desarrollo de los diversos ramos de la riqueza pública y al comercio que la crea y generaliza. Con el conocimiento de la Física alcanzaremos la razón de que empleando la electricidad nos sea dado llevar el pensamiento tan veloz como las exhalaciones del uno al otro extremo de la tierra. Esta ciencia nos enseñará también el sencillo mecanismo que por medio del vapor acorta maravillosamente las distancias entre los pueblos, haciendo, por decirlo así, de todos ellos una sola familia, mientras que disminuye los azares de la navegación y la facilita y abrevia... ¿Qué más? Pone en manos del hombre el rayo, forjado en el seno de las tempestades, y le hace morir á sus plantas cual si se viese forzado á respetar y obedecer sus deseos.

No es menos grato ni menos provechoso el estudio de la *Historia natural*, ya felizmente cultivada por Plinio en los mejores días del pueblo romano, y á mucha perfección traída por los sabios de las naciones cultas durante los dos últimos siglos. Con su auxilio llegamos á conocer exactamente la naturaleza de cuanto nos rodea; el reino mineral en sus diversos géneros y ricos productos; la botánica, que pone á nuestra vista las variadas y ricas galas, ornamento de la tierra, ofreciendo á nuestro estudio desde la corpulenta encina á cuya sombra verificaba el druida los sacrificios impuestos por su religión misteriosa, hasta la humilde florecilla que con sus vivos colores esmalta los campos en las estaciones primaverales: finalmente la zoología, que, ora nos sorprende al descubrirnos el organismo del insecto, cuyas pintadas alas con sus matices y cambiantes nos deleitan y admiran, ora nos describe la forma, el instinto, los hábitos y cualidades físicas de los variados

é infinitos animales indígenas de los helados suelos del Norte de los desiertos abrasados del Africa, de las selvas vírgenes de la India y la Oceanía y de los cultivados campos de Europa. Pero nuestra admiración crece de punto cuando esta ciencia sublime nos guía en el estudio del hombre, señor del mundo, el primero de los seres que, superior á todo lo creado, es un vivo destello de la suprema inteligencia de quien dimana. Como si el conjunto de los estudios que acabamos de indicar someramente no bastase á retratarle de una manera cumplida, vienen la *Fisiología* y la *Psicología* á determinar más y más su conocimiento, analizándole la primera como un ser organizado y sensible, y considerándole la segunda como un ser moral é inteligente: con aquélla adquirimos el conocimiento de sus múltiples y variadas funciones, pudiendo así precaver y remediar muchos de los males que nos afligen; con ésta le apreciaremos en su acepción más noble y elevada, en su razón y su moralidad, valiéndonos para conseguirlo de las profundas doctrinas heredadas de la Grecia y de Roma, y depuradas y extendidas por los sabios pensadores de los tiempos modernos que, á su vez, conducidos por la observación y la experiencia, sometieron su juicio y sus deducciones á un raciocinio incontrastable, tan distante de la vana palabrería como de las sutiles abstracciones del escolasticismo. Confiados en tales guías podremos llegar al conocimiento de la verdad y por ella elevarnos al de la verdad absoluta. Dios, á cuya unión nos encamina un vehemente deseo y natural inquietud del espíritu, siempre rendido por la lucha de las pasiones; pero nuevamente alentado por las consoladoras promesas de la religión, sanción inequívoca del bien, la justicia y el derecho.

Aunque con pálidos colores y á muy estrechos límites reducido, acabo de trazaros el cuadro de los conocimientos que constituyen el Bachillerato, á cuya adquisición debéis aspirar, mis queridos alumnos, no como el término de vuestros estudios, sinó como una preparación necesaria para emprender otros más cumplidos, contraer el hábito de inquirir la razón de las cosas, fijar vuestra vocación y robustecer el juicio y la memoria para más graves y provechosas tareas.

Yo que me intereso eficazmente en vuestros adelantos, que los procuro con toda lealtad, os ruego que veáis en estas consideracio-

nes un consejo que sale del corazón y es el producto de la propia experiencia.

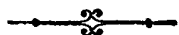
Sepáranme de vosotros tan pocos años, que distintamente puedo recordar cuanto á vuestra edad pensaba y me ocurría en el cultivo de mi razón.

Con la inexperiencia de quien sale de la niñez para gozar de los primeros albores de la juventud, veía entonces indiferente cuanto con mi futuro destino y bienestar se relacionaba, cuidando más de procurarme juegos y distracciones, que de aprovechar la enseñanza de mis maestros progresando en el estudio. ¡Ay! no conocía entonces su precio. Hoy que la edad, no tanto como entonces, me favorece; hoy que las fuerzas me ayudan menos todavía, deploro con hondo sentimiento un tiempo perdido de que en vano procuro resarcir la falta. A precaver en vosotros las consecuencias de la indiferencia en el estudio se dirige este recuerdo, no porque de tales extravíos os acusemos, sinó para evitarlos en lo sucesivo. Que nada hay estable en las primeras ilusiones de la vida, flaca la razón, ardientes las pasiones y más poderoso el placer del momento que las esperanzas del porvenir. Por fortuna, hasta ahora sólo tenemos motivo para aplaudir vuestra aplicación y asiduidad en el trabajo durante el curso entero. En él habéis dado reputación al Establecimiento con vuestros exámenes, distinguiéndose muy particularmente D. Luis Miyar, D. Alvaro García Ciaño, D. Enrique Mata, D. Pedro Cavanilles, D. Félix García Ciaño, D. José Valdés Cavanilles, D. Manuel Suardíaz, D. José Ballina y D. Luis Alonso Margolles. Por deber y por amor propio es mi mayor deseo que vuestro comportamiento sucesivo en nada difiera del que hasta ahora habéis observado. Así será cómo proporcionaréis nuevas y más cumplidas satisfacciones á vuestros maestros, honra y utilidad al pueblo donde nacisteis y galardón de inestimable precio á los desvelos y el cariño de vuestros padres, que con justo motivo cifran en vosotros las más gratas y risueñas esperanzas.

HE DICHO.

II.

LA VIRTUD Y LA CIENCIA. (I)



SEÑORES:

Sólo el triunfo tras empeñadas luchas conseguido , logra inspirar una verdadera satisfacción ; la esperanza de otra más cumplida. Así es tan expansiva la del labrador , cuando alumbrado por un sol esplendente y en medio de los compañeros de faenas, hacina entre cantos de júbilo y sencillas é inocentes alegrías las doradas mieses que á costa de sudores y fatigas logró arrancar á la tierra. ¿Qué mucho, pues, que vosotros á más nobles tareas consagrados , descanséis hoy abandonados al placer producido por el fruto de vuestros incesantes afanes? ¡Ah! si el agricultor con el profundo surco del arado consigue sazonados frutos y vestir la tierra de flores y verdor, cuando antes infecunda y desierta era sólo un páramo , vosotros con más arduos cuidados, siempre la razón en prensa y la memoria sin descanso, lograréis al fin después de largo tiempo producir frutos de mayor valía , cuya aplicación á la humanidad entera, la alienta y perfecciona , haciéndola digna de más altos destinos.

Pues que sois vosotros obreros, cuyas vigiliass se consagran desde los primeros albores de la vida al perfeccionamiento del hombre, permitidme que al participar de vuestra dicha , os dedique un cariñoso saludo y con él os ofrezca la sincera expresión de mi reconocimiento. ¿Cómo no mostrarme agradecido , cuando os debo la grata emoción que me domina, considerando la prosperidad de este Instituto , que nacido al calor de un entu-

(1) Discurso de apertura del curso de 1877 á 1878.—Gijón, imp. de Torre., 1877, seguido de apéndices, cuadros, reglamento y datos estadísticos.

siasmo juvenil y de muy humildes principios, ensancha su esfera, crece y se robustece y allega hoy á sus primitivas enseñanzas una *Escuela de Comercio*?

¡Quiera el Cielo que así como con esta enseñanza nos proponemos hacer menos penosa la suerte de aquellos jóvenes que, sin arredrarse ante los riesgos y las dificultades, buscan en las remotas playas de América su propio bienestar y el de sus padres queridos, nos sea dado mañana merced á nuevos triunfos y desvelos, contribuir también á la mejora de aquella clase menesterosa dedicada á las artes mecánicas é industriales, creando para ella una cátedra de *Dibujo Lineal* y las enseñanzas más acomodadas á su vocación y destino.

Mientras llega ese día, que por fortuna no creo muy distante, permitidme añadir algunas advertencias á las muchas y provechosas que bajo las augustas bóvedas del templo os ha dirigido poco hace vuestro virtuoso é ilustrado Sub-Director. Seguramente resuena todavía en vuestros oídos la palabra simpática y llena de unción evangélica con que os exhortaba á la práctica de la virtud cristiana. Profanación sería apartaros de su intento; un deber sagrado, al contrario, apoyarle y encareceros su valía. Yo lo procuraré con todas mis fuerzas, mostrándoos la necesidad de buscar en la ciencia un auxiliar poderoso para lograrla más perfecta; que no sin fundamento se considera como la antorcha que la ilumina y el báculo que nos sirve de apoyo para no encorvarnos bajo el peso de las supersticiones, poniendo de manifiesto los desvaríos nacidos de un orgullo insensato ó de una imaginación delirante. No: la ciencia y la virtud adunadas, deben ser el objeto esencial de nuestros estudios, por lo mismo que consideramos una y otra como el medio de conseguir el perfeccionamiento á que aspiramos.

Yo os demostraré cómo la virtud es más sólida, eficaz y verdadera, cuanto más procura aprovecharse de los auxilios que la ciencia le proporciona. Para conseguirlo ha de bastarme consultar la historia; esta maestra de la vida que, con el recuerdo de lo pasado, nos alecciona para lo porvenir. Sus páginas siempre fecundas en provechosas enseñanzas, nos ofrecen sin duda repetidas confirmaciones de mi aserto. Interrogadla acerca de las virtudes de los pueblos primitivos, y veréis como se limita á pre-

sentar el hombre en toda su desnudez, salvaje como la naturaleza que le rodea. supersticioso hasta lo inverosímil, crédulo y amigo de lo maravilloso como la infancia, dispuesto siempre á erigir la fuerza en principio y á confiar á una guerra brutal el arreglo de sus escasas relaciones, mientras sacrifica humanas víctimas en aras de alguna deidad quimérica, allá forjada en su vírgen fantasía, y de continuo perdido en sus funestos delirios.

¿Y qué otra cosa podrá esperarse del hombre sin experiencia, sin un guía seguro, sin otra luz que sus propias pasiones, cuando agobiado por el peso de las apremiantes necesidades físicas tiene que satisfacerlas, apelando al examen de los objetos que le rodean, ya analizando sus propiedades y naturaleza, ya las relaciones que bajo el punto de vista de la conveniencia propia guardan con su existencia todas las cosas?

Afortunadamente, este estado de suyo transitorio, cede á la experiencia en una serie de ensayos más ó menos felices. Dominado el hombre por la naturaleza, acaba al fin por someterla á su dominio, encontrando en ella los elementos necesarios á su conservación y mejora. Poseedor entonces de múltiples secretos y verdades que antes desconocía, se despoja de los vagos presentimientos, de los fatídicos temores que respecto á su existencia le apremiaban. Ya dueño de la tierra eleva sus ojos al cielo: si un azulado velo impenetrable detiene su mirada escrutadora, en cambio le envía los fulgores de centellantes lumbreras, que despertando primero su curiosidad y hablando después á su espíritu adormido, le muestran un más allá, circuído de sublimes misterios y admirables creaciones.

Así es como la curiosidad que antes le empeñara en el descubrimiento de las primeras verdades físicas, le indica ahora la senda que ha de guiarle en otras investigaciones no menos importantes. La propia razón, un deseo de nuevas conquistas en el campo intelectual, le obligan á estudiar las causas productoras de los fenómenos que á su contemplación se ofrecen y las leyes por qué se rigen. Admirando el lazo misterioso que mantiene unidas todas las cosas en el orden físico, procura inquirir su puesto y su misión en el planeta que habita, y apreciar los medios de que le es dado disponer para asegurar su destino en las vicisitudes de la vida. Hele aquí precisado á estudiarse á sí mismo,

ya examinando escrupulosamente su naturaleza, ya empeñándose en el análisis de las facultades que virtualmente envuelven su aptitud de conocer. Así, pues, á la manera que procuró el conocimiento del mundo físico y sensible para satisfacer sus necesidades materiales, reconoce la existencia de un mundo moral que del mismo modo responda necesariamente á las tendencias, deseos y constantes inquietudes de su espíritu.

Aguijado por tan sublime aspiración, se eleva hasta la idea de Dios, advierte las relaciones sagradas que á él le unen y los vínculos que le ligan á sus semejantes. De este conocimiento deduce el de sus derechos y obligaciones, y comprende entonces que sólo puede realizar el bien, último fin de su existencia, mediante la fiel observancia de sus deberes, ó sea la conformidad de su conducta con la ley moral, que es lo que constituye la virtud.

He ahí como á su conocimiento nos conduce la ciencia ; porque sin ella nunca podremos conocernos á nosotros mismos , ni la interminable serie de relaciones que á Dios nos unen y á los demás seres : de su idea brota la de nuestro origen y destino, la de los derechos y deberes , con cuya práctica podemos merecer el dictado de virtuosos.

¿No echais de ver ahora el íntimo consorcio que entre la virtud y la ciencia existe , y cómo se hermanan y completan auxiliándose mutuamente para eterna ventura del hombre? ¿Y no concebís la inalterable satisfacción , el íntimo placer , el inefable bienestar de quien llega á poseerlas? Jamás se las ha considerado provechosas y verdaderas , cuando se presentan aisladas y sin ningún punto de contacto. Por eso una respetable autoridad ha dicho muy fundadamente "que así como la ciencia sin virtud llena al hombre de necia arrogancia , así la virtud por si sola le hace inútil."

Si de esta verdad queréis testimonios más cumplidos , observad detenidamente el mundo que os rodea : en él hallaréis más de un hombre cuya vasta comprensión abarca los diferentes ramos del saber y cuya palabra fácil y persuasiva le permite dar vida á los luminosos pensamientos que brotan de su mente , como salen de un volcán torrentes de fuego. Mas ¡ay! que su vida está en contradicción perpetua con su ciencia. ¿Qué importa que ésta le dé á conocer las maravillosas relaciones que le unen con Dios y

con los hombres , si poseído de un insensato orgullo y de una inconcebible fascinación , olvida ó desprecia la omnipotencia y la misericordia infinita del primero , revolcándose en el fango cenagoso de innobles y bajas pasiones , y ultraja á los otros , considerándolos sólo como viles instrumentos de sus caprichos é incontinencias ?

Ese venerable anciano , á quien la nieve de los años blanquea la cabeza , os ofrece un ejemplo si más consalador , no menos confirmatorio de mi aserto. Refléjase en la apacible calma de su mirada , una conciencia tranquila como la superficie adormida del lago aún durante el furor de las tormentas. No empaña jamás su frente la amargura del remordimiento. Al admirarle y bendecirle , contentaos con aspirar el vivificante aroma de su virtud , porque como las plantas olorosas , no da otro fruto que su perfume. Ved que si blanquearon sus cabellos ha sido en el ocio de una vida inútil y prolongada , en vez de calcinarse bajo el fuego abrasador de las ideas. Sus ojos conservan viva la mirada , porque han rehusado emplear sus fuerzas en el estudio , y la tersura de su frente es la negación de esas luchas tormentosas libradas en el cerebro del hombre pensador , que consagra su vida al progreso de las ciencias y de las artes.

¡Cuánto más noble y respetable aparece la figura del magistrado encanecido en el estudio y las rudas tareas del foro , cuando con la ciencia y la virtud por guía , en las borrascas de la vida , saca á salvo su nombre sin que le abrume el peso corruptor del oro , funesto producto de un abominable tráfico! ¡Y cuánto más digna de loa es la conducta del sabio maestro que á los progresos de la juventud consagra sus afanes, ofreciéndole á la vez provechosas enseñanzas con su moralidad y sus luces, sin otra recompensa que la gratitud pública!

Alejaos de los que no saben ó no quieren hermanar la moralidad y el sentimiento religioso con las letras y el cultivo de la razón ; al contrario , seguid confiados á los que en la unión de estas condiciones fundan la enseñanza y el ejemplo , que así llegaréis á ser verdaderos hombres ; pues sólo por tales son tenidos los que consultando la propia dignidad y los deberes que les impone su misión sobre la tierra, imprimen á todos sus actos el sello de la honradez y de una reputación sin mancha.

El mal y su remedio os son conocidos. ¿Habréis de olvidar éste y ver con ánimo tranquilo que aquél crece y os amenaza sin procurar su exterminio? Pues si á combatirle os inclinan vuestros deseos , necesitáis trabajar resueltamente , sin que el animo decaiga ante los obstáculos. Que sólo ante las angustias y azares de obstinadas luchas se forman y templan los caracteres nobles y enérgicos y se adquiere un justo derecho á la gratitud de nuestros semejantes.

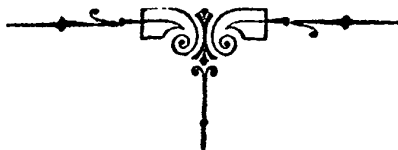
Ved que sois como el soldado que, después de un triunfo glorioso, al declinar la tarde domina el torreón, cuyas almenas guarnecidas de mortíferos cañones vislumbraba poco antes embellecidas por los rayos de un sol esplendoroso. Entonces ya conseguida la victoria, su primer cuidado es dar descanso al cuerpo rendido por la fatiga, mientras que adormido el espíritu en agradable sueño, recuerda las hazañas todavía recientes, y se goza en la gloria que producen. Pero ¡ay! que el nuevo día muestra á sus ojos otros campos y horizontes llenos de atractivo, que despertando su ambición, le empeñan en más preciadas conquistas y en mayores sacrificios para conseguirlas. Así también en el camino de la ciencia, guía y sostén de la virtud, la adquisición de una verdad nos lleva al descubrimiento de otras que, enlazadas entre sí, forman como los anillos de esa cadena misteriosa que parece perderse en la inmensidad del infinito.

Adelante; ni temor, ni desaliento. Dominasteis el primer baluarte que aparecía á vuestra vista como inexpugnable. Vuestro es al fin; descansad ahora de las rudas fatigas que exigió su conquista: descansad satisfechos de tan penosa adquisición y de su valor inapreciable. Que en ella encontréis nuevos estímulos y mayores bríos, para que la próxima aurora despierte en vuestro ánimo aspiraciones más elevadas, al manifestaros los vastos horizontes y los feraces campos que provocan vuestros deseos y la esperanza de verlos satisfechos.

Porque os conozco, abrigo el convencimiento de que lejos de tener en poco mis advertencias, siempre dispuestos á darles cumplimiento, en vuestros estudios alcanzaréis en días no lejanos los elevados puestos que á la virtud y á la ciencia reservan la magistratura y el sacerdocio, la tribuna y el magisterio. Si así se realiza, habréis dado el más cumplido galardón á mis afanes;

pues ninguna satisfacción ha de igualar á la mía, ni inspirarme un orgullo más legítimo, que cuando al veros colocados por vuestros merecimientos en las carreras á que aspiráis, pueda yo decir á solas en el retiro de mi celda: *Fueron discípulos míos.*

HE DICHO.



III.

EL DEBER Y EL TRABAJO. (I)



SEÑORES:

Con profunda tristeza recuerdo los años corridos en que dominados vosotros por la alegría que provoca el triunfo, lleno yo de entusiasmo ciego á la vista de vuestros progresos, nos reuníamos aquí dispuestos todos á celebrar cordialmente la reanudación de nuevas tareas. Confieso que hoy son más difíciles las circunstancias. Siento convertida en amarga pena lo que en pasados días era para mi causa de satisfacción y contento. Por eso no tendré un aplauso para vuestra laboriosidad ni un pláceme para vuestros adelantos literarios; pues fuérame imposible volver la vista atrás sin descubrir, al lado de resultados brillantes, los desvelos y luchas á cuya costa los hemos conseguido, junto, á la satisfacción que el cumplimiento del deber engendra, imprevistas desventuras que la fortuna nos legó á su paso, hiriéndonos á todos; y digo á todos

(1) Discurso de apertura del curso de 1878 á 1879.

porque el cariño que os profeso no me permite creerlos indiferentes á mis desgracias..... Pero apartemos de ellas la vista y busquémosles un lenitivo en lo porvenir, ese mañana misterioso que así nos reserva la felicidad, recompensa ordinaria del que ajusta sus actos a la ley del deber, como castiga al que la desatiende y olvida por lanzarse á insensatas quimeras irrealizables.

El número de mis años no es tan largo que me sea imposible recordar cuanto á vuestra edad preocupa de ordinario el ánimo, vivamente con relación al porvenir. Al calor de una imaginación que ni á la razón obedece ni admite otros preceptos que los sugeridos por el capricho, el porvenir preséntase engalanado con falsos adornos, entrañando placeres que no son los que deleitan el ánimo sinceramente amante del bien, bien objetivo, al que bajo distintos aspectos y formas todos aspiran y tan pocos conocen.

A vuestra edad, la brisa de la tarde que acaricia la frente encendida, pronuncia al pasar frases misteriosas y halagüeñas que quieren adivinarse sin comprenderse; las rojas luces con que el horizonte se tiñe al dar su adiós al moribundo día, fingen á vuestros ojos nuevos mundos de dicha; el viento os trae entre sus pliegues algo que suena, tan agradablemente como los ecos de una música lejana, y en medio de ese concierto de luz y de armonía, el alma se adormece. Al despertar de ese sueño durante el cual corren de ordinario los mejores años, el desencanto es profundo. Hemos pasado la primera edad soñando con un imposible, forzoso será pasar el resto de una vida agriada por el desencanto, suspirando por la edad primera.

Esto es lo que debemos evitar. ¿Y cómo, me preguntaréis? Vuestro ilustrado subdirector y digno compañero mío, no ha mucho que con galana frase llena de evangélica unción os apuntaba el remedio. Al haceros ver la necesidad de su recta aplicación, se encaminarán las pocas palabras que constituyen mi discurso.

No es que cada edad de la vida deba perseguir un ideal distinto. Un fin mismo es igual á todos los estados, porque pasa el hombre, desde el momento en que el alma abre sus ojos á la luz de la verdad, hasta el instante en que desprendiéndose de las ligaduras que la aprisionan vuelve á Dios, ansiosa de saciar ese afán de saber que como fiebre la agitan á su paso por la tierra.

Ese fin es el bien, no como cada edad lo representa, sinó con-

siderado como realización de la ley del deber. *El Deber*. Cuando tantas veces os hice ver en que consiste, superfluo parece repetir mis consejos; pero no fuera del caso renovar mis advertencias para hacéroslo amable. Mas hoy como entonces parece dibujarse en nuestro resultante una sombra de desconfianza, algo como miedo ó aversión al trabajo que el cumplimiento del deber implica. Obligación mía es desvanecer esas preocupaciones: pues entiendo que ningún manantial hay más fecundo en dulces alegrías y nobles goces que el trabajo, esa palanca que Dios puso en manos del hombre para acrecer las comodidades de la vida y ensanchar los dilatados horizontes del espíritu.

Gana el pan con el sudor de tu rostro, dijo Dios al hombre, colocándole en medio de una naturaleza enemiga y salvaje, desnudo contra la inclemencia del tiempo, falto de recursos y defensa contra las fieras, que ponían en grave riesgo una vida ya amenazada por el hambre y la sed.

Y el hombre confundido primero por el anatema, levántase luego dispuesto á poner en ejercicio sus facultades; y al dar cima á la primer empresa duerme á la sombra de la guarida por sus manos fabricada; y en el blando sopor que el cansancio difunde por sus miembros y espíritu, hasta entonces inquieto y agitado, encuentra la recompensa más grata á sus afanes. Desde ese día la historia del trabajo no es otra que la de las grandes luchas empleadas para arrancar á la naturaleza el secreto de sus fuerzas y al espíritu el conocimiento de sus leyes. Y aumentando los hijos la herencia que sus padres les trasmiten, ven á su vez las generaciones que les suceden afanarse por agregar nuevas conquistas á las ya realizadas. Y la vida que en un principio era miserable y reducida aumenta el poder del hombre ejercitando notablemente sus fuerzas.

Carece de útiles y penetrando en las entrañas de la tierra extrae el hierro poderoso, elemento de perfección, con cuyo auxilio el hombre de esclavo pasa á ser señor de la naturaleza. Arrastrado por el presentimiento que le anuncia su grandeza futura, desprecia las iras del mar encolerizado, y con carcomidos troncos de árboles por esquifes, explora sus costas golpeando con sus remos las olas encrespadas. Más tarde recoje en la blanca lona las ráfagas de aire á cuyo impulso se interna en la soledad de los mares buscando nuevos países; y cuando en la inconstancia del viento ve un

auxiliar, rebelde de ordinario al logro de sus propósitos, se procura fuerzas más sumisas á sus mandatos y, aprovechando la fuerza expansiva del vapor, cruza seguro los océanos despreciando el furor de los vientos contrarios y de las tempestades, dejando en pos de sus buques negros penachos que anuncian su marcha triunfal.

Los progresos materiales pueden rodear al hombre de comodidades, pero no bastan á satisfacer las exigencias de su espíritu. Y en Atenas, la clásica ciudad del mundo antiguo, levanta á las artes y ciencias templos donde Sócrates, Platón y Aristóteles, dejan oír los acentos primeros en la filosofía. Apeles traslada al lienzo sus ideales y Fidias, con su cincel divino, arranca al mármol esas artísticas Venus, gloria eterna del arte pagano y desesperación del arte moderno que no ha logrado igualarle ni aún imitándole. y Pindaro, alabando la grandeza y el esfuerzo del hombre, inclina á sus contemporáneos al heroísmo reproduciendo los triunfos de Maratón y Salamina.

Y estos esfuerzos como todos los que el hombre realiza en otros órdenes no son movimientos aislados, que desaparezcan al extinguirse las generaciones que los producen. Antes bien son focos perennes de luz á cuyo color se forman nuevas pléyades que con los destellos de genio inmortal indican á la humanidad el derrotero. Recuérdense sinó los nombres de los Agustín y Tomás de Aquino, Descartes, Schelin y Hegel, en filosofía: Rafael y Murillo, en la pintura: Miguel Angel y Canova, en el arte escultural: Calderón y Sakespeare, Beranger y Leopardi, Espronceda y Hugo, que, á partir del lirismo y drama de las clásicas Grecia y Roma, procuran al arte nuevos desenvolvimientos, más en armonía con otros nuevos ideales.

Pero tampoco esto satisface los afanes del hombre. Independientemente de esas comodidades, que responden cumplidamente á la vida material y por encima de esas exigencias del espíritu, levántase poderosa y universalmente dominadora la idea de Dios, y al calor del entusiasmo que su nombre despierta, erige el hombre esas maravillas de filigrana, los grandiosos templos ojivales, donde el cincel esculpe los primores del arte; y allí la rodilla hincada en tierra, á la claridad de los rayos solares, que al atravesar las pintadas vidrieras ofrecen todos los matices del iris, envuelto por nubes de aromático incienso que en espiral sube á

perderse en la elevada ojiva, y mientras el órgano resuena bajo las augustas bóvedas derramando á torrentes la armonía, el hombre goza de la presencia de Dios á quien muestra su gratitud con lágrimas que humedecen sus ojos y plegarias que el lábio murmura fervoroso. Y aliviada su alma del peso de culpa por las lágrimas del arrepentimiento bendice el lugar sagrado donde adora á Dios, y al bendecirle, bendice el trabajo.

¿No advertís como proporciona comodidades y goces, tanto los que á la vida material tocan como los que se refieren á la vida del espíritu?

Volved, volved la vista atrás y estudiando la humanidad en su primer desenvolvimiento comparadla con vuestro estado presente. Esas diferencias determinadas por una serie infinita de ventajas y adelantos, referentes á todos los órdenes de la vida, es el resultado del trabajo ya material ya intelectual en la herencia que os legaron las generaciones precedentes. En su vista considerad cuan ineludiblemente pesa sobre vosotros la obligación de conservar ese legado y aumentarlo para que las generaciones venideras sean deudores de la gratitud que hoy abrigáis hacia las que os precedieron.

Pues sólo con el trabajo podréis solventar esa deuda que la historia acredita.

Y si el deber no habla aún en vuestras conciencias con luz bastante firme y poderosa dejad hablar al egoísmo; consultad vuestros propios intereses.

¿Qué satisfacción iguala la vuestra cuando con la aprobación de nuevas asignaturas dais nuevos pasos en vuestra carrera? ¿Qué triste compasión no se apodera de vuestro ánimo cuando veis algunos compañeros de la infancia, dados á una holganza perpétua, sin más porvenir que el desempeño del papel de *zánganos*, consumidores de la fortuna que sus padres les labraron á costa de penosos sacrificios?

Seguro estoy de no equivocarme, si no que á la vista de uno de esos cuadros dais por bien empleadas las horas que trascurrieron en la vigilia y el estudio.

Sí, tenedlo siempre presente. La gratitud de un lado, y si se quiere un sentimiento egoísta de otro, deben aconsejaros de consuno la aplicación y laboriosidad. Así será como mañana ocupan-

do los puestos á que os dirijan vuestras aficiones , saboreèis el placer de vivir siendo útiles á la patria, y allá, en avanzada edad, cuando la muerte se acerque á vuestras puertas, podais esperarla sin sobresaltos, puesta la mano sobre la conciencia al cerrar los ojos á la luz, exclamar con la tranquilidad del hombre honrado: *cumpli mi deber.*

HE DICHO.

IV.

LA VIDA . (I)



SEÑORES:

Son de ordinario las circunstancias fuerzas superiores á la voluntad del hombre que, contra su previsión y cálculo , le envuelven, arrostrándole á su destino por ignorados derroteros. No de otro modo las ocultas corrientes y vientos inconstantes agrupan en alta mar los buques , dejándolos , merced á la bonanza , seguir juntos un mismo rumbo. Mas de repente los huracanes se desatan, erizando de escollos el revuelto mar ; el sosegado viaje se interrumpe , suenan cariñosas voces de despedida y los buques, juguetes de las olas , se diseminan , caminando en encontradas direcciones , hasta que calmada la tormenta , vuelven á avistarse,

(1) Discurso de apertura del curso de 1879 á 1880 , publicado en la *Revista de Asturias.*

entre gritos de júbilo , á la entrada del puerto que les ofrece seguro abrigo.

Como á los buques en el tempestuoso mar , nos sucede á nosotros en la vida. Las circunstancias nos unieron , ellas nos separaron y ellas nos vuelven á juntar hoy otra vez. Suceda, pues , á nuestra despedida afectuosa un cariñoso saludo , y renuévense con él los votos por la prosperidad de esta Institución , á cuyo progresivo desarrollo todos hemos contribuído con el entusiasmo de los pocos años y el desinterés de los más nobles propósitos.

No ha sido tan larga nuestra separación que ese corto espacio de tiempo haya podido cambiar sensiblemente nuestros pensamientos. El que hacia vosotros y hacia este Colegio abrigo , sobrado conocido es de todos para que yo me proponga desenvolverlo nuevamente. Cuanto sobre el particular pudiera deciros, no sería otra cosa que una repetición de lo que os he manifestado en los cuatro años que hemos vivido unidos por unas mismas aspiraciones. En la necesidad , sin embargo , de dirigiros la palabra en esta solemnidad académica , precisa insistir sobre alguna de esas ideas fundamentales que, despertando vuestra reflexión, os adiestren en el sostenimiento de las luchas iniciadas apenas en el hombre nace el sentimiento vago , pero incesante, de su destino. Bien sé yo que el concepto de éste y el de nuestra misión en la vida ha de preocuparos poco, á una edad en que el alma, antes solicitada por lo que le rodea que por los fenómenos que en su interior se producen , sucediéndose rápidamente , se deja deslumbrar por el brillo y aparato de las exterioridades, desfigurando los objetos y hermoscándolos con encendidos colores que seducen. Pero precisamente en esa falsa idea y concepción equívoca va implícitamente envuelta la necesidad de su reforma ; pues relacionándose con el concepto de la vida cuanto á nuestro bienestar se refiere , necesario es que nuestro criterio se forme y eduque desde los primeros años para imprimir á nuestras acciones una dirección acertada , huyendo de espejismos que falsean la realidad y de esos delirios en mal hora acariciados , que empeñando el ánimo en la realización de un imposible , le fatigan y cansan , sin dejar otro premio á sus mal empleados afanes que el excepticismo y la duda : ¡ tristísimo patrimonio de una generación que languidece en medio de la crisis que atraviesa!

¿Qué es la vida? ¿Acaso es mansión de delicias donde sólo se escucha la regalada música de pájaros armoniosos y se respira el suave aroma de flores perfumadas, delicioso edem sombreado por árboles de perpetuo verdor, bajo los cuales el hombre sin pesadoso recuerdo del ayer ni zozobra é inquietud por el mañana, tiene como misión única gozar del presente y cantar sus dulzuras con la exaltada pasión de un Anacreonte?

¿Es, por el contrario, la vida funesto don que no está en nuestra mano rechazar, presente tristísimo, que imponiéndosenos como una desgracia ineludible y abrumadora, debe despertar en el hombre el temperamento elegiaco que le arrastra á la misantropía y al ascetismo y á llorar sobre la ruina de sus muertas ilusiones?

Estos conceptos de la vida de todo punto encontrados y sostenidos por dos escuelas filosóficas, la optimista y pesimista, siquiera pequen de absurdos por el error profundo en que descansan, no van sin embargo acompañados del descrédito, suficiente á apartar de sus filas la juventud estudiantina; antes bien ejercen sobre ella señalado influjo difundiéndose por un fácil contagio entre espíritus ya débiles, ya fuertes, pero mal dirigidos todos, á quienes deslumbran y trastornan.

Al exponer este asunto á vuestra consideración, más bien me propongo daros la voz de alarma contra un peligro grave que indicaros su remedio. Es éste tanto más difícil de aplicar cuanto que los más detenidos análisis no han podido precisar las causas de esos extraños fenómenos fisio-psicológicos, producidos ya por motivos ocultos en lo más íntimo de nuestro ser, ya por el temperamento que engendra caracteres predispuestos á contrarias apreciaciones á propósito de unos mismos efectos.

Cuando la cuestión se reduce á estos últimos términos, no pasa de ser un hecho excepcional sin importancia relativa y de remedio difícil si no imposible. Ya Grecia nos ofrece en Demócrito el humorismo burlón y alegre que encuentra inmejorable una vida tan llena, sin embargo, de amarguras para su antagonista Heráclito. Hay hoy, como hubo siempre y como sin duda habrá mañana, corazones sensibles á los más ligeros contratiempos, é indiferentes otros, cuando no alegres, ante las desventuras extrañas y aún las propias.

El mal á que me refiero es más general, pues abarca generaciones enteras, y no tanto depende del carácter como de una educación viciada por el descuido ó por una dirección mal entendida. De ahí esa periódica regularidad con que optimismo y pesimismo aparecen dominando en absoluto al hombre y erigiéndose sucesivamente en criterio único de sus actos, siempre perjudiciales y viciados como las fuentes de donde manan.

Es la juventud el periodo de la vida que mejores condiciones de desarrollo ofrece á la concepción optimista. En esa edad crítica el ardor de las pasiones, sin razón que las refrene, ni experiencia que las dirija, antes bien agujoneadas por una imaginación soñadora, difunden en el espíritu una exaltada confianza en ideales más acariciados y queridos, cuanto más imposibles y absurdos. La educación fomenta y procura las más veces ese mismo extravío, allegando elementos extraños y perjudiciales. En vez de sabias máximas encaminadas á formar el tierno corazón de los niños, rodéase su infancia de supersticiosas preocupaciones y puéblase su hermoso cielo de encantamientos y talismanes, de hechiceras y magos, cuya vida es un tejido de hazañas y maravillas que subvierten y perturban el entendimiento. Como si esto fuese poco, los romances amatorios y los episodios novelescos contribuyen á debilitar más y más en la juventud el sentido real y práctico de la vida, al modo que las aventuras caballerescas trastornaban el mermado seso del hidalgo manchego don Quijote. Y mientras un genio malévoló ó una funesta fatalidad parece recrearse en llevar á su entendimiento débil el veneno de una literatura tan inmoral como frívola, no hay una mano inteligente y cariñosa que le suministre antídoto suficiente á neutralizar sus efectos perniciosos.

Así preparado el joven, contempla la vida como vistoso pabellón creado tan sólo para proporcionarle lauros sin afanes y victorias sin luchas; mira el mundo como vasto teatro donde ha de llevar á cabo ruidosas hazañas vaciadas en el troquel de los Lovelace, y orgulloso y confiado en unas fuerzas cuya intensidad desconoce, sueña con la realización de empresas iguales por lo imposibles á las de los Titanes que intentaban escalar el cielo.

Y menos lamentable fuera el mal si en este revuelto mar de encontradas pasiones ejerciese su benéfico influjo la religión. Pero

reducida ésta las más veces á ideas vagas, desprovistas del calor que les debe prestar el sentimiento para ser eficaces en la vida, arde con luz tan débil que decae ante los primeros desencantos, como la luz del sol se oscurece ante los nubarrones empujados por la tormenta.

En ese periodo ascendente de optimismo vacío y superficial pasa la edad de la vida que debiera haberse consagrado á provechosas tareas. Con ella termina el periodo de las ilusiones para dar comienzo el de los desencantos. Al optimismo sucede como natural reacción el más exagerado pesimismo, por esa ineludible ley que hace seguir la languidez de espíritu á los periodos de excitación y exaltada confianza en ideales imposibles.

Ha llegado el joven á la cúspide de la montaña y empujado por una fuerza que le arrastra á pesar suyo, se dispone á bajar en busca de los triunfos que soñara al subir.

La pendiente es resbaladiza, el camino está obstruído por cortaduras y peñascos que imposibilitan la marcha. Un paso más y la caída es inevitable. ¿Se detendrá el joven en su anhelado camino de triunfos? Imposible: allá muy á lo lejos, entre las azuladas tintas del horizonte, le dibuja su deseo el soñado paraíso. Y sin experiencia que le preste apoyo, ni ilustrada razón que le sirva de guía, avanza; pero avanza sin poderse dominar y, perdido el equilibrio en la celeridad de la carrera, rueda hasta chocar con el primer obstáculo que la casualidad le depara en su vida práctica. El rudo sacudimiento de la caída le estremece y el adormido espíritu despierta para bajar de la región de los sueños á la realidad de la vida. ¡Tras el paraíso el infierno! ¡Adiós dulces idilios de los primeros años! ¡Epopéyas y triunfos que como imágenes fantásticas bullían en los horizontes de la niñez, también adiós! Pero ay! que la destrucción de esos hermosos sueños y la muerte de esas extravagantes ambiciones al extinguirse ó dejar, cuando menos, sin satisfacción esa necesidad de entusiasmo que nos aqueja, parece arrastrar consigo todo lo que constituye la belleza y el valor real de la vida.

Pero es tal vez que en esas horas de angustia no viene á ayudar al espíritu con sus consoladoras esperanzas, el sentimiento religioso? Dulce fuera verle brotar entonces para endulzar cuando menos la amargura del desencanto; pero hay días de terrible

crisis en que todo aparece oscurecido y agotado. El corazón entonces no late como otras veces al recuerdo de aquellas tiernísimas plegarias que las madres enseñan entre caricias y besos. Sólo el espíritu desprovisto de entusiasmo y fé, abrumado por el peso de los desengaños y frente á frente de la dura ley de la lucha por la existencia, se echa en brazos de la desesperación que le proporciona un último refugio: el escepticismo y la duda.

¡Duda y escepticismo! tan deplorable filosofía es la que ha arrancado á Leopardi esta desconsoladora confesión:

¿Nostra vita á che val? Solo á spregiarla.

La misma doctrina ha formado esos caracteres, tipo del rebajamiento por sus creencias, sin actos que las confirmen, ya por actos denegatorios de toda creencia. Ella, por fin, engendra esas generaciones jóvenes y caducas á un tiempo; jóvenes por los pocos años y caducas por la falta de entusiasmo y ausencia de ideales, que empeñen al espíritu en luchas nobles y provechosas.

Y sin esos poderosos móviles, qué sería la humanidad dominada solamente por escepticismo y duda? ¡Ah! entonces ni Colón, ni Franklín, ni Fulton y otros admirables genios merecerían hoy el reconocimiento de los hombres que los bendicen como sus bienhechores. Preciso fuera borrar del mapa el nombre de la joven América sustraída á las profundidades del Océano por el loco entusiasmo y la fe sublime de una Reina magnánima y un marino visionario; arrancar á la historia patria esas páginas donde se guardan como inapreciables joyas los recuerdos de ilustres capitanes que, tremolando la bandera de Castilla, asombraron al mundo con sus portentosas hazañas; renunciar á la electricidad y al vapor que llevaron de zona á zona el pensamiento y la industria del hombre; en una palabra, dar un adiós á la vida para entrar de lleno en la soledad de la muerte.....

Y en medio de este conflicto que caracteriza los tiempos presentes, cuando el espíritu analítico é investigador de nuestro siglo plantea uno tras otro pavorosos problemas, que demandan solución inmediata ¿qué auxilio podrá reclamarse á la juventud, si, en vez de prepararla para esas luchas, se la permite malgastar en afanes quiméricos y frívolos y en vergonzosa holganza sus fuerzas, su fe y su entusiasmo, únicos resortes capaces de animarle á conjurar el común peligro?

No es éste inevitable y el deber de procurarlo pesa sobre todos: sobre los jóvenes, sobre los padres y sobre nosotros los maestros. Para los jóvenes se presenta el remedio bajo la forma de docilidad y sumisión en la ejecución de los planes que les prescriban maestros y padres, más conocedores de sus propios intereses y únicos capaces de suplir la inexperiencia de sus pocos años; á los padres aconsejándoles velar más directamente por la educación de los hijos y pensar que no cubren su grave responsabilidad con proporcionales los medios materiales de enseñanza; como algunas madres obcecadas creen llenar su cometido, confiando á mercenarios pechos una alimentación y unos cuidados en que otras encuentran rico venero de inocentes alegrías. Les incumbe cooperar por todos los medios á los desvelos de los maestros.

Para éstos el remedio se transforma en deber profundamente trascendental. Su misión es un sacerdocio á cuya dirección confía la patria sus hijos, tesoro de las más legítimas esperanzas. para convertirlos en hombres útiles. ¿Cómo? Formando su corazón, previniendo y atajando el extravío de las pasiones, ilustrando su juicio y contrarrestando la escésiva preponderancia de un criterio en demasía optimista ó exageradamente pesimista. Les corresponde determinar el concepto de su destino, haciendo ver á los niños que ni la vida implica goce, ni significa sufrimiento en absoluto considerados; que la vida es escuela de trabajo y experiencia, en la cual el hombre imperfecto, pero perfectible, debe procurar el desarrollo armónico de sus facultades todas, sin vanas preferencias que tiendan á mutilar la obra de Dios y crear su personalidad, pero personalidad bien definida, aparte de los placeres que pueda gustar y de los contratiempos que deba sufrir; pues goces y penas representan su papel en la vida, ya como estímulos ya como advertencias provechosas y útiles, cuyas consecuencias han sido previstas con el orden universal de las cosas.

Job, el inspirado poeta bíblico, ha revelado un profundo sentido de la realidad al decir *militia est vita hominis super terram*. Una lucha incesante, esa es la vida. No la lucha cruel y despiadada de que la historia nos suministra repetidos testimonios, lucha emprendida sin fin moral, ni otro objeto que conten-

tar la insaciable ambición de un aventurero, ávido de ceñir sus sienes con los ensangrentados laureles de la victoria cimentada sobre la ruina de los pueblos, porque esa es la lucha bárbara de la destrucción; sinó la lucha creadora cuyos esfuerzos hacen al sentimiento religioso penetrar más hondamente en la conciencia para traducirse en actos de moralidad, al arte revivir y animarse, á la ciencia progresar, á la industria extenderse, al comercio ampliar y consolidar la fraternidad de los pueblos, por un mismo Dios creados y para iguales fines nacidos; lucha en fin, que se presenta en la vida como un elemento de perfección y enseñanza que nos prepara para disfrutar más felices días.

Recordadlo siempre ¡jóvenes alumnos! La vida es una lucha; emprendedla, puesto que la hora ha sonado, sin que se detenga vuestro ánimo en comparar la pobreza de los resultados ordinarios con la fatiga y sacrificio que impone su adquisición, y sin temor de sucumbir en ella ó de ver esterilizados los afanes por inesperados contratiempos.

¿Qué juicio formaríais del labrador que rehusase el cultivo de los campos por miedo á la sequía? ¿Qué diríais del navegante que renunciase la gloria de sus conquistas y descubrimientos, temeroso de verse en alta mar sorprendido por huracanes y tormentas?

¿Vivir es trabajar? Pues manos á la obra. Así tendremos la doble satisfacción de ser útiles á nosotros mismos y á la patria, procurando nuevas condiciones de desarrollo al espíritu, cuyas secretas fuerzas inspiradas por el mismo Dios y por El sabiamente dirigidas, están llamadas á franquear barreras que se consideraran inaccesibles en límites aun hoy desconocidos. (1)

HE DICHO.

(1) No hallamos los Discursos restantes.

Un deber de gratitud nos obliga á citar los celosos é ilustrados Profesores del acreditado *Colegio de Villaviciosa* que, con sus desvelos por la enseñanza, contribuyeron á la noble empresa organizada en beneficio de su pueblo, por nuestro malogrado amigo JOAQUÍN GARCÍA CAVEDA.

Son los siguientes: los Presbíteros Sres. D. José Rodríguez Fernández, D. Juan Álvarez Menéndez, D. Raimundo Vitorero y D. Rafael Martínez; los Sres. Dr. D. Ma-

V

LA LIBERTAD EN LA HISTORIA. (I)



ILLMO. SEÑOR:

Está caracterizada nuestra epoca por los sacudimientos que un día y otro la agitan, por el movimiento febril que la arrastra y por la inquietud constante que la domina, haciendo de ella un monumento histórico sobremanera crítico. Sucédense unos á otros los ideales, derrúmbanse viejas instituciones; al golpe rudo de una crítica inflexible y severa, desaparecen tradiciones respetables, y en medio de estos cambios, apenas si el espíritu fatigado se detiene un momento para darse segura cuenta de lo que en su redor pasa. Cualesquiera que sean las causas que estas modificaciones originan, ya se consideren represión de un malestar sentido y no remediado, ya sacudimiento producido por toda reforma, es un hecho que, al frente de estos cambios, como bandera que lleva á unos y otros á la liza, empeñándolos en luchas ruidosas, figura la palabra libertad.

En su nombre se han consumado innumerables y vergonzosos crímenes; ella ha alentado todos los progresos y presidió al des-

nuel F. Ladreda; Licenciados D. Ceferino G. Mata, D. Jesús Pando y Valle, D. Tomás G. Ciaño, D. Luís Rivero Alvarez, D. Alfredo Marzo, D. José Pando Valle, D. Alberto del Valle, D. Lucas Meredíz, D. Cirino Fernández y D. Rafael Canga Valdés, Director actual; el Teniente de caballería, D. Juan García Caveda; los Bachilleres, D. Florentino Martínez, D. Juan B. Caravera y D. Francisco Cayado; los Profesores de música D. Benigno Llaneza y D. Rufino Nuevo, y el de primera enseñanza D. Rafael Alvarez.

(1) Discurso—tesis doctoral—para el grado de Doctor en Derecho civil y canónico, ante la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, en 27 de Abril de 1881.

arrollo de la cultura que alcanzamos; las revoluciones de todos los tiempos hicieron de ella su símbolo; las tiranías de todos los países invocaron igualmente su nombre para cohonestar sus desaciertos y era como aspiración indecisa y presentimiento vago en muchos, ya como sentimiento bien definido en la conciencia de los menos: esta palabra corre de boca en boca animando por igual á bandos opuestos en ideas y aspiraciones.

¿Qué es la libertad?

Difícil es dar una definición ajustada al rigor filosófico. Esta misma dificultad es causa de que los más, poco cuidadosos del examen y estudio detenido que conduce al conocimiento exacto de las cosas, confundan lo sustancial y positivo con la puramente formal. Así inducidos muchos, en lo que á la libertad se refiere, no establecen diferencia entre la forma y el fondo, y llaman libertad á la forma de gobierno que sólo tiene por misión servir de garantía á aquélla. De ahí ese inconsciente y pernicioso entusiasmo que en ellos despierta el recuerdo de las antiguas repúblicas, como si fuesen el símbolo fiel de la libertad.

Quien tal piensa, desconoce la historia ó niega los hechos en ella consignados. Su simple lectura basta á convencernos de la desventajosa situación en que se encontraban los ciudadanos de las Repúblicas antiguas, con relación á los hombres de las monarquías de nuestro tiempo. La ley del ostracismo, sirviendo de instrumento á sus pasiones políticas contra virtudes tan acendradas y puras como la de Arístides, implica la negación de la libertad en la república ateniense.

Con no menor ligereza proclaman otros la libertad como un fin en sí misma, facultad de obrar sin sujeción á otras reglas que las sugeridas por la voluntad individual. Esta opinión entraña peligros gravísimos; pues divorciada la voluntad de los principios reguladores de sus actos, desprendida del orden general de la existencia en donde debe buscar los motivos de obrar, se aísla, refiriéndolo todo á sí propia, y se reconcentra dentro de sí, considerándose como el foco hacia donde debe dirigirse la vida de los demás. Esta manera de ver hace de la libertad un sentimiento egoísta, que lo supedita todo al capricho, y bajo el cual las pasiones y los intereses materiales adquieren peligroso desenvolvimiento que trae consigo graves conflictos, luchas desnatura-

lizadas producidas por el sórdido interés y crisis análogas á las que trabajan y abruma la sociedad de nuestros días. Este es error que procede de confundir el libre albedrío con la libertad racional.

¿Qué es, pues, la libertad?

Facultad de acción y forma de la actividad para realizar todo el orden de cultura, subordinándose previamente á los principios que rigen y gobiernan la vida y á los cuales la misma voluntad debe someterse, obedeciendo á una necesidad moral. El examen de nuestra naturaleza nos conducirá, como por la mano, al conocimiento de esta verdad.

El hombre, dotado de un espíritu capaz de comprender todos los órdenes de existencia, de referir los fenómenos á sus leyes y lo finito y relativo á lo infinito y absoluto, acusa la posesión de una facultad superior que, abarcando las facultades restantes, las dirige ordenadamente hacia un fin y que, obrando al propio tiempo sobre sí misma, hace de sí un objeto de reflexión. Esta facultad superior es la razón, fuerza por cuyo medio los principios eternos se manifiestan claramente en la conciencia; mediante ellas el espíritu se reconoce en la unidad del yo, se concibe como personalidad que puede determinarse y relacionarse con todos los demás órdenes de existencia, en los cuales busca y encuentra el perfeccionamiento y complemento de su vida. Con su ayuda, el espíritu en su misma unidad, se distingue como facultad de pensar ó poder, para conocer cada objeto en su naturaleza propia; como facultad de sentir, que le lleva á relacionarse ya con lo particular y finito, ya por todo lo que se eleva por encima de los sentidos, y, por último, como facultad de querer, facultad de acción, que por el intermedio de la razón puede buscar en los principios eternos de lo verdadero, bueno y justo, los motivos puros y desinteresados de sus acciones.

La voluntad manifestándose en armonía con estos eternos principios, constituye la verdadera libertad; por eso se dice que éste es el resultado de la unión íntima de la voluntad con la razón. Entonces ella es quien obra sin supeditarse á ideas de mezquino egoísmo ó motivos viciosos, sinó en relación con lo que es verdaderamente conforme con su naturaleza: el bien, bien que el hombre trata de realizar en la vida, mediante el desarrollo de sus

facultades. Este desarrollo implica un derecho, una condición de realización, que es lo que precisamente constituye la libertad.

Aparece pues, ésta, como instrumento necesario de la realización del bien, medio de determinación del hombre, de acuerdo con los principios suministrados por la razón, á la cual se sujeta la voluntad. De aquí se desprende, que su primera condición estriba precisamente en el respeto á la personalidad. Los derechos que el hombre ha recibido de Dios y cuyo goce debe asegurarle la sociedad, constituyen su esencia.

Desconocerlos, descuidar su ejercicio, es renunciar la libertad, y la que los pueblos disfrutan depende del grado y manera en que estos derechos, esenciales á la naturaleza humana, son respetados y garantidos por la sociedad política ó el Estado, que no tiene otra misión que cumplir. Donde estos derechos están oscurecidos, la libertad vive como oscurecida también, y no pasa los límites de presentimiento ó vaga inspiración aun no definida por la conciencia.

Aun así, la libertad no queda definida sin apuntar las consecuencias que de su concepto se derivan. Manifestándose como simple medio de realizar un fin en la vida, dedúcese que, á pesar de ser una en su origen, aparece tan varia, como varios son los órdenes de bienes y fines de la vida. De este modo, al orden religioso, científico, civil y político etc., corresponden otras tantas libertades religiosa, etc., tan íntimamente unidas entre sí, como lo están los órdenes de bienes que deben realizar.

Esta dependencia necesaria y relación estrecha entre las distintas clases de libertades, mediante la cual puedan considerarse recíprocamente condición unas respecto de las otras, se vé claramente en su mismo desenvolvimiento histórico. A medida que el hombre se reconoce como causa, con facultad de determinarse, parece brotar en él la libertad intelectual que, provocando el movimiento filosófico, lleva el espíritu al estudio de los principios que han de dar vida á la libertad religiosa y moral, así como la industrial y comercial, y pasando del fondo á la forma, acaba por buscar en la libertad política el complemento y garantía de aquéllas. Esta, á su vez, obra sobre el fondo mismo de la libertad; así es como á su sombra y bajo su protección se desenvuelven y prosperan las libertades civiles, religiosas, etc., probando hasta qué

punto se influyen recíprocamente. Y precisa no perder de vista esta relación estrecha de tal modo que, considerándose las unas condición necesaria de las otras, puede decirse, que allí donde una de ellas no se manifieste, no existe la verdadera libertad como definida.

Así apreciada la libertad, puede servirnos de base y criterio para juzgar con rectitud acerca de su existencia y desenvolvimiento en *los pueblos antiguos, en la Edad media y en los tiempos modernos.*

I

Al tratar de examinar los pueblos antiguos, nuestras miradas se dirigen instintivamente al Oriente, con cuya región se relacionan las más antiguas tradiciones históricas. Su despotismo bajo distintas formas, salvo alguna excepción, es proverbial. Un insigne filósofo ha dicho que la única persona libre en estos pueblos era el Rey ó Emperador. La religión le rodea con su prestigio, y presta á su poder absoluto una sanción incondicional.

Manú, en su Código, considera al monarca un ser excepcional, formado de partes tomadas de los Dioses principales.

El faraón egipcio estaba asimilado á Dios, siendo á un tiempo sacerdote y objeto del culto.

Los Persas contaban entre sus leyes una que les mandaba adorar en el Rey la imagen de Dios que conserva todas las cosas.

Estos preceptos religiosos-legales, envuelven la sanción del despotismo de Oriente, bajo el cual, dentro de sus infranqueables círculos se mueven las castas y las clases, fundadas en una supuesta diferencia de naturaleza que, condenando á los pueblos á la inmovilidad y estacionamiento, acusan la absoluta carencia de libertad, condición necesaria de su desenvolvimiento. Y todavía más abajo, en un grado inferior, si cabe condición más baja y vil, aparecen los parias en la India y los esclavos en los restantes pueblos orientales, como una clase miserable y abyecta á quien se niega el consueño de una creencia religiosa.

Al lado de éstos, la Fenicia nos ofrece en sus bárbaros sacrificios humanos una prueba más de desprecio que al Oriente merecía el hombre, y de la ignorancia de sus derechos y libertades.

¡Cuadro triste, del que debiéramos apartar la vista si en esa misma imperfección y rebajamiento de las antiguas sociedades, con relación á nosotros, no viéramos la prueba de su perfeccionamiento, adquirido como todos los progresos y mejoras, á costa de sacrificios innumerables y lágrimas sin cuento, precio de las grandes redenciones!

Forma magnífico y sorprendente contraste con el Oriente, el genio libre y abierto de la brillante raza helénica. El espíritu curioso y ávido de saber que caracteriza á este pueblo, provoca un movimiento intelectual que, independientemente de todo dogma, se revela con grandiosa originalidad bajo las formas del arte, poesía y filosofía.

Bajo la primera, crea obras inmortales, cuya grandeza de experiencia constitúye todavía la desesperación del arte moderno. Tan cierto es que los principios eternos gobiernan la vida y que sólo ellos consiguen imprimir el sello de la inmortalidad á las obras que inspiran.

Los cantos de sus poetas, animados por el dulce calor de un sentimiento grande, dominan el fragor del combate en que la Europa está empeñada durante la Edad media, resuenan en los corazones generosos y á sus ecos responde el movimiento literario del siglo xv.

Las especulaciones de sus filósofos son su más glorioso timbre: pues imprimen á la inteligencia un vuelo atrevido que, manifestándose en maravillosa variedad, funda la libertad de pensamiento, de donde brota la reforma del siglo xvi.

Grecia realiza, pues, un importantísimo progreso en la esfera de la libertad. La desaparición de las castas establece una más íntima unión entre los hombres, como prueba de que su naturaleza está mejor comprendida.

El hombre de la ciudad toma parte en las deliberaciones de la República; sin embargo, á su lado vive el esclavo, máquina dócil á sus caprichos. El ilota de Esparta, recuerda el paria de la sociedad india. La filosofía presta apoyo á esta viciosa organización por medio de Aristóteles, uno de sus órganos más eminentes. Según él, los hombres son por naturaleza libres ó esclavos. En esto ofrece Grecia un rasgo fisonómico que le da muchísima semejanza con los pueblos orientales.

Concebir la libertad, emplearla como un medio de desarrollo de la cultura y rehusarla á la mayoría, proclamándola privilegio exclusivo de unos pocos favorecidos, vale tanto como desconocer su valor sustancial. Y se explica bien. En Grecia, como en todos los pueblos antiguos, la sociedad política, el Estado, no tenía idea segura de su misión; lejos de convertirse en garantía del hombre y sus derechos, los absorbía en su poder omnímodo. En ciudades de esa manera organizadas el individuo no es libre.

Aun la misma libertad de pensamiento, no pasaba entre los griegos de un núcleo cuya importancia desconoce y ataca la generalidad, cuando bajo una ú otra forma viene á contrariar sus viejas supersticiones ó sentimientos predominantes.

Sócrates sucumbe víctima de esa misma libertad de pensamiento que le acarrea el dictado impío. Así es como las grandes ideas, sólo tras largo tiempo y á través del sufrimiento de sus mantenedores, mártires de la ciencia, consiguen carta de naturaleza en las sociedades y encuentran la fórmula práctica que les permite traducirse en hechos.

No es más afortunada Roma, esa ciudad que se presenta en último término en la serie de los pueblos antiguos, monstruo de poder y de fortuna, que con sus armas vencedoras sojuzga y avasalla el mundo conocido.

En ella, como en Grecia, la libertad se manifiesta solamente y de un modo imperfecto en la esfera civil y política. Tampoco en ella tiene una misión más noble el Estado; éste, antes bien aparece como creador de la personalidad, que como salvaguardia de sus derechos. La sociedad política lo es todo, el individuo nada. Las relaciones que deben unirlos pasan inadvertidas.

Frente al patriciado, clase favorecida por el nacimiento y la fortuna, como dócil instrumento de su política calculadora, está una plebe abyecta y miserable, ora distraída hábilmente en luchas exteriores que forman su espíritu guerrero y conquistador, ya entregada al desenfreno de las discordias, que ensangrientan la República bajo los Gracos, Sila y los Triunviros; ya en fin, perezosamente abandonada á los repugnantes espectáculos del circo, donde el hombre pierde ignominiosamente la vida para servir de solaz y grato pasatiempo al hombre su semejante.

Cierto que, igualadas más tarde en atribuciones ambas clases,

comparten los poderes públicos y entran en pleno disfrute de sus derechos; pero junto á este puñado de hombres libres llega un día en que hormiguea una masa tan considerable de esclavos que, contra las órdenes mismas del Senado, no es posible darles distintivo en el traje, por temor de que contándose y viéndose exageradamente superiores en número, pongan en grave riesgo la existencia de la República. Monsen. al comparar la condición de la esclavitud romana con la colonial de nuestros días, dice que esta última, respecto á aquélla, es como una gota de infortunio frente á un océano de miserias. El levantamiento de Espartaco y otros caudillos de innumerables hordas de esclavos, es una protesta viva contra esta tiranía irresistible del pueblo romano.

No es más próspera la suerte de las provincias. Roma, usurpadora y tirana, mira con desconfianza y recelo los pueblos que á la sombra de su independencia desenvuelven gémines de riqueza. Allí donde aliente un pueblo libre, allí acuden presurosas las legiones, ávidas de someterlo todo á su poder. Destruye Roma contra todo derecho á Numancia, pretendiendo sepultar en sus ruinas el genio libre del pueblo ibero, como poco antes presenciara con bárbara sangre fría el ignominioso sacrificio de su aliada Sagunto. Poncio-Herencio en el Samnium, Viriato en la Lusitania, el galo Vercingitorix, Annibal, Mitrídates y cuantos inspiradores en el amor sagrado de la patria tratan de oponerse á su ambición sin límites, sucumben bajo el puñal homicida ó dan realce á sus victorias, siguiendo como esclavos el carro de triunfo de sus generales vencedores.

Se dirá que en todos estos actos parecía obedecer Roma al impulso providencial que la llevaba á asociar los pueblos, primero bajo la unidad de poder y después bajo la de derecho, precursoras de su unidad religiosa; cierto pero la historia imparcial siempre hará resaltar el desacuerdo moral que aparece entre los actos y los medios empleados en su realización, sin que las consecuencias provechosas basten á justificar lo ignominioso del procedimiento.

En oposición á esta conducta y en abono de la libertad política de Roma, no hay para que citar la constitución antonina de los tiempos de Caracalla. Su importancia estriba, no en lo trascendental del pensamiento que la inspiró, sinó en los resultados deriva-

dos de su aplicación á la vida práctica. Producto de la ambición más que del generoso deseo de unos cuantos jurisconsultos, como equivocadamente se supone, no respondía á una necesidad reclamada por la conciencia pública, sinó á una exigencia del fisco; por eso no dió los provechosos resultados que de ella debieran esperarse en la esfera de la libertad, así como los dió grandes en la esfera de la igualdad. Y es que aquella idea era absolutamente extraña al genio del pueblo-rey, inclinado por instinto á las conquistas. Inspirándose en él, se lanzó á la lucha, y una tras otra fué sometiendo las ciudades que despertaban su ambición, y sin tratar de constituir con ellas un pueblo sólo, donde la igualdad de derechos fuese el lazo de unión y base de una nacionalidad vigorizada por la savia de unos mismos y saludables principios, dió á cada una de ellas una organización especial, dotándolas de atribuciones más ó menos grandes, según era mayor ó menor la adhesión manifestada, ó la resistencia ofrecida á sus mandatos: imprimióles un régimen municipal que de ordinario las esclavizaba, y con esa infinita desigualdad de condiciones echó el germen de una rivalidad local, que hacía de las ciudades del poder romano agregación de elementos indiferentes unos á otros, y que en tanto permanecían unidos en cuanto sentían la opresión de sus legiones. Cuando éstas se desparraman al choque rudo de las hordas germánicas, la agrupación, obra lenta de los siglos, cede el puesto á la desunión y fraccionamiento atomístico. Los pueblos encuentran nuevos señores, más rudos, pero no más tiranos.

Cualquiera de estos elementos puede servirnos para hacer un estudio de la libertad civil disfrutada por el súbdito romano. La familia, esa institución religiosa, moral, política y civil á un tiempo, no ofrece en Roma el carácter que entre nosotros la distingue. Aquí la familia es una sociedad fundada en la igualdad de condiciones, unida por lazos de un amor puro y santificada por las bendiciones de la religión. La mujer, compañera del hombre, participa de sus afanes, comparte con él sus alegrías y derechos: los hijos, fruto de su enlace, son en esta sociedad de hoy personas y no cosas, respecto á las cuales el padre tiene más deberes que cumplir que derechos que ejercitar. En Roma la familia está dominada por la idea de poder que asume en absoluto el *pater familias*, para el cual y no para los hijos, se da la patria potestad,

á la que están sometidos todos los elementos de la familia. Por esto el *status familie* era condición indispensable para el ejercicio de la capacidad jurídica, como lo eran el *status civitatis* y el *status libertatis*, por donde sólo el hombre libre, romano y *sui juris* gozaba de la libertad civil de que estaban excluidos los esclavos, los extranjeros y los *alieni juris*.

Así, á pesar de ser Roma el pueblo por excelencia dotado del sentimiento del derecho, desconoce la personalidad humana, base fundamental de toda relación jurídica, con fin en sí misma, como ha venido á declararlo el derecho moderno al reconocer la capacidad jurídica á todo hombre por el hecho de serlo.

Desconocida también fué allí la libertad religiosa. Pueblo politeísta, admitió en el recinto de la ciudad las divinidades de los pueblos vencidos, Para asimilarse enteramente éstos, nada más político que asimilarse sus dioses. Después de todo, ¿qué significaban unas cuantas divinidades más, allí donde cada atributo moral y cada principio abstracto tenía un templo? Por otra parte, bajo distintos nombres, muchos de ellos tenían significación análoga. Pero en el momento en que el humilde Nazareno viene con sus doctrinas á iluminar las conciencias, poniendo de relieve las monstruosidades y fondo inmoral del paganismo, la sociedad romana se estremece, revuélvese airada contra los propagadores del nuevo dogma y prepara una serie de persecuciones, que, como todas las persecuciones de que la historia nos habla, son exclusivo producto del fanatismo y arguyen una ignorancia absoluta de la naturaleza humana y su conciencia, á la cual en mal hora se pretende imponer doctrinas cuyo valor moral consiste precisamente en la libertad con que se aceptan.

En resumen; Roma, nacida y organizada para la conquista, cumplió su misión avasallando el mundo conocido, satisfizo su orgullo militar; pero siempre á expensas de la libertad. Y esto por igual puede imputarse al régimen republicano y al régimen imperial. Bajo uno y otro existió la tiranía. ¿Cabe por ello confundir á Roma y Grecia con el Oriente? Sean cuales sean las afinidades que los unan y los rasgos característicos comunes á estos pueblos, les separan diferencias esenciales. En el primero, el despotismo es un dogma, en él no hay más que una persona libre: el Rey ó el Emperador. El segundo siente y practica,

siquiera sea imperfectamente, una libertad que él mismo no sabe definir; aun así, sólo una minoría insignificante disfruta el beneficio de la libertad, los demás son esclavos. Roma, á pesar de combatir abiertamente la libertad, medio necesario de toda cultura, contribuye, sin darse cuenta de ello, á la marcha progresiva de la humanidad. Juntando los pueblos dispersos, primero por la fuerza y después por el derecho, siempre de un modo exterior, facilitó la propagación y establecimiento de una doctrina que envolvía el germen de una libertad más duradera y sólida, y que dió al mundo unidad interior y ética. Esta doctrina es el Cristianismo.

II.

El cristianismo trajo al espíritu humano la creencia de una igualdad religiosa. Considerando á los hombres hermanos, refiriéndolos á Dios, padre de todos y origen primordial de las cosas, estableció entre ellos lazos que han venido á unirlos más íntimamente. Vino, pues, á realizar una reforma profunda en el seno de las sociedades reformando previamente al individuo. Este, como centro de donde parte el impulso que modifica toda la vida social, debe ser el objeto directo de todas las predicaciones y enseñanzas. Infúndansele profundas convicciones morales, y la sociedad no tardará mucho en reflejar por medio de síntomas evidentes, el benéfico influjo de ese procedimiento.

Procurar su reforma es atacar el mal de raíz. Descuidarla y contentarse con aplicar remedios, ineficaces las más veces á los procedimientos sociales que tienen su origen en el hombre, es insensato; porque equivale á confundir el mal mismo con su manifestación: es agitarse en un afán generoso, si se quiere, pero cuyos resultados no responden á los nobles deseos que la inspiran.

Esta doctrina emprendió el camino derecho.

Sus resultados no fueron sin embargo de inmediata influencia en la vida práctica. El progreso de los pueblos bajo el influjo de las ideas, es siempre tan lento, que se hace en ocasiones tarea difícil de poder referir los efectos á las causas que los producen. Y es que el apego á los intereses materiales y la fuerza de la costumbre constituyen siempre un grande obstáculo á la realización y desenvolvimiento de las más grandes ideas.

Los Códigos de los más notables reformadores religiosos del Oriente, como los libros de los filósofos griegos, desde Thales á Platón, abundan en los más sanos preceptos morales, y á pesar de todo, la condición de aquellas sociedades era, según vimos, tris-tísima. Los libros sagrados del pueblo hebreo predicaban la fra-ternidad de los hombres y, sin embargo, admitían la esclavitud. También ésta existía en Roma, por más que sus jurisconsultos la llamaron institución contraria á la naturaleza, *constitutio juris gentium, quæ quis dominio alieno contra naturam sujecitur*. Diez y nueve siglos han pasado desde la predicación del Evangelio, y en el seno de nuestras colonias americanas, donde más se alar-dea del sentimiento cristiano, resuena todavía el látigo sobre las espaldas del esclavo.

Esta influencia de los principios sobre la vida, es parte á ex-plicar el escaso influjo del cristianismo sobre la sociedad romana. Así es que, á fines del siglo IV y principios del V, el mundo ro-mano ofrece el mismo aspecto que bajo los emperadores-monstruos de la casa de Augusto. Si se quiere, el cuadro era más vergonzoso. El germen de decadencia manifestado bajo los primeros Césares, había llegado á un completo desenvolvimiento. La sublime moral cristiana no despertaba eco alguno en aquellas conciencias im-pregnadas de todos los resabios del sensualismo pagano. Acos-tumbrados á ver en la variedad infinita de sus dioses el símbolo y representación de sus propios vicios, haciendo de su culto una or-gía repugnante, mal podían avenirse con la austeridad de la doc-trina cristiana que elevaba el espíritu por encima de los goces sen-suales.

Las persecuciones contra los cristianos cesan, es verdad, con el edicto de Milán; pero á pesar del establecimiento de la Iglesia en el seno del pueblo romano, á pesar de la protección que desde Constantino le dispensaron, con ligeras excepciones, muchos Emperadores ilustres, el espíritu del mundo antiguo se ostenta con los mismos caracteres é idénticos signos de decrepitud. La sociedad parece estar en plena disolución. Los gladiadores siguen ensangrentando la arena del anfiteatro. La esclavitud socavando las bases del moribundo imperio. Un triunfo de Estelición lleva 200,000 esclavos á los mercados de Roma. El precio medio del hombre en aquella época es una dracma.

La nueva doctrina, llamada á producir con el trascurso de los siglos la igualdad civil y política, como consecuencia de la igualdad religiosa, necesita una nueva raza de hombres no viciados, de corazones puros y sencillos, donde el refinamiento de una civilización materialista, no empiece enturbiando las fuentes puras del sentimiento. Esos hombres eran los bárbaros salidos de los bosques de la Germania, verdadera fábrica de naciones.

El pueblo bárbaro es la antítesis del romano. Como éste, posée el valor guerrero. A este carácter predominante, une una gran pureza de costumbres. La mujer entre los bárbaros, lejos de ser un instrumento de placer, es cariñosa compañera del hombre y partícipe de su destino. En el hogar comparte con él las faenas; toma parte viva en los goces de la familia, que jamás altera con las liviandades de la mujer romana. En la guerra sigue á su compañero para ceñir sus sienes con el lauro del triunfo, ó recoger su aliento postrero. Estas brillantes disposiciones, influídas por el espíritu cristiano, darán más tarde provechosos frutos.

La idea del Estado, que en Roma se presenta como un poder absorbente, es de todo punto desconocida para estos pueblos. Entre ellos el individuo lo es todo. Esta exaltación de la personalidad es la que engendra esa independencia, brutal si se quiere; pero que conduce al fraccionamiento del poder en pequeñas soberanías, donde germina y se mantiene viva la idea de la libertad, que ha de desarrollarse vigorosamente con las modernas nacionalidades.

Tal es el carácter de los pueblos llamados á renovar el mundo antiguo, infundiendo la nueva vida. A su empuje, el vasto imperio se desploma, y las férciles provincias que la constituyen, son rico botín de las salvajes hordas.

Su invasión parece á simple vista un retroceso, confirmando la creencia antigua de que las sociedades nacen y mueren, aparecen en la escena del mundo y desaparecen por cualquier acaso fortuito, sin obedecer á ninguna ley de progreso. Creencia errónea. El adelanto de un pueblo es la herencia destinada al que se ha de levantar sobre sus ruínas. La civilización de nuestro siglo es la suma de los progresos verificados por las sociedades que nos precedieron. Por eso para juzgar un hecho, no hay que atenerse sólo á los resultados inmediatos, sinó examinarle en sus últimas con-

secuencias. La barbarie de los pueblos del Norte envuelve un germen de libertad y de mejora, que es lo que precisamente implica su progreso sobre la edad antigua. La vida variada y originalmente libre que en la sociedad se manifiesta en los diversos órdenes de la actividad á partir del siglo XI, es debida sin disputa al genio de la raza germánica.

Por eso la conquista, aisladamente considerada y vista con abstracción de las consecuencias que produjo, tiene todos los caracteres de un cataclismo. A la esplendorosa civilización romana, sucede un periodo de confusión, de lucha brutal en que parecen desencadenarse todas las pasiones y bajos instintos. Ella inaugura la Edad media, edad de oscuridad, de violencia y de fuerza, en la que todo parece próximo á extinguirse, justificando este desorden los temores que sobre el fin del mundo dominaban las almas supersticiosas en el siglo X. En vano se fundan algunas monarquías para constituir el principio de autoridad y de orden, únicos medios de salvar la desquiciada sociedad; el individualismo lucha con estos restos del antiguo régimen imperial romano, produciendo quiera el fraccionamiento y la desunión. Los pueblos pasan resbalando sobre las provincias del imperio como un torrente, cuyo ímpetu no es posible detener. Las hermosas campiñas de Italia retumban con el estrépito de hérulos, ostrogodos y tropas del bajo imperio, capitaneadas por Belisario. Vienen en pos suyo los lombardos, que incapaces de fundar una monarquía estable, ceden el paso á los descendientes de Pepino de Heristal, con quienes los normandos comparten poco después la sombra de autoridad conservada en medio de una turbulenta anarquía.

La Galia transalpina vé surgir la dinastía merovingiense de los francos que, á pesar del prestigio de que la rodea el triunfo de Chalón sobre Atila, arrastra una vida lánguida. Sobre sus ruinas tratan en vano los carlovingios de organizar su poder fuerte; pues sus últimos Reyes, perezosos ó imbéciles, pasan inadvertidos entre las luchas de los señores feudales.

Sajones, anglos, dinamarqueses y normandos son sucesivamente dueños de la Bretaña.

La Península Ibérica sufre las devastaciones de suevos, alanos y vándalos y, cuando apenas comienza á disfrutar alguna calma bajo el prudente y ordenado gobierno de los visigodos, ve

hundirse el trono en las ensangrentadas aguas del Guadalete á manos del pueblo árabe, que como ave de rapiña viene también á tomar parte en el sangriento festín.

El mismo Imperio bizantino que, como depositario de la sabiduría helénica, pudiera ser un remedio á este desbordamiento de la barbarie, minado por las intrigas de Focio, rompe bajo el patriarcado de Miguel Cerulario (1054) los lazos que le ligan al Occidente, sustrayendo sus vastos territorios al dominio espiritual del Pontificado, único poder que por entonces simboliza la unidad del mundo antiguo. Este es el cuadro que la Europa ofrece desde el siglo V al X. ¡Periodo de borrascosa tormenta, de independencia salvaje y de destrucción bárbara! ¿Cómo descubrir la libertad en medio del confuso caos que caracteriza este momento histórico? Tan imposible intento fuera descubrir el sol á través de las oscuras nubes que la tempestad agrupa. Pero así como por entre sus girones y á través de los intersticios resbalan á veces furtivamente débiles rayos de luz, así en medio de esta espantosa anarquía, producto de una fuerza desenfrenada, se tropiezan gérmenes de libertad que se han de manifestar en los distintos órdenes de la vida; libertad mal apreciada, sin lazo que aparentemente una sus manifestaciones diversas, pero vigorizada de más en más por el sentimiento de la personalidad importada por los pueblos bárbaros.

Ese mismo individualismo exagerado, causa de la desunión y fraccionamiento propios del régimen feudal, aunque un mal en sí, produce un bien de inapreciable valor. Roma, reconcentrando la vida en la ciudad, había dejado los campos en un abandono absoluto ó entregados á hordas de hombres que, faltos de libertad, no veían en su cultivo la base de un porvenir mejor. El feudalismo, en su tendencia al aislamiento, traslada á su vez la vida desde la ciudad á los campos. Con el cebo del cultivo da á aquellas sociedades movedizas algún arraigo, despierta en ellas ideas de propiedad como un remedio al pillaje vandálico: en la quietud de la vida agrícola les ofrece un provechoso contrapeso á la vida nómada é insoportable de las correrías, y al inculcarles hábitos de trabajo, pone en sus manos la palanca poderosa con cuyo auxilio ha de convertirse la esclavitud en servidumbre, paso primero hacia la emancipación.

Pero esto no bastaba por el momento para dar á los pueblos la estabilidad en las instituciones y propiedades, tan necesaria á la vida ordenada y regular. Por encima de estos elementos desunidos y puestos en un estado de incesante hostilidad, necesitábanse órganos que, representando los principios de orden, imprimieran á la sociedad feudal una unidad fuerte y capaz de contener la disolución. Como legítimos representantes de esos principios de orden y unidad, aparecen entonces el Pontificado y el Poder Real.

Elevado al primero Gregorio VII cuando la unidad carlovingia, única sombra de poder entonces existente, se extinguía entre las agitaciones de la anarquía feudal, y cuando la Iglesia misma parecía abrumada por el peso del más bárbaro desenfreno, el enérgico Hildebrando sustrae ésta de manos de los usurpadores que la avasallaban; humilla la arrogante soberbia feudal con vigorosas disposiciones dictadas en el Concilio de Roma (1074), proscribela simonía y el concubinato de los sacerdotes, censura la escandalosa conducta de los Reyes con la repetición de la *tregua de Dios*, refrena el desbordado ardor guerrero, borra las diferencias con que caracterizaban las distintas Iglesias nacionales, sometiéndolas á la unidad de un mismo rito, les imprime una disciplina severa, como necesario correctivo á la relajación de las costumbres de la época, y echa las bases de aquel poder asombroso que sus sucesores ejercieron hasta poco después de Inocencio III.

A su vez la idea del poder imperial renace con el establecimiento del Santo-Imperio-Romano-Germánico, y comparte con el Pontificado la tarea difícil de restablecer el orden y la unidad. Las distintas monarquías de Europa secundan sus planes, y ya creando municipios dotados de grandes franquicias, ya haciéndose prestar juramento por los vasallos de sus vasallos, rompen poco á poco los vínculos que los unen á sus inmediatos señores y absorben insensiblemente las fuerzas del feudalismo. No recibe éste pequeño golpe cuando ambos Poderes espiritual y temporal fomentan y llevan á cabo con inusitado ardor y frenesí, inspirado en el espíritu aventurero y religioso de la época, las asombrosas expediciones militares á Tierra-Santa; entonces al aislamiento del castillo sucede la vida expansiva y alegre de los campamentos; unos mismos

riesgos y unos mismos triunfos establecen entre los que de ellos participan, lazos de unión hasta entonces desconocidos.

Las tierras de Levante ofrecen á los cruzados nuevas costumbres y una manera de ser que hiere vivamente sus sencillas imaginaciones. Los lances de esa guerra extraña son parte á modificar sus costumbres y dulcificar sus sentimientos, imprimiéndoles cierto carácter caballeresco y respetuosa cortesía con la mujer que, si bien exagerado por el romance y la leyenda, no implica pequeño adelanto. Los mismos viajes á Jerusalem, á través de lejanas y desconocidas tierras ó de mares para aquel tiempo remotos, abren nuevos horizontes á la geografía y fomentan la literatura, que con tímidos ensayos primero y con más formales producciones después, ora canta por boca de los trovadores el heroísmo de los cruzados, ya refiere sus maravillosas expediciones.

A mediados del siglo XII, mucho antes que los cruzados hubiesen dejado las armas, convencidos de lo quimérico de su empresa, la sociedad ofrece un excepcional carácter de animación, de actividad, de vida bulliciosa y libre desenvolvimiento.

Estudiémosle en sus diversas manifestaciones: en el orden social; la esclavitud tiende á convertirse en servidumbre, como primer paso hacia la emancipación.

La fraternidad evangélica no había sido comprendida por aquella sociedad ruda. Los esfuerzos de las órdenes religiosas, el acto sublime de San Francisco y sus discípulos, no bastaban á infiltrar el sentimiento de la caridad en el corazón de aquel pueblo bárbaro impresionado solamente cuando las penas materiales del infierno aparecían con vivos colores ante su imaginación desordenada. La libertad cristiana vivía, pues, la vida puramente inferior del espíritu: la exterior, la referente á las relaciones civiles y políticas, parecía enteramente sustraída á su influjo.

Es error común decir que el dogma de la igualdad cristiana destruyó por sí solo la esclavitud. Este dogma envuelve implícitamente á la verdad el principio de la abolición; la esclavitud colonial de nuestros días prueba que las últimas consecuencias de este principio no se han deducido todavía, ó que deducidas no han sido llevadas á la práctica. ¿Qué extraño, pues, que como en la sociedad antigua, en la Edad media siga dominando la esclavitud?

Dada la rudeza de los tiempos, la Iglesia se limitaba á aconsejar á los señores que trataran con dulzura á los esclavos; el matrimonio de éstos seguía siendo una simple unión brutal. Su condición por lo mismo era tristísima. La misión apostólica enviada á la Gran Bretaña por Gregorio VI á las órdenes del monje Agustín, fué inspirada por el miserable aspecto que ofrecían los prisioneros sajones, expuestos á la venta en los mercados de Roma.

Todavía en el siglo XII decía San Buenaventura: *non solum secundum humanan institutionem, sed etiam secundum divinam dispensationem inter cristianos sunt domini et servi.*

El mismo Justiniano en sus Códigos, y los que á imitación de éstos y bajo la influencia simultánea del derecho canónico se publican durante los siglos XIII y XIV. tratan de la esclavitud como de una institución vigente y con existencia legal.

Sólo, pues, de una manera lenta se convierte la esclavitud en servidumbre bajo el influjo de la igualdad religiosa; pero muy especialmente merced al sentimiento de independencia personal debido á la raza germánica.

Veremos como la conquista es el principio de la servidumbre. El vencedor deja al vencido la libertad y la vida con la obligación de cultivar para él las tierras. Siervo del terruño, más que esclavo de la persona, con la tierra es comprado y vendido. Como el arrendatario de hoy, le impone el dueño de entonces la obligación de contribuir con determinada renta en grano, ganados, etc. Así es como se manifiestan los primeros caracteres de la servidumbre con la anexión del siervo á la gleba. Para favorecer aún más esta transformación había en las costumbres de la raza bárbara un principio de desigualdad, de donde también precisamente arranca la organización feudal. Consistía esta desigualdad en la dependencia personal producida por la adhesión de los germanos á sus respectivos jefes. Por virtud de ella establécense lazos de dependencia de hombre á hombre; los más débiles abdican su libertad en los más fuertes, que se comprometen en cambio á protegerlos: á su vez los señores de estos nuevos vasallos, impotentes por sí solos para resistir los ataques de otros más poderosos, contraen obligaciones con el Rey y multiplicándose á favor de la conquista estas relaciones individuales bajo mil diversas formas, engendran el feudalismo, inmensa red de dependencias gerárqui-

cas, que encadenando todas las clases sociales, establece vínculos intermedios que ligan el último súbdito con el Rey. La sociedad feudal; de este modo, fundándose en el principio de las relaciones personales envuelve un germen de libertad que era desconocido á las sociedades antiguas.

Es verdad que la libertad desaparece á la simple vista bajo este régimen, puesto que todo hombre libre depende de un superior; pero su dependencia envuelve una reciprocidad que, imprimiendo á las relaciones feudales el carácter de contrato, implican un tácito reconocimiento de la personalidad, fuente de todo derecho. A medida que estas relaciones personales se desarrollan, van relativamente mejorando las condiciones sociales. Los esclavos del mundo antiguo sobre quienes parecía pesar el anatema *Lasciati ogni speranza*, que el Dante colocara sobre la puerta de su Infierno, hallan cabida en el seno de esta nueva organización social, donde todo hombre, cualquiera que sea la clase á que pertenezca, depende de otro hombre. Lo que esta misma dependencia y subordinación parece quitar á la libertad, disminuyendo la que gozaban algunos pocos seres privilegiados, se lo devuelve con creces, organizando la sociedad bajo el principio de los derechos y los deberes recíprocos, á cuya sombra el individuo adquiere un valor real y efectivo, sea cual fuere el puesto que le corresponda en medio de aquella infinita variedad de condiciones. Merced, pues, á este régimen, el esclavo deja de ser cosa para ser hombre, sustrayéndose al círculo de hierro que le encerraba, impidiéndole mejorar de condición. Dado este primer paso importante, el trabajo y el progreso lento de los siglos se encargan de llevar su emancipación hasta las últimas consecuencias. Así es como á través de esta penosa transformación en las condiciones de la sociedad feudal, aparece la primera y más importante manifestación de la libertad.

Considerándose ésta como condición de realización de los distintos fines del hombre y manifestándose en tantas esferas cuantos son los fines que se deben realizar, de ahí que sea, según se ha dicho, varia la misma influencia que unas libertades ejercen sobre otras, según se vió al reanimar su desarrollo histórico; prueba que su desenvolvimiento es casi simultáneo. Por eso, al par que se verifica el cambio social producido por la transformación

de esclavitud en servidumbre, aparecen los primeros síntomas de libertad política.

Sus órganos principales en este periodo, son los municipios ó Comunes. Constituídas las familias germanas sobre una base de igualdad civil, merced al sentimiento de la independencia personal y por influjo de la igualdad religiosa, predicada por el cristianismo, el municipio que de su agrupación resulta, aparece en los siglos XI y XII con caracteres de originalidad é independencia hasta entonces no conocidos. No es ya aquella institución romana que pesa sobre el desgraciado curial con el peso de una esclavitud ineludible ó dependencia administrativa del insaciable fisco, antes encargado de allegar recursos que de defender los intereses comunales y los derechos de las personas. Está formado por la aglomeración de hombres deseosos de ganar, mediante el trabajo, la seguridad é independencia que el noble halla tras los parapetos de su mansión señorial. Asilo donde encuentran su libertad los oprimidos, á él acuden los desgraciados siervos mal avenidos con su dura condición. Basta en algunos puntos pisar el recinto de la ciudad, para que el siervo sea declarado libre. Los Reyes los colman de franquicias, porque, sustrayéndolos al poder de los señores, hallan en ellos un apoyo contra la nobleza feudal, y á la sombra de estos privilegios y favores, las libertades se desenvuelven en las ciudades. Resguardadas por sus murallas de las correrías y atropellos de los nobles, fórmanse en su seno los gremios, primer indicio de la organización industrial y base de su prosperidad y riqueza. Ensanchándose el círculo de acción, establécense entre las ciudades lazos de hermandad que, extendiéndose poco á poco, forman asociaciones tan respetables como las ligas Anseática y Rhenana, que desenvuelven y alientan el espíritu mercantil, lazo el más fuerte de la unión de los pueblos; organizándose sus aguerridas milicias, que ora ayudan á Felipe Augusto á desbaratar en las llanuras de Bobines la primera coalición de las naciones europeas, recelosas de la grandeza de Francia; ya quebrantan el absorbente poder de la casa de Hoenstaufen, á orillas del lago de Legnano; ya dando oídos á la desamparada Doña María de Molina, defienden valerosamente los derechos de un Rey niño, humillando la arrogancia de la turbulenta nobleza de Castilla. Así se va formando esa numerosa clase media, que adiestrándose en ma-

nejar por sí misma los intereses comunales, se educa y pone en condiciones de compartir con la nobleza y clero funciones más importantes. Uniéndose á estas dos clases arranca á los condescentes Reyes aragoneses, Pedro III y Alfonso III, el célebre Privilegio de la Unión (1276 á 1287), como en unión de los barones normandos arrancara ya en 1215 á Juan-Sin-Tierra la famosa Carta Magna, acta fundamental de las libertades inglesas. Al igual del clero y de la nobleza pasa á formar parte de Cámaras, Estados generales y Cortes de Alemania, Inglaterra, Francia y España, donde somete á discusión los grandes intereses del país y principios importantes que difunden en el cuerpo social vida y actividad febril, bajo cuya influencia estallan las revoluciones de Arnaldo de Brescia y Nicolás Rienzi en Roma, entusiastas y prematuras resurrecciones de las Repúblicas antiguas, ó el movimiento socialista de la Jacquería, que comprometen la existencia de la despótica nobleza feudal en Francia.

Pero aun á través de tan desordenadas convulsiones, el movimiento político de estos siglos XIII y XIV, parece sembrar por doquiera la semilla del régimen constitucional, llamado á plantearse y desenvolverse metódica y regularmente en los tiempos modernos.

Mientras las libertades populares adquieren tan rápido é inesperado vuelo, el feudalismo decae á proporción. Sobre sus ruinas se levantan también con poder asombroso el Pontificado y las Monarquías, dos instituciones que en el siglo XI se ofrecen como un remedio al desquiciamiento producido por el fraccionamiento feudal. Para ello se inspiraron ambos poderes, como hemos visto, en las ideas de orden y unidad, Uno y otro principio son necesarios y esenciales á toda organización social; sin ellos fuera cosa imposible el progreso y la marcha ordenada de los pueblos. Pero no sufren estos menor entorpecimiento con la exageración de dichos principios. Entonces la unidad, lejos de ser lazo de atracción y armonía que favorezca el libre desenvolvimiento de personas é instituciones, con arreglo á los fines de su naturaleza, ayudándose é influyéndose recíprocamente y sirviéndose de mutua condición de vida, se convierte en un puro mecanismo ó vaga y peligrosa abstracción ante la cual se sacrifica lo individual, fuente de todo progreso. Tal es la unidad que hemos visto en la Roma

imperial. De la misma manera y por parecidos medios. la exageración del principio de orden trae consigo el estancamiento y la parálisis de las sociedades, cuya iniciativa se coarta con el temor pueril de que su marcha progresiva compromete la existencia de aquel principio, cuya misión única debiera ser presidir y regular el movimiento de la sociedad, sin tratar nunca de ahogarlo y comprimirlo. Una y otra exageración son formas bajo las cuales se envuelve el despotismo que, como violación de las leyes naturales, no puede subsistir; pues lleva dentro de sí el vicio que le ha de originar la muerte.

Tales son los escollos con que tropiezan en la Edad media los dos campeones de la unidad y del orden: Poder Real y Pontificado.

La tendencia por parte de aquél á plantear ambos principios en todo el rigor de sus consecuencias, trae consigo la decadencia que en las libertades populares sobreviene á fines del siglo xiv y la constitución de las monarquías absolutas que, á partir de esa época y durante un periodo de cuatro siglos, esclavizan la Europa.

Ese mismo intento por parte del Pontificado y una lastimosa confusión del poder espiritual, único conforme á su naturaleza con el poder temporal, propio y peculiar de los Estados políticos, contribuye al eclipse de las libertades, produciendo graves colisiones y conflictos. Manifiéstanse éstos en las sangrientas guerras que ambas potestades sostienen por causa de las investiduras. La justicia de la causa que defiende da la victoria al Pontificado y Gregorio VII humilla la arrogancia de la casa de Francia, cuyo jefe, Enrique IV, viene á implorar su perdón á las puertas mismas del castillo de Canosa. Combaten un siglo después ambos poderes, con los nombres de Gibelinos y Güelfos, y otra vez más el Pontificado, bajo Alejandro III, convirtiéndose en defensor de la libertad italiana é independencia de las ciudades de Lombardía, aleja los proyectos ambiciosos de Federico Barbaroja. Con el esplendor de estas victorias tal ascendiente cobra el Pontificado que, bajo Inocencio III, las monarquías europeas parecen abdicar su temporal soberanía ante tan absorbente poder.

Juan-sin-Tierra de Inglaterra, Pedro II de Aragón, Alfonso III de Portugal y los mismos Reyes normandos de las Dos Sicilias, reciben de sus manos la corona como un feudo; el poder del

Imperio alemán muéstrase quebrantado por las interminables contiendas con los Güelfos; los demás Estados temen correr suerte parecida. Pero el espíritu independiente de los pueblos se sobrepone entonces á la pusilanimidad de los Reyes, provocando una saludable reacción. Los ricos-hombres aragoneses y los Barones normandos de Inglaterra protestan, como es de justicia, contra la infeudación hecha por sus monarcas, y éstos, dominando al fin la sorpresa que les causara el rápido crecimiento del Pontificado, se disponen á defender sus derechos. De ahí las contiendas de Federico II de Hoenstaufen con Gregorio IX é Inocencio IV, las de Felipe el Hermoso de Francia contra Bonifacio VIII y las de Luis de Babiera contra Juan XXII, que hábilmente secundados por los ataques de Guillermo de Ocam y Marsillo de Padua y otros legistas ilustres, en ocasión en que el poder moral de los Pontífices se muestra evidentemente decaído con el escandaloso cisma de Avignón, acaban por poner á salvo en la Dieta de Francfort (1338) las prerogativas de la autoridad Real, fijando los límites justos del Pontificado como poder espiritual.

Bajo otra forma y con suerte bien distinta, protestan también los pueblos por su parte, contra la inmovilidad y encadenamiento irritante producidos por la exageración de este mismo principio de unidad en el orden intelectual. Estas protestas en la Edad media son á un tiempo consecuencia necesaria del sentimiento de la personalidad y manifestaciones imperfectas de la libertad de pensamiento, que es lo más individual que hay en el hombre. Este por su intermedio se eleva al origen de todas las cosas: Dios, fuente de donde arrancan los eternos principios de la verdad y del bien, en los cuales se inspira para referir á ellos sus actos y verificar bajo su dirección el desenvolvimiento de sus facultades todas en el dominio de la vida. ¿Quién tratará de interrumpir esta relación directa é íntima, interponiéndose entre la fe individual y el claro sol que la alumbra con la evidencia de la intuición?

Huelga la razón, obra de Dios mismo, allí donde una institución, cualesquiera que sean sus merecimientos y la respetabilidad de que la rodeen la tradición y asentimiento de sus partidarios, se encarga de dar formuladas las doctrinas y determinadas y concretas las creencias. Revístanse éstas del carácter de revela-

ción divina y forzoso será que la razón se reduzca ante esta autoridad y se anule, olvidándose de los fines que por Dios le han sido impuestos, ó someta á examen los títulos que esa autoridad alega para imponer sus dógmas como una verdad inmutable. ¿Disiente de ella? Entonces aparece el crimen; crimen que debe ser reprimido por los que tienen á su cargo mantener incólume la pureza del dogma.

Esta teoría sirve para legitimar la violencia contra el disenti- miento religioso; con ella se justifica la persecución de las herejías.

En este orden de ideas es imposible la libertad de pensa- miento; sin embargo, éste jamás se resigna al silencio. Donde quiera que surja una autoridad proclamándose fiel depositaria de la verdad inmutable, produce y tendrá que producir siempre protestas más ó menos numerosas de asociaciones respetables, ó de individualidades ilustres, que, como ella, se consideran órga- nos de la verdad.

¿De qué lado está la razón? ¿Del mayor número?

Sócrates estuvo solo contra el Areópago, respetable cuerpo donde se congregaban los sabios más eminentes del Atica: Jesús, el divino mártir del Gólgota, fue declarado impostor por la Si- nagoga, y esta decisión obtuvo el asentimiento unánime del pueblo judío. La posteridad ha declarado á uno y otro mártires de la verdad. la muerte del primero echó un bor rón sobre el pueblo ateniense. Sobre la raza judaica que vertió la sangre del Justo parece pesar aún el anatema de los deicidas.

A pesar de estos ejemplos, ó quizá alentados por ellos, apare- cieron en todas épocas adeptos y mártires de la libertad de pen- samiento. Y es que no hay poder capaz de comprimir y ahogar la libertad del espíritu humano.

¿Se manifestó esta libertad en la edad media?

Entre la barbarie del siglo IX, en el seno de la corte carlo- vingia, pequeño centro literario formado bajo los auspicios del sabio monje Alenino, aparece un fraile escocés que en su libro *De divisione naturæ*, afirma: la autoridad se deriva de la razón, y no la razón de la autoridad. *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Este filósofo era Escoto Erígenes. Su voz es como la re- belión del pensamiento contra la autoridad que se impone á las

investigaciones de la filosofía. Esta en el fondo es siempre la misma libertad de pensar; sean cuales sean las ideas que la inspiren, acaba por seguir las atrevidas concepciones de la razón, que está encargada de desentrañarla y exponerla. Así, pues por degenerada y desprovista de libertad que se presente la filosofía de una época, como sucede con el escolasticismo de la Edad media, instrumento dócil, según algunos, puesto al servicio de la teología. lleva en sí siempre un germen de libertad; la razón, que le sirve de intérprete, y acaba tarde ó temprano por provocar mantenedores de principios opuestos á la doctrina cuyo sostén es.

En la escolástica, como en todos los estudios de la Edad media, tuvo harto influjo la doctrina de Aristóteles, para que no se resintiera más ó menos tarde el contagio peligroso del filósofo pagano, y materialista á mayor abundamiento.

Apenas las Cruzadas arrancan los pueblos á su bárbaro aislamiento, se inicia también una viva agitación en los espíritus: los hombres de letras, encerrados en el retiro del claustro durante la anarquía producida por la invasión, salen á tomar parte en el movimiento que por doquiera se observa en los hombres y en las ideas.

Tras Escoto aparece el diácono Beranger, siguiendo el célebre filósofo cuanto desgraciado amante Abelardo, Mateo de Janow, Wicleff, Gren, Wessel, Juan Hus y Gerónimo de Praga, como representantes de la libertad de pensamiento, en oposición á la inmutabilidad de las ideas que por entonces quiere imponerse al espíritu humano; los mismos nominalistas y realistas, bandos que representan las dos tendencias contrarias y dominantes en la filosofía escolástica, al echar mano de la razón para el desarrollo de sus respectivos principios, parecen separarse, aún contra su voluntad, del campo ortodoxo. Roscelino el nominalista, apurando las consecuencias de su doctrina, da en la heregía, puesto que llega á negar el dogma de la Trinidad. En el fondo del realismo, donde, entre otros campeones muy ilustres, figuran San Anselmo y Santo Tomás, hallan algunos el germen del panteísmo, desenvuelto después por Espinosa.

¿Cuál es la actitud de los representantes de la unidad y del orden, ante este peligro producido por la libertad de pensar? Reprimir, como creían deber suyo, estas manifestaciones emplean-

do los medios que las circunstancias aconsejaban ó permitían. A veces la simple exhortación basta para atajar el mal. Sanfranco reduce al silencio á Beranger, Abelardo es llevado á la retractación de sus principios por los discretos consejos de San Bernardo.

Cuando la doctrina contraria á las ideas dominantes de la época es sostenida por espíritus enteros y consecuentes, ó por colectividades numerosas, cuya actitud envuelve un peligro para esa imposible unidad de principios é ideas, entonces viene la persecución.

En el siglo IV, poco después de publicado el edicto de Milán, en cuya virtud cesan las sangrientas persecuciones contra el cristianismo, corre por España y Africa la sangre de priscilianistas, donatistas y maniqueos. A partir del establecimiento de la monarquía visigoda, sucedense unas leyes á otras, prescribiendo penas contra los judíos, reos de no ser cristianos.

La historia de sus desventuras se extiende hasta el 1492, en que los Reyes Católicos los expulsan de España. En el siglo XIII los pueblos del Norte de Francia capitaneados por Simón de Montfort y enardecidos en su empresa por Arnaldo, abad de Friteaux, legado de Inocencio III, pasan á cuchillo á millares de albigenses. Entonces mismo, para extirpar los últimos restos de la herejía y devolver al dogma su primitiva pureza, enciende sus hogueras la Inquisición. En ellas perecen Amaury de Rene y varios de sus discípulos.

Juan de Hus y Gerónimo de Praga en 1415, por medio del ruidoso Concilio de Constanza y por execrable mala fe del Emperador Sigismundo de Luxemburgo, son reducidos á cenizas; sobreviven sin embargo á estos mártires las ideas de libertad que les acarrearán la muerte.

En el siglo XVI Lutero se apodera de ellas y se encarga de desenvolverlas.

Tal es la edad media, y tal el modo con que durante su trascurso se manifiesta la libertad. Periodo de gestación laboriosa y lenta, no hace sinó preparar las ideas y principios que otra edad más dichosa ha de desenvolver de una manera metódica y regular. Con tendencias hacia una libertad que anhela vivamente sin definirla de un modo preciso, lucha y se mueve; pero con un movimiento desordenado, origen del desarrollo desigual que las libertades alcanzan en ese tiempo. Por virtud de esa misma des-

igualdad y desproporción en el desarrollo de los diferentes órdenes de cultura, lejos de influir los unos favorablemente sobre los otros, se perjudican.

Así es como el exagerado movimiento que en el orden político verifican los Municipios y Estados generales del siglo XIV, trae consigo una reacción, favorable solamente al Poder Real, bajo cuya autoridad, de día en día robustecida por las circunstancias y desaciertos de sus contrarios, padecen todas las demás libertades.

Poco importa que espíritus enamorados del pasado, contemplándolo bajo ese prisma de poesía de que parecen rodearle el tiempo y la distancia, vuelvan con cariño los ojos hacia esa edad y encomien sus ventajas sobre la presente. El pasado implica siempre un estado de imperfección con relación al tiempo que le sucede; tal es la condición de la naturaleza humana, de suyo imperfecta, pero perfectible. Esto acredita su desenvolvimiento progresivo y consiguientemente su adelanto moral, intelectual y material.

Los que disgustados de la tendencia harto exclusiva y abstracta de la libertad de hoy, pugnan por resucitar el pasado y ensalzan las excelencias de los tiempos en que altivos ricos hombres (según tradición, que no según la historia) decían irrespetuosamente á su monarca: *nos, que, cada uno vale tanto como vos, y todos juntos valemos más que vos, os hacemos Rey si juráis guardar nuestros fueros é libertades, é si non, non*, esos olvidan ó no saben que tales ricos hombres retenían en durísima servidumbre al hombre su semejante. Y la libertad que se funda sobre la presión ó que aparece como patrimonio de unos pocos, no es la libertad que hoy se proclama como derecho del espíritu y condición necesaria de la manifestación y perfeccionamiento del hombre.

Y hora es ya de entrar en el examen de los tiempos modernos.

III.

En esta edad, dos hechos importantísimos presiden al desenvolvimiento de los pueblos. Realízase el primero en la esfera religiosa, el segundo en la política: tales son la reforma de Lutero y la revolución francesa acaecida á fines del siglo pasado.

Hemos visto el orden y la unidad absoluta regulando y comprimiendo la vida en la Edad media. La obra de los pueblos modernos consiste en destruir esa misma unidad y ese orden con tanta lentitud levantados, y á costa de tantos esfuerzos sostenidos.

¿Es acaso que la humanidad, nueva Penélope, tiene por misión tejer y destejer, construir para recrearse en derribar después con bárbara complacencia la obra que representa las fatigas de muchas centurias de años? ¿Es ésta la misión de las revoluciones? Sobre ellas recaería la eterna maldición de los pueblos si, en medio del trastorno que inevitablemente producen en las relaciones sociales, no apareciesen más que como un arma de destrucción. Muy lejos de esto, las revoluciones son un progreso en la vida, porque realizan una mejora en las condiciones sociales. La manera violenta en que este progreso se realiza no les es imputable; la responsabilidad cae de lleno sobre los intereses egoistas, sobre las mezquinas pasiones del hombre, que se oponen á la transformación lenta de las creencias é instituciones, á medida que las necesidades de la época y las circunstancias lo piden y aconsejan.

Cuando el círculo en que se mueve un pueblo es estrecho y no basta á contenerle; cuando las instituciones, que presiden á su desenvolvimiento y cultura, lejos de facilitarla, la contrarían, imprimiéndole direcciones opuestas á los fines de su naturaleza, los pueblos instintivamente rompen ese círculo y reemplazan las viejas instituciones por otras más adecuadas á su modo de ser.

La autoridad absoluta de la Edad media era un freno saludable á la razón, poco despierta aún y menesterosa de un gran seguro. Cuando con el trascurso de los años llega á encontrarse con fuerzas para marchar por sí misma, trata de sacudir la tutela. Sus primeras tentativas son infructuosas durante los siglos XIV y XV. En el XVI lo intenta de nuevo y lo realiza, merced al progreso verificado en todas las clases sociales y al estado de madurez alcanzado en esta época por la razón.

Fueron causa legítima de estos adelantos y progresos, los descubrimientos que aparecen en los albores de la moderna edad. La brújula suministra al genio de Colón un derrotero seguro á través de las soledades del océano. Lánzase en busca del mundo adivinado por su mente soñadora y, con el descubrimiento de las Américas, ofrece al comercio vastos mercados, á la literatura

ricas y nuevas fuentes de inspiración, y á la libertad asilo seguro contra el abusivo poder de las monarquías continentales. Guttemberg, al facilitar por medio de los caracteres de imprenta la rápida propagación de las ideas, echa las bases del renacimiento científico á cuya luz parece también renacer en la conciencia la idea clara de la personalidad.

Frente á este nuevo orden de ideas, osténtase el régimen antiguo con todos los defectos y prácticas abusivas que habían originado las protestas de Wiclef, J. Hus y Gerónimo de Praga y provocado los ineficaces concilios de Constanza y Basilea.

En estas circunstancias aparece en la escena del mundo el monje Martín Lutero. Su nombre sirve de enseña á la revolución religiosa del siglo XVI.

¿Cuál es el carácter de este personaje, cuáles sus ideas, qué poder misterioso le ayuda que, á su voz, el pueblo alemán, la península escandinava, la confederación helvética y el mismo pueblo inglés, responden como un eco y se adhieren ciegamente á sus predicaciones y se suscriben á la obediencia del Pontificado, rompiendo la unidad de la Iglesia?

En las revoluciones, así religiosas como políticas, entra por poco el carácter de sus iniciadores. De ordinario ellos dán el primer impulso, y otros más hábiles, ambiciosos ó favorecidos por las circunstancias, las llevan hasta desenvolver en sus consecuencias últimas los gérmenes de porvenir que contienen. Cronwell en Inglaterra establece un protectorado que no habría entrado en los cálculos de los autores del movimiento contra los Estuardos.

De igual manera puede afirmarse que al fin realizado por una revolución, lejos de responder á los planes de sus iniciadores, está las más veces en contradicción con ellos.

Lutero, el feroz Calvino, inhumano sacrificador de Servet, Zuinglio y otros jefes de la Reforma, á raíz de la paz de Westfalia no habrían reconocido la obra cuyos cimientos echaron.

A Lutero, pues, como á los demás revolucionarios, le forman las circunstancias. Es simple instrumento de las ideas de su época. Trasládesele al siglo XIV ó al XV: su voz, como la de sus predecesores Wiclef y Hus, no despertará más que odios y anatemas. Despójese el siglo XI de su credulidad supersticiosa y

ciega y de su espíritu de aventuras, y las patéticas relaciones de Pedro el Ermitaño no lograrán arrastrar un solo hombre á las regiones de Oriente. No conduce por lo mismo á nuestro intento el exámen del carácter de este reformador. Su voz de alarma, resonando en el momento crítico en que la necesidad de una reforma religiosa era vivamente sentida por los sinceros amantes de la religión, vino á dar salida á sentimientos mal comprimidos, legítimos y saludables unos, perjudiciales y punibles otros; la intransigencia en las ideas, la ambición de los Príncipes y, como complemento, las circunstancias favorables se encargaron de hacer lo demás.

Así, pues, nada más falto de razón que atribuir al carácter personal de Lutero una importancia que no se merece, y asignar como causa eficiente del movimiento que lleva su nombre lo que sólo puede reputarse causa ocasional. La discusión sobre la predicación de las indulgencias fué una ocasión, un pretexto para que la Reforma se iniciase. Considerada aquélla en sí, es, como se decía muy bien entonces mismo, una disputa de frailes. La causa venía de atrás: estaba en las necesidades que la Reforma ha venido á satisfacer. Desconocer esto es negar el enlace que tienen en la historia los hechos; enlace mediante el cual aparecen los unos como el efecto necesario de los que les preceden. Todas las revoluciones, así religiosas como políticas, tienen su raíz y germen en el pasado. No es, por tanto la Reforma, hecho que implique una solución de continuidad en los acontecimientos humanos. efecto exclusivo de un arranque de soberbia de un fraile despechado. Es simplemente un reto valiente de la razón contra la autoridad y el orden puramente formal que impide las especulaciones filosóficas; es decir, la libertad de pensamiento. Este reto ya se había lanzado en los siglos XIV y XV: pero la razón sola y frente á frente de la autoridad depositaria de la fuerza, fué reducida al silencio después de pagar bien caramamente su temeraria osadía: en el siglo XVI, por el contrario, sucede al aislamiento la adhesión entusiasta é interesada de los pueblos citados y sus Príncipes. Su auxilio pone á disposición de la razón medios de resistir, y estalla la lucha.

¿Cuál fué el resultado?

En vano Carlos V, mantenedor de las disposiciones del Con-

cilio de Trento, reuniendo las fuerzas colosales del Imperio alemán, derrota en Mulberg los príncipes protestantes unidos por la liga Esmalkalda. El tratado de Passau primero, y poco después la paz de Augsburgo (1552) conceden (siquiera por poco tiempo) á los protestantes la libertad de cultos.

Su hijo Felipe II no es más feliz en su empresa de extirpar la herejía, que se propaga rápidamente por sus estados de Flandes. El lujo de rigor y bárbara crueldad, desplegado por sus agentes, no consigue domar el ardor y espíritu libre de aquellos pueblos, que tras preciosa sangre en abundancia derramada, se erigen en Statonderato independiente.

La astucia cruel de Guisas y Medicis, inspirando á Carlos IX la sangrienta matanza de la noche de San Bartolomé, no reprime, antes bien enardece, al partido Hugonote.

Al fin, con más carácter político que religioso, estalla la guerra de treinta años, última lucha entre católicos y protestantes. Un furor rabioso domina las tropas de Waldstein, las de el Elector palatino y las del mismo Gustavo-Adolfo. No es éste el detalle más importante de la guerra. Hay en su último periodo otro más importante, que reviste todos los caracteres del escándalo.

La católica Francia, la perseguidora de los Hugonotes, gobernada á la sazón por la hábil política de Richelieu, Príncipe de la Iglesia, combate á favor de la Reforma, que desde este momento consigue el triunfo moral. El que en los campos de Wordlinga y Leus consigue más tarde con sus ejércitos, le dán una definitiva existencia legal sancionada por la paz de Westfalia (1648). De entonces data la libertad de pensamiento. Esta es la idea dominante, que parece informar la Reforma, haciendo de ella un movimiento irresistible. Su fuerza y legitimidad arrancan por tanto del mismo derecho, que han conseguido promulgar y hacer reconocer con Westfalia.

En nuestros días, las Constituciones de todos los pueblos europeos y americanos proclaman y garantizan esta libertad de pensamiento. Esto hace la crítica de la Reforma y de los principios que ha venido á desenvolver.

El progreso realizado por este hecho con la promulgación del libre examen, se manifiesta visiblemente en la influencia que este

principio ejerce sobre el orden político, órgano y garantía de todas las libertades.

Al mediar el siglo XV, el feudalismo agoniza ante el absorbente poder de los Reyes. Quedan vestigios de su vigorosa organización; pero como poder respetable no existe. Luis XI de Francia, Enrique VI, Tudor de Inglaterra, Maximiliano de Augsburgo, de Alemania, y Fernando el Católico, de España, desalojan los señores feudales de sus últimos atrincheramientos. Con el abatimiento de esta clase robustecen su poder los Reyes y establecen las Monarquías absolutas. Los Estados generales y Cortes no son ya centros donde la Nación ventila sus intereses ó pone una cortapisa á las demasías del poder, Ya dejan de reunirse ó bien se convierten en actos ceremoniales destinados á solemnizar natalicios de Príncipes ó á prestar sumisamente su sanción á las disposiciones, que arrogantemente les prescribe la Corona. Poco importa que el viril pueblo castellano, celoso de su independencia, enarbole el pendón de las Comunidades contra la arbitrariedad del Poder Real y en defensa de las libertades públicas; su santa causa perece en la jornada de Villalar y sus caudillos sufren muerte ignominiosa. Adormecidos los pueblos con el espíritu guerrero, que resuena de un extremo al otro de la Europa, parecen abdicar todo derecho en manos de los Reyes. Uno de ellos, más franco, que no más orgulloso, pronuncia impunemente ante los Parlamentos de su país esta atrevida frase: *el Estado soy yo*.

Sin embargo, en el fondo de esta sumisión aparente de los pueblos, se verifica sorda y lentamente un vivo movimiento de saludable reacción á favor del libre examen. Es la calma que precede á la tempestad. Estalla ésta primeramente en el Reino Unido. La causa que determina la revolución inglesa es el principio del libre examen, aplicado así á lo político como á lo religioso. Puritanos y presbiterianos, agitados por la idea de Reforma, se conjuran contra el régimen existente, y el pueblo inglés ve rodar por tierra la cabeza de su Rey Carlos Estuardo, víctima inocente destinada á expiar los desaciertos de la dinastía. No basta á calmar la agitación y á satisfacer las aspiraciones generales la República erigida bajo el protectorado de Oliverio Cronwell, muy favorable por cierto á los intereses del país. La restauración de los Estuardos, sobrevenida pocos meses después de su muerte, pone de

nuevo en pie las causas que provocaron la revolución primera; la resistencia de los ingleses á ampliar las prerogativas reales á expensas de las libertades públicas y el disentimiento religioso existente entre los católicos Estuardos y sus súbditos. En estas circunstancias, el Parlamento aborda la revolución, destituyendo á Jacobo II y concediendo la corona á su yerno el Statouder de Holanda, Guillermo de Orange (1689). La declaración de derechos, fijando las prerogativas reales, pone término á esta revolución verdaderamente gloriosa por el modo pacífico con que se llevó á cabo, y por haber venido á afianzar con el régimen constitucional las amplias y provechosas libertades de que hoy disfruta el pueblo inglés.

Por escasa que se considere la influencia de esta revolución sobre la política continental, efecto del alejamiento en que coloca á Inglaterra su misma situación geográfica, no puede negársele el trascendental influjo del buen ejemplo. Al probar de una manera evidente, con la lógica inflexible de los hechos, que el orden y el principio de autoridad no solo son compatibles con todas las libertades, sinó que hallan en ellas su más sólida base y el medio conducente al desarrollo de la prosperidad intelectual, moral y material de un país, enseñó á los demás pueblos el camino de su regeneración. No de otro modo la insurrección de la América del Norte y su independencia asegurada con el triunfo de Jork-Jown (1781), preparó la emancipación de las restantes colonias y la constitución de otros tantos Estados libres.

La filosofía presta su concurso poderoso á esta grande obra: examinando la naturaleza humana y estudiando su modo de ser y los derechos que le son inherentes, pone de relieve los vicios de la organización social é indica la necesidad de declarar al hombre igual ante la ley, como la revolución religiosa le había hecho libre en el dominio de la conciencia, Al modo que la Alemania dedica sus esfuerzos a la realización de la Reforma, Francia consagra los suyos á la regeneración política. Circunstancias especiales hacían que este país sintiese más imperiosamente que otro alguno la necesidad de un cambio radical en las instituciones. Las guerras desastrosas, sostenidas durante los reinados de Luis XIV y Luis XV, habían reducido el Tesoro público á una situación desesperada. La inmoral administración del Duque de

Orleáns y el abate Dubois , aumentando el despilfarro , habían llevado extraordinaria corrupción á las costumbres. La falta de un freno que reprimiese los abusos y arbitrariedades del poder, hacía insoportable la condición de los pueblos , que veían con envidia cómo la próspera Inglaterra desplegaba á la sombra de sus libertades una grandeza inesperada. Los mismos reyes europeos, disputándose la amistad de los enciclopedistas y solicitando sus consejos, obedecen á la corriente de la época y dan fuerzas á ese movimiento atrevido llamado á derribar ó conmover profundamente sus tronos .

En este estado, los apuros económicos exigen la convocación de los Estados generales (1782). Su reunión pone á los representantes de la numerosa clase media en condiciones de formular sus quejas y reclamar los derechos de que se creen asistidos. La intransigencia de los interesados en el sostenimiento de los abusos provoca la lucha, y la revolución estalla echando por tierra la dinastía secular de los Capetos.

¡Sacudimiento asombroso y extraordinario que estremeció la vieja Europa! Por grandes que hayan sido sus desaciertos , tan imputables quizá á los que los causaron con su desatinada oposición como á sus mismos autores , siempre esta misma revolución tendrá á su favor un título glorioso, que la hará acreedora á la gratitud de la humanidad: la promulgación de los derechos del hombre, reconocidos y sancionados por el Estado. Estos principios , difundidos en el mundo entero por los ejércitos vencedores de la República, han iniciado el movimiento revolucionario que preside el desenvolvimiento de los pueblos modernos. Todos ellos, tras ensayos más ó menos costosos y en un grado de perfección mayor ó menor , han llegado á plantear el gobierno del pueblo por sí mismo, (*self-government*), estableciendo con la libertad política la condición esencial de desarrollo de todas la demás libertades.

En resumen : los pueblos antiguos , confundiendo la libertad y el poder , dan á la libertad política una importancia y predominio que constituye una negación de la libertad civil.

El individualismo germánico pugna en la Edad media por dar nacimiento á esta libertad civil que , como todas las demás libertades, se manifiesta de un modo imperfecto.

En nuestros días está mejor comprendida la libertad en sus

diversos órdenes de manifestación. Mientras, por una parte, se realiza el individualismo y se ponen límites á la esfera del Estado; por otra, se proclama el derecho que tienen los pueblos á regirse á sí propios, resultando así la afirmación simultánea de la libertad civil y política.

¿Podemos decir al terminar este trabajo, que nuestra Edad reconoce y practica la libertad verdadera?

La realidad de la vida jamás responderá fielmente á los ideales proclamados por la filosofía. Aproximarse incesantemente á ellos es la aspiración constante del hombre: su realización implica un trabajo de educación lenta y progresiva, que sólo puede verificarse con el transcurso de los siglos.

Verdad es que la libertad en nuestros días tiende á desarrollarse con alguna independencia de los principios eternos de la moral, efecto de la influencia ejercida por un individualismo abstracto y, merced á ese perjudicial influjo, pugna por constituirse en fin, olvidando que no es más que un simple medio puesto al servicio de los distintos órdenes de cultura que el hombre debe realizar. Sin embargo, podemos congratularnos de que el error se conoce, indicio seguro de que se combatirá aplicándole remedio eficaz. Consiste éste en la difusión de la enseñanza sólida y verdadera; bajo su influjo, la conciencia religiosa, moral y política de los pueblos, experimentará provechosas modificaciones que hagan esperar días prósperos para la libertad.

¿Puede esta aspiración creerse esperanza quimérica de los utopistas? La historia acredita como se verifica el progreso por medio de mejoras un día y otro realizadas y cómo las utopías de otra edad son realidades de hoy. A los que nieguen esta posibilidad y la condición perfectible de la naturaleza humana, se les puede recordar la frase del ilustre astrónomo obligado á retractarse de de una verdad, presente á su espíritu con toda claridad de la intuición: *é pour si muove*.

HE DICHO.
